
PAREJAS PERFECTAS IV
Un amor para
LADY INFORTUNIO
ALMA LAWSON



Un amor para
LADY INFORTURNIO



© ALMA LAWSON
TÍTULO: *Un amor para lady infortunio — Parejas perfectas 1.5*
PRIMERA EDICIÓN: Junio, 2025
SELLO: *Independently published*
CORRECCIÓN Y DISEÑOR DE INTERIOR: *Editorial Regenta*
DISEÑO DE PORTADA: *Dayah Araujo*
IMAGEN: www.pixabay.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin autorización previa y por escrito de la titular de este copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

SINOPSIS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
EPÍLOGO
PRÓXIMA NOVELA

SINOPSIS



En un acto desesperado por no decepcionar a su familia, lady Vanessa Craven comete un grandísimo error que arruina la cooperación comercial entre su padre y el conde de Essex. Además, su madre la desprecia por no concretar aquel crucial compromiso que los habría salvado de la ruina, y se desquita, revelándole que era una bastarda a quien detestaba profundamente.

En esas condiciones, veía improbable por no decir imposible, encontrar un esposo adecuado que la aceptara.

Estaba arruinada.

Cameron Murray acababa de hacerse cargo del legado familiar tras la muerte de su padre. Sin embargo, seis meses después, un testamento le revela las condiciones que estipuló su antecesor para no desheredarlo y que el manejo de Blair Atholl pasara a manos de un primo lejano.

Debía casarse.

Se había cansado de buscar una mujer adecuada, que reuniera todos los requisitos que su alocado padre había escrito a detalle en aquel estúpido testamento.

¡¿Dónde encontraría a una joven así en tan poco tiempo?!

Estaba jodido.

Sin embargo, en una visita a Inglaterra, su buen amigo le sugiere la solución perfecta para todos sus problemas.

Lancaster tenía a la dama indicada para ser su esposa, y él solo debía concretar los detalles con su padre, que, para su fortuna, estaba al borde de la ruina.

Lady Vanessa necesitaba un nuevo hogar y Cameron una esposa.

¿Qué podía salir mal de un matrimonio para el beneficio de ambos?

PRÓLOGO



Perthshire, 1818

Cameron Murray volvió a leer la carta que su padre le dejó y resopló lleno de frustración. Desde el imponente y mullido sillón que había detrás del enorme escritorio de caoba con acabados en molduras de oro, el quinto duque de Atholl contempló la caligrafía de su antecesor con una declamada reprobación.

—¡Estoy jodido! —bramó, pronunciando la palabra con desesperación—. Solo quedan tres meses para que el plazo se cumpla, y sigo sin encontrar a una esposa con las virtudes que el demente de mi padre estipuló en ese testamento y en esta carta…

—Bueno, al menos, hasta su último suspiro se preocupó por tu matrimonio —habló con sorna su amigo y confidente, Fergus Mackenzie.

Con expresión sombría, Cameron lanzó la carta encima del puñado de correspondencia sin abrir, proveniente de Londres, y que tenía acumulado desde hace más de tres meses. No había tenido tiempo para las relaciones triviales con sus amigos ingleses, pues estaba abocado en la búsqueda de una esposa virtuosa, descendiente de una familia noble, elegante y sofisticada, educada especialmente para ser la esposa de un duque.

Bufó en su fuero interno.

Todas las damas nobles en edad casadera de los alrededores, ya estaban casadas, y estaba arañando el plazo que impuso su padre muerto para cumplir con su último deseo, y no cederle todo a un inútil primo que despilfarraría el legado familiar en un santiamén.

Se incorporó en su sillón para poder examinar más cómodamente los elegantes sobres y uno, con el sello de su viejo amigo, llamó su atención.

Intrigado, rompió el lacrado y del interior extrajo una elegante tarjeta de invitación a una boda. Arrugó el ceño y leyó rápidamente los nombres dispuestos en la rúbrica.

No podía ser cierto. Era la invitación a la boda de Arthur y él se la había perdido por estar tan ensimismado en sus problemas.

Un nervio tembló al lado de la comisura de sus labios. Rápidamente lo controló. Sus temperados y agudos rasgos se endurecieron para convertirse en una máscara de fría cautela.

—¿Está todo bien? —preguntó Fergus, intrigado por lo que acababa de leer su amigo.

—Arthur ha contraído nupcias y me lo he perdido.

—¿Lancaster? —Fergus indagó incrédulo. Cameron afirmó con la cabeza—. No me lo puedo creer…

—Yo tampoco, y lo peor es que ni siquiera le he escrito para excusarme. ¡Soy de lo peor! —Se reprendió.

—Estoy seguro que lo comprenderá, dada tu desesperada situación. Aunque, si hubieras ido, quizás habrías conocido a la mujer apropiada, según los términos enumerados en el testamento de tu padre —bromeó, captando toda la atención de Cameron.

Atholl se puso de pie y sonrió por primera vez en esos malditos meses.

—¡Por supuesto! ¿Cómo no se me ocurrió antes? —Se preguntó a sí mismo—. ¡Es la solución perfecta a todos mis problemas!

—Espera, Cam, ¡solo estaba bromeando! ¿Te has vuelto loco? —Fergus lo imitó y se envaró.

—Es mi última oportunidad, Fergus, y una visita de disculpas a mi buen amigo, es la excusa perfecta para conocer a su esposa y ¿quién sabe? Quizás, tenga una hermana, o amigas que estén dispuestas a desposarse con un duque malditamente rico —emuló una sardónica reverencia y sonrió con bellaquería.

—Son inglesas, Atholl, y sabes que la mayoría de esas mujeres nos consideran salvajes, sin dejar de mencionar que no se adaptarían a una vida en las Highlands. ¿Qué harás con una de esas delicadas jovencitas? Terminarás estrangulando a la dama en cuestión, en cuanto veas que no tienen nada en común.

—¡Eso es lo de menos! —retrucó Cameron, volviendo a su asiento—. Son detalles que puliré con la mujer en cuestión, cuando ya sea mi esposa. —Se frotó la sien derecha con un dedo y entrecerró los ojos—. Sería una irresponsabilidad por mi parte permitirle a Gavin que se convierta en duque y acabe con el legado de los Murray; no sé qué tenía mi padre en la cabeza cuando redactó esas tontas cláusulas en su testamento. Además, si yo presentara a los miembros de nuestro clan a ese hombre como el sucesor de mi padre, se produciría una gran revuelta, un motín entre las filas de los Murray.

—Estoy seguro que el viejo Murray tenía sus razones; viendo tus aficiones y amistades, soberanamente aparte a que eres tan capaz de dirigir esta familia, sabes que siempre se preocupó porque sentaras cabeza y encontró la manera perfecta de presionarte —replicó Fergus, tras tomar asiento nuevamente frente al duque.

—Dirás, de tenerme bien sujeto de mis pelotas. ¿De qué lado estás, Fergus? —quiso saber Cameron, mientras miraba con detenimiento a su amigo.

—¿Necesitas preguntarlo? Sin embargo, no hay ningún sentido en ocultar los hechos. Tienes que casarte, aunque no sé si sea buena la idea de escoger una esposa inglesa…

Tras haberle dado su opinión, Fergus se reclinó en su asiento y observó cómo su amigo lo meditaba, empotrando sus ojos verdes a la nada. Los rayos de sol entraban por los ventanales que había a

espaldas de Cameron y hacían brillar su larga y salvaje melena castaña. Tenía los anchos hombros rígidos, y la camisa de lino desabotonada, dejando su pecho duro y marcado, expuesto.

Era un hombre ancho y alto, intimidante a simple vista, mas, aunque su apariencia podía engañar a muchos, Cameron Murray era un caballero; tal y como su viejo amigo, Lancaster: salvaje en su intimidad, pero educado, galante, culto e interesante cuando la situación así lo requería. Versado a cabalidad en los juegos de sociedad, sabía que una joven inglesa no sería un problema para él, sin embargo, su clan, la familia que dirigía, le causaría problemas a su amigo por no escoger a una muchacha de la región. Estaba seguro.

—No veo otra alternativa; aunque mis parientes no estén contentos cuando sepan de la noticia, es imposible que encuentre a una esposa con las características que exigió mi padre en su testamento. —Arqueó una de sus cejas pobladas y resopló—. Tendrá que ser inglesa.

Fergus solo afirmó con la cabeza.

—Bueno, si ya lo tienes decidido, debes apresurarte en organizar tu viaje y escoger los regalos para tu futura esposa.

—¿Regalos? —increpó Cameron—. ¿No se supone que debe ser el padre de la novia quien haga los regalos?

—Si necesitas una esposa urgentemente, mejor has lo que te digo.

—Está bien —tocó el llamador y su leal vasallo, Rory; un hombre que se encargaba de sus asuntos y hacía de guardia personal, apareció en el despacho—. Prepara un viaje a Londres y habla con mi hermana para que escoja los mejores regalos para su futura cuñada —habló secamente, mientras Rory lo miraba sorprendido.

—Como ordene, mi señor. —El hombre alto y pelirrojo, dio media vuelta y fue a realizar su encargo.

—Parece que se sorprendió… —sonrió Cameron.

—Apuesto a que Amalia vendrá en cinco, cuatro, tres, dos, uno…

La imponente puerta se abrió de golpe y una hermosa mujer apareció, con tres niños sujetos a la falda de su vestido verde. Era Amalia Murray, aunque ahora que estaba casada, en Londres la conocían como lady Amalia Harvey, la amante del marqués de Bristol que conspiró con el susodicho para acelerar la muerte de su primera esposa y ocupar su lugar.

—Sé que Rory no miente, pero al menos dime quién será la afortunada esposa de mi afectuoso hermano —habló con ternura y una enorme sonrisa en sus labios. Un niño rubio de ojos azules, tiró más fuerte de su falda—. ¿Qué sucede, Alex? —preguntó con suavidad al amigo de su hijo Henry, que prácticamente vivía en Blair Atholl. Amalia se inclinó para escuchar lo que el niño quería decirle y sonrió—. Después —contestó—. Ve con Henry y Brodie a jugar, y luego les daré a cada uno una rebanada del pastel que tanto os gusta.

Los niños protestaron.

—¿El tío Cam tendrá una esposa? —preguntó el niño de cabellos negros y ojos verdes como los del duque, que se colocó delante de su madre. Era Henry, el hijo de Amalia.

Cameron se puso de pie y rodeó el escritorio.

—Vengan aquí, mocosos —sonrió y los tres niños se acercaron a él. Se agachó y les dijo—: Tengo que buscar una esposa para que cuide de mí.

—Madre cuida perfectamente de todos nosotros —retrucó el pequeño, que era idéntico a Atholl, con la salvedad del color de su cabello.

—Lo sé, pero tu abuelo deseaba que tuviera una esposa y debo casarme para que sigamos viviendo aquí. ¿Comprendes? —cuestionó despacio para que su sobrino entendiera.

—Si te casas, ¿tendrás tus propios hijos? —habló Alexander, con los ojos brillosos y el ceño arrugado.

—Sí, supongo que sí.

—Entonces, ¿ya no podré venir aquí? ¿A ti también te estorbaré?

Atholl dirigió la mirada a la de su hermana que solo sonrió.

—¿Qué tonterías dices, mocoso? Yo siempre te amaré como si fueras mi hijo, y piensa que, si tengo niños, tendrán hermanitos de los que cuidar y a quienes les podrán enseñar a jugar, a montar y todas las cosas que yo les he enseñado a ustedes. ¿No les agrada la idea? —preguntó a los tres niños revoltosos que le daban alegría a ese lugar tan grande.

Brodie, el hijo de Rory, solo afirmó con la cabeza, como si estuviera asintiendo ante una orden. Sin embargo, Henry y Alex se vieron y agacharon la mirada.

—No quiero regresar a casa de mi padre… —susurró su sobrino —. Allí nadie me quiere y Garrad me lastima.

Cameron frunció el ceño y reprimió una maldición en contra de su cuñado.

Bristol los había engañado en relación a su situación conyugal, sometiendo a su noble hermana al escarnio público en Londres. Había jurado que era viudo, dilatando la fecha del matrimonio. Y él fue un tonto iluso al confiar en su palabra y no ponerse a investigar, aunque nadie hubiera detenido a Amalia de huir con él si su padre no consentía aquel compromiso.

Cuando el marqués enviudó y se casó con ella, ya estaba esperando a Henry y que las fechas fuesen muy ajustadas, llevaban a la sociedad inglesa a pensar que todo lo que divulgaron los familiares de la difunta marquesa, era verdad.

No lo soportaba, pero era un destino que escogió su hermana. Infeliz, pero destino al fin.

—Si no quieres, no irás a esa casa, pequeño. Sabes que te amo, los amo a los tres y siempre serán mis pequeños mocosos. ¿Escucharon? —les inquirió, apuntando con su dedo.

Los tres niños afirmaron con la cabeza y sonrieron.

—¿Lo prometes? —insistió Alexander.

—Lo prometo, y no vuelvas a cuestionar mi palabra, o le diré a Lancaster que venga de visita —amenazó sutilmente, a sabiendas de que el hijo de Huntly le tenía pavor a Arthur.

—No lo asustes y, además, Arthur no es un hombre malo, solo tiene una forma particular de divertirse y hacer bromas —lo reprendió Amalia.

Los niños dieron media vuelta y corrieron despavoridos, abandonando el estudio.

—Ya no hables con ellos como si fueran hombres, Cameron. Deben aprender de etiqueta y el tutor se ha quejado de la falta de modales de los niños.

—Bueno, para eso le pago; para que instruya a los niños a cómo comportarse —contestó Atholl, regresando a tomar asiento detrás del escritorio.

—Fergus, ayúdame —dijo suplicante la marquesa de Bristol, sentándose en un sillón a su lado.

—Sabes que tu hermano es testarudo, solo se escucha a sí mismo.

—Y a Arthur… —musitó Amalia, pensando que, si Lancaster estuviera allí, ayudaría a su hermano a encontrar una solución a su desesperada situación.

—Y a Arthur —repitió Fergus, recordando las buenas nuevas sobre el duque—. ¿Sabías que se casó?

Amalia entornó los ojos, sorprendida.

—No, no estaba enterada ni de que estuviera en Londres, cortejando a alguna dama, aunque llevo aquí mucho tiempo y conociendo lo impaciente que es, seguramente su matrimonio fue algo apresurado —conjeturó la marquesa—. ¿Quién es la afortunada?

—La hermana de Devon —dijo con sorna Cameron y, tanto Fergus como Amalia se sorprendieron.

—No lo habrá hecho para vengarse, ¿o sí? —Amalia arrugó el ceño.

—No lo sé, pero lo averiguaré en cuanto lo vea porque planeo hacerle una visita y pedirle que me ayude con el asunto de mi matrimonio; él debe saber de alguna muchacha adecuada que busque un marido —habló con una fe ciega en que su amigo lo apoyaría.

—Pero, ¿no te parece muy precipitado? ¿Te casarás con una desconocida?

—No tengo alternativas, Amalia, lo sabes. Solo quedan tres meses para que el plazo se cumpla y las damas de noble cuna disponibles en la zona, tienen como mucho diez años —replicó para que comprendiera—. Lo perderemos todo si no lo hago.

—No quiero que te sacrifiques de esa manera, ¿qué hay del amor? —le cuestionó ella.

—Disfrutar del amor es un derecho reservado para personas libres, querida hermana; hombres como yo, somos esclavos del deber —le guiñó un ojo—. Sin embargo, mi futura esposa, al menos debe ser hermosa. Me conformaré con que sea apetecible a la vista y llene mi cama como me…

—¡Cameron! —lo reprendió su hermana—. No te atrevas a pronunciar obscenidades en mi presencia. ¡Los niños podrían escucharte! ¿Pretendes que aprendan de tus malas costumbres?

Cameron rio por lo alto, divertido.

—Estoy seguro que estarán muy agradecidos de aprender un poco de mis malas costumbres —la siguió molestando.

—Así no conseguirás una esposa en Londres, lo sabes ¿cierto?

—Solo necesito pronunciar mi título y hablar de mi fortuna para que cualquier padre esté dispuesto a lanzar a mis brazos a una de

sus hijas —insistió con su pulla—. No te preocupes, también puedo ser un caballero de lo más encantador.

—Más te vale, y además, no estaría mal que intentaras que tu matrimonio funcione. Quizás, con el tiempo, surja el amor entre ustedes —dijo Amalia, siempre tan optimista.

—Deja que primero encuentre a mi futura esposa y luego hablamos de ese asunto. Por lo pronto, necesito que te ocupes de los regalos que Fergus quiere que prepare para mi futura novia. ¿Puedes hacerlo?

—Si te refieres a un ajuar, Londres es el sitio más apropiado para que lo confeccionen. —Amalia se levantó, cogió pluma y apuntó en un papel una dirección y un nombre—. Puedes decirle que vas de mi parte, ella te ayudará.

—¿Es un ajuar lo que debo llevar como regalo, Fergus? —increpó desconcertado Cameron, después de leer el nombre de un atelier en el papel.

—Bueno, también necesitará un ajuar, pero me refiero a un regalo costoso, como joyas, por ejemplo.

—Fergus tiene razón, ¿el conjunto de pendientes y collar de diamantes con esmeraldas te parecen adecuados? —dijo ella.

—Sí, es perfecto —secundó Fergus.

—Bien, entonces las joyas, porque no pienso pisar un taller de costura por mi cuenta. —Negó con vehemencia.

—Puedes pedirle ayuda a la esposa de Arthur, será una buena oportunidad para que la conozcas y sepas de la situación de nuestro amigo. ¿Qué dices? —propuso su hermana y Cameron afirmó.

CAPÍTULO 1



Londres, Craven House
Día del altercado con el conde de Essex

Vanessa ingresó como alma que lleva el diablo a su residencia, después de cometer semejante sandez con un hombre tan bueno como lord Essex.

Se había colgado de su cuello y depositado un beso en sus labios, soltándose tan rápido como había actuado. Lo hizo adrede, cuando vio a la americana observando en aparente anonimato desde un carruaje, y pudo notar el dolor y la decepción en el rostro de aquella mujer que no tenía la culpa de su *infortunio en el amor*.

El conde se había quedado pasmado, frío por aquel inesperado abordaje. Sin embargo, cuando recuperó la compostura, estuvo furioso y le dijo cosas hirientes que eran insignificantes en comparación al daño que estaba segura le causaría a su relación con la señorita Madison.

Él, tampoco la quería y ahora, además de tener que soportar el dolor de su rechazo, tendría que asumir las consecuencias de un acto desesperado que la llevó a besarlo.

Ingresó a su alcoba y Anne, su doncella, estaba allí, guardando varios vestidos en su armario.

—Milady, ¿se encuentra bien? —indagó la joven al verla pálida y con los ojos llenos de lágrimas.

—Déjame sola, Anne.

—Pero…

—¡Que te largues! ¡Vete! —gritó, sobresaltando a la mujer que respingó y la observó como si viera a una completa desconocida.

Anne salió despavorida del dormitorio y Vanessa caminó hasta su tocador, tomó asiento y se miró al espejo.

—¿De qué ha servido tanta belleza? Nadie me quiere… —masculló, mientras las lágrimas resbalaban por su mejilla—. Nadie me valora… —tomó uno de sus joyeros de plata y lo estrelló contra el cristal que se rasgó sin llegar a hacerse añicos.

Sus ojos se encontraron con la mirada desajustada que le devolvía el espejo rasgado y negó con la cabeza.

La desesperación la estaba convirtiendo en una persona que desconocía; ella siempre fue una niña alegre y bondadosa, una jovencita vivaz de buen corazón, una dama de reputación intachable que siempre se ciñó a las reglas del decoro y a los mandatos de sus padres.

Había lastimado el corazón de Alexander, su amigo de la infancia, su primer amor, y ahora arruinado las relaciones románticas de un buen amigo como lo era lord Thomas Cromwell, y todo por complacer a sus padres.

Ella era un simple instrumento para ellos, una mercancía que estaban tratando de venderle al mejor postor. Sin embargo, a pesar de su belleza, nadie la consideraba digna de desposar por la situación económica de su padre. El conde de Essex había sido amable, y por un momento pensó que podría llegar a sentir cierto afecto hacia ella, juraba que le agradaba, que la deseaba, lo vio en sus ojos aquella noche cuando le ofreció su cuerpo a cambio de no romper los lazos comerciales con su padre a causa de su indiscreción de nombrar a su difunta prometida.

Pero, que la americana llegara de improviso a Londres, había hecho trizas sus ilusiones. Él fue sincero y nunca le mintió, mas en el corazón de una mujer no se mandaba y ella, sin quererlo, se enamoró de él.

Ahora todo estaba perdido. Tanto su posible matrimonio con el conde, como la relación comercial entre el lord y su padre que, cuando recibiera las noticias, seguro se enfadaría.



Esos últimos dos días, Vanessa se había mostrado verdaderamente indispuesta, tenía el corazón roto, se negaba a comer y al menos pudo excusarse de asistir a varios compromisos en los que no deseaba ir.

Su padre había mandado revisarla, y el matasanos les informó que quizás había contraído algún tipo de malestar estomacal. Le recetó algunas infusiones e hizo algunos cambios en su dieta. Sin embargo, tres días después de que viera por última vez al conde de Essex, su tía, la marquesa de Londonderry, fue a Craven House a recriminarle a la condesa de Craven sobre la situación propiciada por ella y su infierno comenzó.

Se encontraba en su cama, lamentándose como lo estaba haciendo desde hace tres días, cuando lady Lauren Craven ingresó hecha furia a sus aposentos.

—¡Tú! —Se acercó a su cama, apartando las mantas con las que se arropaba—. ¡Maldita bastarda! ¡Lo has arruinado todo de nuevo! —La tomó del brazo, hundiendo sus uñas en su carne y la sacó del lecho, lanzándola al suelo, sobre la moqueta.

—¡Por Dios, madre! ¿Se ha vuelto loca? —inquirió Vanessa, presa de la incertidumbre por las palabras de lady Lauren.

—La única que se ha vuelto loca, maldita bastarda ingrata, ¡eres tú! —La acusó con el dedo índice—. La tía de lord Essex acaba de recriminarme lo que has hecho y me ha retirado su amistad, además de jurar que el conde desecharía su apoyo económico a tu padre. ¿Por qué no puedes hacer nada bien?

—¿Por qué se empeña en llamarme bastarda, madre? ¿Por qué quiere herirme de la peor manera? —consultó, sin siquiera intentar ponerse de pie.

—No me vuelvas a llamar madre —advirtió la mujer, fuera de sí —. Nunca más oses decirme así, o no respondo. Eres el producto de la traición de tu padre y jamás podré quererte ni olvidar su falta. Solo te soporté por él, y porque servirías en algún momento para algún tipo de trato ventajoso, sin embargo, he gastado mi tiempo y perdido mis años fingiendo, enseñándote todo lo que debería saber una dama de noble cuna, ¡para nada! Eres un fracaso, igual que la furcia de tu madre, ¡te odio! —gritó descontrolada la condesa, que abandonó la habitación después de decir todas aquellas cosas que llevaba atoradas en la garganta desde hace años.

Vanessa permaneció en el suelo, incrédula ante todas las cosas que le había restregado en la cara su propia madre, ¿o no lo era? ¿Podía ser que la condesa decía solo la verdad?

Incapaz de levantarse por el temblor que la embargó, todo lo que acababa de escuchar recorría salvajemente su mente. El menosprecio de su madre, su afán por lastimarla, la turbaba demasiado. Lo que había dicho, no lo hizo con saña sino con odio, y no podía estar mintiendo de semejante manera.

Debía ser verdad, por eso la detestaba tanto, y su padre tendría que darle las respuestas que necesitaba.

Como pudo, se puso de pie y caminó hasta la puerta. Le avergonzaba admitirlo, pero su madre o lady Lauren si no llegaba a serlo, debía tener sus razones para decirle todas aquellas cosas. Sin embargo, al tomar el pomo y girarlo, se percató de que estaba cerrada con llave.

Su madre la había encerrado.

Comenzó a pedir a gritos que abrieran la puerta, pero nadie acudió en su ayuda, y cayó rendida, recostando su espalda en la madera y lamentando su mala fortuna.

Horas después, alguien entró a su dormitorio y ella se incorporó en la cama. Dirigió su mirada a la ventana, ya era de noche y se había quedado dormida después de tanto llorar.

—¿Cómo te encuentras? —Era su padre, lord Gilbert Craven, quien tomó asiento al borde de la cama y agarró su mano.

—Rematadamente mal, padre… —volvió a sollozar—. Madre lo volvió a decir; dice que soy una bastarda, fruto de su engaño y que me detesta…

Lord Craven suspiró largo y frotó la cabeza de su hija.

—Tu madre no se encuentra bien, y por supuesto que no te detesta —insistió con su mentira.

—¿Por qué no decirme la verdad, padre? —indagó—. Sé que madre no miente; no se puede disimular el rencor y el odio que siente hacia mí, resulta más que evidente. Dígame la verdad, prometo que no lo juzgaré… —suplicó, presionando las manos de su padre.

—Vanessa…

—Por favor, padre. Necesito comprender a madre y evitar forjar resentimientos en su contra, por desconocer la verdad —presionó.

Lord Craven la miró culpable y tragó grueso, mientras sus ojos brillaban de tristeza.

—Está bien, pero debes prometerme que jamás dudarás de mi amor, Vanessa, y te suplico me perdones por no haber sido un mejor padre —acarició el cabello de su hija, que afirmó con la cabeza—. El matrimonio entre Lauren y yo fue pactado por nuestros padres, no nos conocíamos y para nuestro primer encuentro antes de la boda, acudí a su casa para conocerla. Mi matrimonio con ella era inminente, así que nuestros padres no consideraron la posibilidad de

tratarnos antes de casarnos, pero quería verla, conversar con ella y tener una perspectiva de lo que sería mi vida a su lado. Sin embargo, cuando llegué a su residencia, la vi… —Lord Craven miraba un punto fijo, como si estuviera perdido en el pasado y una sonrisa se dibujó en sus labios—. Era la joven más hermosa que vi en mi vida y me prendé completamente de ella…

—¿De mi madre? —preguntó Vanessa, presa de la curiosidad.

—Sí, hija, de tu madre.

Ella tragó grueso. Entonces, su madre, lady Lauren, decía la verdad. Era una bastarda.

—¿Cómo se llamaba? —formuló aquella pregunta como pudo, por el enorme nudo que se le formó en la garganta.

—Se llamaba Katherine y era la hermana menor de Lauren. —Lord Gilbert bajó la mirada, avergonzado.

—¿Se enamoró de la hermana de su prometida? —cuestionó con los ojos entornados por la sorpresa—. Entonces, madre, en realidad, ¿es mi tía? —inquirió realmente estupefacta por aquella revelación.

—Sí, hija. Me enamoré de la hermana de mi prometida… —resopló con frustración y se sacudió el pelo rubio que se perdía entre las canas—. Fue una historia complicada, sufrimos mucho los tres, y no tiene sentido revelarte todos los detalles, pero el caso es que, de ese amor mal visto por las circunstancias, naciste tú —tragó con esfuerzo y suspiró.

Vanessa tenía muchísimas dudas, pero su garganta estaba obstruida. Intentó ordenar todas sus inquietudes en la cabeza, para luego formular la pregunta que más la afectaba.

—¿Qué pasó con ella? —indagó, buscando la mirada atormentada de su padre—. ¿Qué le ocurrió a mi madre?

—Murió al darte a luz, yo no estaba enterado de su estado, se la habían llevado lejos cuando quise romper el compromiso con

Lauren para casarme con Katherine y no supe nada de ella, hasta que te trajeron aquí…

—¿Se casó con mi ma… con lady Lauren, mientras mi madre esperaba un hijo suyo? —cuestionó decepcionada.

—No, hija. Me casé con Lauren después de que supe de tu existencia y que tu madre murió —un sollozo casi imperceptible escapó de lo profundo de su garganta—. Me rehusé a desposarla cuando se llevaron a Katherine, pero ella me propuso que concretáramos el matrimonio, hacerte pasar por su hija para que no tuviera que esconder tu existencia y, pensando en ti, acepté.

—¿Fue por eso que estuvimos tanto tiempo en el campo? —preguntó, recordando haber pasado sus años de infancia en la casa solariega.

—Sí, cariño. Lo siento mucho… —suspiró, lamentándose.

A Vanessa le resultó desagradable que su padre no hiciera nada para luchar por el amor de su madre, pero la conmovió profundamente que se casara con su tía para que ella no fuera una bastarda, aunque, de todos modos, lo era.

—Padre, debo decirle algo…

Su padre negó con la cabeza.

—Sé de tus diferencias con el conde de Essex, no te preocupes por ese asunto.

—Entonces, ¿él tomó represalias?

—Lo hizo, y lo que hiciste estuvo muy mal, pero soy el menos indicado para reprochártelo pues comprendo que todo es consecuencia de la presión que hemos puesto en tus hombros; no quise comprometerte de esa manera, obligándote a tomar una responsabilidad que solo es mía. Lo siento mucho, hija mía. ¿Puedes perdonarme por todo? —preguntó en tono de súplica y ella no pudo más que asentir, aunque sintiera un profundo dolor por haber vivido una mentira.

—Ahora, nadie querrá casarse conmigo… —musitó, aunque lo que menos quería en esos momentos, era pensar en otro caballero.

—No vuelvas a mencionar semejante disparate, mi niña. Eres preciosa y, aunque te has equivocado como todo ser humano, sé que tu corazón es bondadoso y en algún momento, alguien digno de ti tocará mi puerta para discutir los términos de tu matrimonio. —Besó sus manos y se puso de pie—. Trata de evitar a tu madre, no se encuentra muy bien y es preferible de ese modo —musitó con resignación.

—Me odia… —murmuró—. No podemos convivir bajo el mismo techo por mucho tiempo, padre, lo sabe.

—Lo sé, hija, y he estado pensando en enviarla al campo por una temporada, hasta que se recupere un poco, pero antes te suplico que visites a tu tía Adele, mientras resuelvo ese asunto y llego a un acuerdo con ella —propuso el conde, haciendo alusión a su hermana menor que vivía en Northamptonshire—. Como mucho, estarás fuera por un mes. ¿Qué dices?

—Está bien, pero si la envía lejos, me culpará…

—Querida mía, de lo único que eres culpable es de ser una hija obediente —sonrió—. Quizás, si el hijo del duque de Derby sigue interesado en ti…

Vanessa negó de inmediato.

—No sería capaz, padre. Aunque él me aceptara, la vergüenza no me dejaría mirarlo a la cara después de todo lo que sucedió —explicó, haciendo alusión al rotundo rechazo de su padre y a las palabras hirientes que le prodigó a Alexander en el banquete de bodas del duque de Lancaster.

—Lo siento.

—Es el destino, padre. No lo lamente.

—Dejemos que el tiempo lo decida. Por lo pronto, alístate para el viaje y trata de calmar tus ideas; en casa de Adele puedes pintar,

recuerdo que te encantaba —propuso su padre, poniéndose de pie —. Solo trata de no pensar demasiado en todo el asunto.

Vanessa asintió con la cabeza y trató de sonreír.

CAPÍTULO 2



St. Albans (Hertfordshire)
De camino a Londres, cuatro semanas después

Vanessa, en compañía de su joven prima Flora, hija de su tía Adele, había hecho una parada en la posada más prestigiosa del distrito para cambiarse de ropa y tomar un refrigerio antes de continuar su viaje a Londres. La intención de lady Adele era que su experimentada sobrina ayudase a su hija de diecisiete años a conocer la ciudad y a tratar con algunas de sus amistades, antes de ser presentada en sociedad.

Aunque ella le había advertido que era la menos indicada para apoyar a Flora, y que hasta quizás resulte salpicada por todos sus problemas, la siempre optimista lady Adele había insistido y no pudo negarse.

En una de las mesas dispuestas cerca de una ventana, Vanessa tomó asiento y esperó a que su extrovertida prima terminara de asearse y cambiarse de vestido para beber té con unos tentempiés antes de proseguir el viaje. Su doncella Anne, estaba asistiendo a la doncella de Flora, enseñándole unas cuantas cosas que le serían de utilidad llegado el momento. Unos minutos después, la vio aparecer con una prisa innecesaria y una sonrisa radiante.

—Ya te he dicho que no puedes andar de esa manera; tienes que moverte con sutileza, no como un salvaje que ha perdido su camino —la reprendió cuando llegó a la mesa—. Ahora, siéntate adecuadamente y mantén la espalda erguida, Flora. Vamos, tú puedes hacerlo correctamente.

La chica resopló y tomó asiento como le habían enseñado, emulando exagerados gestos que la hicieron ganarse una reprimenda.

—Aquí nadie me conoce, Vane, y he tenido suficiente todos los años de mi vida con mi madre; al menos tú dame un respiro, querida prima —suplicó de un modo gracioso que logró arrancarle a Vanessa una sonrisa.

—¿Sabes que tu comportamiento no ayudará a que consigas un esposo adecuado? —le recordó Vanessa—. Sirve el té, querida.

Flora tomó aire y sirvió con una elegancia innata el líquido humeante en dos tazas.

—Mientras mi dote sea cuantiosa, conseguiré el marido que quiera… —replicó, dándose cuenta de pronto que había tocado un tema difícil para su prima—. Lo siento, Vane, no quise recordarte nada desagradable…

—No has dicho nada malo, Flora, así que, no tienes por qué disculparte. —Vanessa sonrió. Ya se estaba acostumbrando a la idea de que no se desposaría; al menos no, con alguien de estatus y que perteneciera al círculo social en el que había crecido.

«Quizás, instruir a Flora resulte una buena oportunidad para ejercitarme como institutriz», pensó, viendo el lado bueno de la situación.

—Dime una cosa —dijo Flora—. ¿Estás completamente segura de que no podrás casarte?

—Sabes cuál es el problema, Flora, y no está en mis manos la solución —contestó con una ligera mueca, tomando la taza y bebiendo un sorbo de té, apremiando a su prima a que la imitara.

—Entonces… —Flora quiso tomar una galleta, pero Vanessa le dio un golpecito en la mano.

—Primero, bebe el té como lo he hecho yo.

Flora rodó los ojos y tomó la taza.

—Como decía; entonces, crees que, si tienes una dote, ¿podrías conseguir un marido? —preguntó, mirándola fijamente. Vanessa no respondió—. Me resulta injusto que a las mujeres no nos valoren por lo que realmente es importante; tú eres preciosa, no conozco a nadie más bella y bondadosa, serías la esposa perfecta para cualquier caballero, no solo por tu apariencia, sino por la educación que has recibido. Tus modales son impecables y mi madre dice que tu reputación es intachable, y sin embargo, ¡no podrás casarte! ¿Por carecer de una dote? —Negó con vehemencia, sacudiendo la cabeza.

—¿Quieres que todos en este establecimiento lo sepan? —La reprendió su prima—. Baja la voz, no puedes vociferar como un tabernero, Flora, y hablo en serio; debes ceñirte a la etiqueta o tendrás muchos problemas, querida. Te lo digo por tu bien. Ahora, respondiendo a tu pregunta, para las personas de nuestra clase, es mucho más importante el estatus, en primer lugar, seguido por el dinero; si una dama no tiene la capacidad de proveer una buena reputación y conexiones, además de no tener dote, es improbable por no decir imposible que alguien de nuestro círculo demuestre su interés en ella, aunque sea la joven más hermosa de todo el reino, y yo, querida prima, no tengo ni una cosa ni la otra, por lo tanto, nadie querrá desposar a la hija de un conde en la ruina.

Flora la vio con compasión, pero luego sus ojos brillaron al desviar la mirada hacia la mesa de un rincón, desde donde un hombre de aspecto salvaje y diabólicamente atractivo no les quitaba los ojos de encima, especialmente a su prima.

—Actúas como si estuvieras resignada a tu destino, cuando nada está escrito aún. Madre dijo que todavía se desconoce la situación del tío Gilbert. —Se encogió de hombros—. Eres preciosa y el mundo está lleno de caballeros atractivos que darían lo que fuera

por tu atención, y si no me crees, échale un vistazo al hombre de la mesa del rincón. Te ha estado mirando desde hace un buen rato —comentó la jovencita con una pícara sonrisa.

Vanessa solo la reprendió con un gesto de reprobación, moviendo la cabeza. Se sirvió otra taza de té, sintiendo en la nuca la sensación de que alguien la penetraba con la mirada. Estaba acostumbrada al escrutinio de los hombres, pero aquella indescriptible ansiedad por volver la cabeza hacia atrás y constatar lo que su prima traviesa reveló, fue tan fuerte que no pudo evitarlo y miró de reojo hacia la mesa del rincón. Su mirada se encontró con la del hombre fornido y de aspecto salvaje que la miraba fijamente.

Azorada, apartó la vista, pero le dio tiempo a percatarse de que tenía una mirada penetrante con unos bonitos ojos verdes claros y el pelo rubio largo. Parecía un tipo rudo, de rostro varonil con pómulos prominentes, mentón firme con hoyuelos en las mejillas y una boca deleitable que se curvó en cuanto sus miradas se encontraron.

—Es hora de irnos… —musitó, con el propósito de salir del recinto y tomar aire. De repente se sintió sofocada y sintió un repentino calor que subía de su cuello a sus mejillas.

—¿Estás bien? —indagó con ingenuidad Flora.

Vanessa solo asintió y ambas salieron a la acera del establecimiento.

Mientras esperaban a que el carruaje saliera del patio de la posada, donde el cochero y sus escoltas se ocuparon de los caballos, sus doncellas se reunieron con ellas después de que los lacayos regresaran uno de los baúles de Flora al coche.

—Vane, ¿te sientes bien? Tu rostro está rojo… —volvió a musitar Flora, preocupada.

—Por supuesto, es solo por el té. —Se excusó, tomando aire disimuladamente.

—¿No será que ese hombre te ha puesto nerviosa? —Flora arqueó una ceja, pero cuando su prima iba a replicarle, unos niños se acercaron corriendo, pasando violentamente al lado de las damas

y empujando a Vanessa que perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre el adoquín.

—¡Oh, por Dios! —gritó, sintiendo ardor en sus rodillas y las palmas de las manos, aunque llevaba guantes.

Oyó los gritos de su tozuda prima que se alejó con las doncellas siguiéndole los pasos. El bullicio fue menguando y entonces escuchó que alguien le hablaba con una voz grave y un ligero acento.

—¿Está herida, señorita? —Le preguntó. Vanessa solo afirmó con la cabeza sin levantar la vista—. Permítame ayudarla a ponerse de pie —ofreció con suma amabilidad.

—Gracias, es muy amable… —musitó, cuando unas enormes manos se afianzaron a sus hombros y la ayudaron a levantarse.

Entonces, alzó el rostro y sus ojos se encontraron con verdes, salpicados de oro del hombre que la había socorrido. Se quedó sin aliento, mientras las palabras de agradecimiento que pensaba prodigarle murieron en lo profundo de su garganta. Era el mismo caballero que la estaba observando dentro de la posada.

El hombre sonrió de lado y la escrutó de pies a cabeza, arrugando el ceño en cuanto fijó su aguda vista en la falda lavanda del vestido que llevaba puesto.

—Puedo llevarla a ver a un médico; estoy seguro que sus rodillas y manos dolerán con el correr de los minutos y será mejor que le receten un ungüento para los raspones —sugirió con gentileza el hombre corpulento que la seguía sosteniendo.

Vanessa parpadeó, regresando en sí y negó despacio moviendo la cabeza.

—No es necesario, señor…

—Insisto.

En ese instante, el carruaje de Vanessa se acercó y los escoltas que acompañaban a las jóvenes se acercaron a ver qué ocurría.

—Milady, ¿se encuentra bien? —inquirió uno de ellos.

—Estoy bien —contestó con autoridad, mirando sobre su hombro y luego regresó la mirada al desconocido que la seguía sosteniendo con sus cálidas y firmes manos—. No se preocupe, y gracias una vez más, pero debo proseguir con mi viaje —miró las manos del hombre que no la soltó.

—No creo que pueda viajar así —intervino su salvador—. Necesita por lo menos que limpien su vestido y curarse las heridas.

Antes de que pudiera protestar, Vanessa se encontró arrastrada hacia la posada por el extraño.

En cuanto pusieron un pie en el recinto, el posadero se apresuró a atender al hombre y en un pestañeo, ya la estaba ayudando a subir las escaleras que conducían a las habitaciones. Una vez estuvieron en frente de una puerta, tanto el dueño del establecimiento como su esposa recibieron órdenes que se apresuraron a cumplir.

Vanessa ya no tenía ninguna posibilidad de salir de esa situación y tuvo que reconocer que lo único que deseaba era encontrar un lugar tranquilo, lejos del bullicio. Ni siquiera protestó cuando el caballero la obligó a ingresar a una habitación amplia y lujosamente amueblada. Él mismo retiró las cortinas para que entrara la tenue luz del sol.

—Siéntese, por favor —le señaló uno de los sillones dispuestos cerca de una enorme chimenea y ella obedeció sin rechistar porque sus piernas apenas la sostenían—. He pedido que venga el médico para que le cure las heridas —dijo él—. También he ordenado té y le traerán un atuendo limpio para que se lo ponga mientras resuelven el inconveniente de su vestido.

Vanessa resopló temblorosa.

—Usted es muy autoritario para ser un hombre desconocido.

Él se encogió de hombros.

—Solo intento compensarla por lo que sucedió.

—No tiene porqué —objetó ella—. No fue culpa suya.

—Pero quizás, pude haberlo evitado si me hubiera acercado a hablarle mientras bebía el té con su ¿hermana? —dedujo con suspicacia—. Si hubiera obedecido a mi instinto, la habría escoltado hasta su carruaje y hubiéramos podido evitar todo ese incidente.

—¿Por qué se acercaría a hablarme? —preguntó ella por impulso, sin pensarlo demasiado.

—Siendo sincero, tenía muchas ganas de conocer a una dama tan preciosa como usted —dijo él con dulzura, logrando sonrojarla al extremo.

En ese instante, varias doncellas ingresaron seguidas por la esposa del posadero y el hombre tuvo que salir de la habitación.

Ya cuando estuvo cambiada, volvió a ingresar seguido por el médico que procedió a curar sus heridas. Al parecer, Flora tenía razón y él la había estado observando detenidamente durante el refrigerio.

—¡Flora! —pensó en voz alta, mirando al fornido hombre que vigilaba con detenimiento la labor del matasanos.

—Descuide, la joven ya está al tanto de que la están curando y se encuentra a salvo con sus doncellas, comiendo galletas y esperando a por usted. —Le guiñó un ojo.

Al parecer, se había ocupado hasta de su prima mientras ella se cambiaba.

—Esto es de lo más inapropiado… —musitó, mirándolo mientras su corazón empezaba a acelerarse en una mezcla de excitación y pánico.

El hombre solo sonrió, cuando el médico terminó con su labor.

—Su esposa estará bien con aplicarse este ungüento dos veces al día —pronunció el doctor, entregándole un frasco al desconocido que arqueó una ceja y miró a Vanessa.

—Gracias, doctor. Mi ayudante pagará sus servicios —le enseñó la puerta. El médico se marchó y dirigió su mirada a Vanessa—. ¿Se encuentra mejor? —Sus ojos verdes la recorrieron con la mirada.

—Sí, muchas gracias… —dijo abochornada.

—La mujer del posadero me aseguró que su vestido estará listo en poco tiempo. —Se sentó frente a ella, miró sus manos e indagó —: ¿Duele?

—Ya no, señor… —contestó aturdida, consciente de que se había sonrojado con tanta atención—. Permítame devolverle el pago por los servicios del médico.

—Con mucho gusto —dijo él, cruzándose de piernas—. Acompáñeme durante la cena, esta noche. Me hospedo aquí y asumo que usted también. Naturalmente, su prima Flora está invitada.

Vanessa se quedó aturdida.

—Lo siento mucho, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué no? —increpó—. A juzgar por su comportamiento, es usted quien manda sobre la pequeña comitiva que la acompaña.

—Ya se lo dije, debo proseguir con mi viaje y además, no es apropiado. Ni siquiera lo conozco.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, la cena sería una propicia oportunidad para conocernos. ¿No le parece? —insistió—. El destino ha hecho que se cruzaran nuestros caminos por alguna razón…

Ella jadeó atónita. Sin embargo, no pudo replicarle porque una criada ingresó para entregarle su vestido.

—Esperaré afuera —dijo él, saliendo de la habitación para que pudiera cambiarse.

CAPÍTULO 3



Cameron sonrió con suficiencia cuando dejó ruborizada a la joven a quien había socorrido en la calle. Ni siquiera sabía su nombre, pero se sentía deslumbrado con la belleza de esa mujer.

—Le recuerdo que no hemos venido hasta tan lejos para que coquetee con una desconocida. —Rory, que estaba recostado contra la pared, vigilando la puerta, le hizo poner los pies en la tierra—. El futuro del clan depende de usted.

—Lo sé —resopló, mientras la sonrisa se borraba de su rostro —. Solo estoy siendo amable, Rory, y ya deja de tratarme de usted; aquí nadie nos conoce y somos amigos.

El pelirrojo afirmó con la cabeza y colocó una mano en su hombro.

—Solo no quiero que te desvíes de tu propósito, todos te necesitan y sé que te sentirás bastante culpable si fallas. —Le recordó—. Gavin está al asecho, pendiente de cualquier paso en falso con las garras afiladas para clavártelas en la espalda.

—No lo olvido, créeme —insistió, aunque por un instante todos los problemas habían desaparecido de su cabeza.

Rory no se tragó el cuento, conocía más que nadie a Cameron y sabía que la joven que estaba siendo atendida en sus aposentos, lo había flechado.

—Lo lamento. —Se disculpó—. Pero hombres como tú, son esclavos del deber, y tampoco sería justo para la muchacha que la seduzcas y luego no respondas por ella. Creo que lo mejor es que no le reveles tu identidad para evitar cualquier altercado.

Cameron sonrió con sorna por la paranoia de Rory, pues no creía que esa muchacha fuera capaz de tenderle una trampa si sabía quién era. Sin embargo, su amigo y escolta tenía razón; no podía dejarse llevar por los impulsos y sus deseos personales en aquellos momentos, cuando el futuro de toda su familia pendía de un hilo que en dos meses se rompería si no encontraba la solución a sus problemas.

—Despreocúpate, Rory. No cometeré ninguna tontería.

Rory afirmó con la cabeza, más tranquilo, cuando las criadas salieron y le informaron que *«su esposa»* ya estaba lista.

El pelirrojo arqueó una ceja, mirando con inquisición a Cameron y este solo desvió la mirada, mientras su amigo negaba con la cabeza.

Volvió a entrar al dormitorio y vio a la joven de espaldas, intentando ponerse los guates sobre la mano vendada.

—¿Tan necesario es que se los ponga? —inquirió, sobresaltando a la joven que volteó de golpe, quedando a escasos centímetros de él.

Tentado, no pudo evitar que su brazo le rodeara la cintura y la atrajo hacia él.

—¿Qué hace? —increpó la joven, con los ojos entornados.

Sin embargo, Cameron no respondió. Solo se dedicó a escrutar sus apetitosos labios por unos instantes, hasta que ya no pudo contenerse y su boca ardiente cayó sobre los de la dama, saboreándolos con un ansia que no sabía que se podía experimentar.

Aquel contacto apasionado, terminó casi de inmediato. Antes de que ella se diera cuenta de lo que pasaba, ya estaba libre y retrocedió, mirándolo horrorizada.

Cameron también la miró e hizo una mueca.

—Tan ardiente como el pecado y tan dulce como la miel. —El tono de su voz hizo que ella se estremeciera y aunque quería esquivarlo, Cameron supo que le resultaría imposible.

Sabía que la había conmocionado, que su beso no le resultó indiferente. Por fortuna, antes de que cometiera una tontería como le había advertido Rory, llamaron a la puerta. No obstante, antes de que esta se abriera, no pudo evitar preguntar:

—¿Se dirigen a Londres?

La joven afirmó con la cabeza. Parecía aún conmocionada, aturdida y le resultaba imposible modular palabra.

Cameron sonrió satisfecho.

—Entonces, en caso de que volvamos a vernos, recuerde que me debe un favor —tomó su mano y se la llevó a los labios, logrando sonrojarla aún más.

En ese instante, la jovencita que acompañaba a su mujer misteriosa, ingresó a la habitación, seguida por las doncellas y haciendo como que él no existía a pesar de su imponente presencia.

—Vane, el cochero dice que es mejor que nos marchemos antes de que se avecine la tormenta —enrolló su brazo al de la mujer, rompiendo con el mágico momento.

Ella lo miró por encima del hombro de su prima y él le sonrió, e inclinó levemente la cabeza a modo de despedida.

Su breve y mágico momento con aquella mujer, había terminado y mejor así. No quería entregarse al deseo ni fomentar las ilusiones de una mujer a la que no podría responderle del modo en que correspondía. Lo más conveniente para los dos era que dejara las cosas así, guardando en su memoria aquel encuentro como un recuerdo bonito de algo que nunca podría ser.

Salió del dormitorio, dando instrucciones a la esposa del posadero y luego se marchó de la posada, seguido por Rory.

—¿Cuándo nos marchamos? —inquirió el pelirrojo, mientras Cameron caminaba sin cesar por las calles, alejándose considerablemente del establecimiento.

—Mañana. —Fue lo único que dijo, hasta que vio una taberna e ingresó a por un trago.

Sentados uno al lado del otro, mientras el duque bebía despacio y pensativo, Rory habló.

—¿Cómo se llama la muchacha?

—No lo sé, no se lo pregunté, pero la chica que decía ser su prima, la llamó Vane —musitó con calma, bebiendo un sorbo de su whisky—. No tenía sentido indagar más de la cuenta sobre la dama.

—Es que, la joven era muy refinada y parecía ser soltera.

Cameron volvió la mirada fruncida a Rory que arqueó una ceja.

—Podría ser una candidata potencial para esposa, si no está comprometida —agregó el escolta.

—¿Me quieres volver loco, Rory? —reprochó Cameron—. Hace un momento me advertiste que lo mejor era alejarme de ella, ¿y ahora sugieres que podría ser una buena candidata para esposa? —increpó furioso.

—Pensé que al advertirte, indagarías más sobre la chica. —Se encogió de hombros—. Podemos regresar y preguntarle, no parecía indiferente a tus atenciones y quizás no sea necesario ir hasta Londres para resolver tu problema de esposa —siguió hablando Rory, a sabiendas de que Cameron estaba furioso por su sugerencia de último momento.

—¡Eres insoportable! —bramó Cameron, soltando su bebida y marchándose como alma que lleva el diablo de la taberna.

Rory pagó y lo siguió con una sonrisa torcida en los labios. No había pensado en la sugerencia que le hizo a Cameron hasta que la chiquilla que acompañaba a la dama se presenció delante de la puerta de los aposentos. A juzgar por el comportamiento de la jovencita y por sus comentarios, la mujer que le gustaba a Cameron

debía ser hija de algún rico lord y si viajaban solas, significaba que no tenía marido.

Quería decírselo a Atholl, pero él simplemente huyó de la posada y se sintió culpable por haberlo atosigado, recordándole su deber, por lo que cuando estuvo más calmado, se lo dijo.

Quizás con suerte, lograban alcanzar a la joven antes de que se marchara.



Vanessa preguntó por el caballero rubio y fornido a la esposa del posadero antes de marcharse, pero la mujer le respondió que se había retirado y que no tenía nada de qué preocuparse, pues el hombre ya había pagado todos los servicios.

Desilusionada porque ni siquiera le preguntó su nombre, se marcharon del establecimiento, antes de que los cogiera la tormenta.

Cuando el coche comenzó a moverse, recuperó la cordura y escrutó con severidad a Flora.

—Ahora me dirás qué se te cruzó por la cabeza para perseguir a esos niños. ¿Te has vuelto loca, Flora? —reprendió con preocupación.

—No podía dejar pasar lo que esos mocosos te hicieron —refutó, cruzándose de brazos como una niña caprichosa—. Y no ocurrió nada malo.

Vanessa arqueó una ceja y miró a ambas doncellas.

—No sucedió nada, milady, pierda cuidado —musitó Anne para evitar que Flora fuera castigada—. Los perseguimos, pero fue imposible darles alcance…

—Más les vale que haya sido de ese modo y espero que una situación semejante no se repita, Flora, ¡mucho menos en Londres! ¿Me has entendido?

—Por supuesto —contestó la jovencita—. Te prometo que me comportaré, pero ya no te enfades conmigo y mejor cuéntame que ha sucedido con el hombre que te ayudó. —Una sonrisa pícara se formó en los labios de Flora.

—Eres imposible, jovencita, y no trates de desviar la conversación. Por experiencia te aconsejo que te andes con cuidado o las consecuencias de tus actos causarán mucho dolor. Hazme caso, Flora. Te lo pido como una hermana mayor que quiere lo mejor para ti —suplicó, mirando con tristeza a su prima—. Prométeme que no cometerás ninguna insensatez.

Flora la observó extrañada, pero conmovida y no le quedó más remedio que prometérselo.

—Está bien. Te lo prometo.

—Bien, al menos tú tienes que asegurar tu futuro… —murmuró, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y desviaba la vista hacia la pequeña ventana del carruaje—. Trata de dormir, que cuando lleguemos a Londres tendrás muchas cosas que hacer —zanjó para que Flora ya no hiciera preguntas sobre el hombre amable que apareció como un bálsamo de esperanza ese día, solo para esfumarse de la misma manera y terminar de convencerla que era la mujer más desafortunada en el amor.

CAPÍTULO 4



Londres
Lancaster House, tres días después

—No puedo creer que te hayas casado… —murmuró Cameron.

Había llegado hace apenas un par de horas a Lancaster House, y Arthur lo mandó acomodar en una de las habitaciones de invitados donde se aseó y cambió de ropa, por un atuendo más decente según las costumbres inglesas. Sirvió en dos vasos whisky escocés, de la botella que trajo como regalo de bodas para su amigo, y le tendió una a su anfitrión.

—Después de reconocer que te has desposado por los motivos correctos, es más que evidente que debemos celebrar; al menos, bebiendo un poco, pues dudo mucho que vuelvas a las andanzas, mi querido amigo —habló con sorna, levantando su vaso—. A tu salud y al de tu afortunada esposa, que por cierto, ¿dónde está? Muero por conocerla.

Arthur levantó su bebida y probó un sorbo, antes de responder.

—Mi esposa estará aquí en unos momentos; fue a la modista, pues… —arqueó una ceja y una sonrisa de absoluta felicidad se curvó en sus labios—. Está embarazada, seré padre, Cameron, y no puedes imaginarte lo feliz que soy —volvió a beber un sorbo del whisky.

—¡Esas son maravillosas noticias! —Cameron se puso de pie y Arthur lo imitó. Se propinaron un abrazo fraterno y el escocés sirvió más en sus vasos—. Amalia se pondrá feliz; por un momento, pensó que lo hiciste para desquitarte por lo que ocurrió con tu hermana.

—Bueno, Amalia siempre tiende a intuir la verdad… —ambos volvieron a tomar asiento. Atholl lo vio inquisitivo—. Al principio, ese fue el plan, pero me enamoré y más tarde descubrí que lo ocurrido con mi hermana y el menor de los Bradbury, fue un accidente. Ella me perdonó y, de hecho, la invitación que te envié era para mi segunda boda: la boda real —dijo con sorna y su amigo lo miró sin comprender nada.

—Quieres decir que, ¿te has casado dos veces con la misma mujer?

—Prometo que te contaré la historia más adelante, pero lo importante es que soy feliz, amigo, y todos los rencores y resentimientos acumulados durante toda mi vida, han desaparecido gracias al amor de mi mujer —le guiñó un ojo—. ¡Te recomiendo el matrimonio! —añadió con sorna, riendo, pero se puso serio cuando vio el ceño que se formó en el entrecejo del escocés, mientras le lanzaba una mirada filosa—. ¿He dicho algo malo?

Cameron negó con la cabeza y resopló.

—Antes que nada, lamento no poder asistir a tu boda ni haberte enviado mis felicitaciones, pero, como comprenderás, la situación en casa se volvió complicada con la muerte de mi padre… —tomó la botella de escocés y rellenó su vaso—. Tengo que casarme si deseo conservar el título y seguir como cabeza de los Murray, y juro que he buscado hasta debajo de las piedras a una mujer apropiada que cumpla con los requisitos que el demente de mi padre dejó estipulado en su testamento y en esta carta. —Atholl le tendió un papel arrugado a su amigo, que lo tomó desconcertado y lo desdobló—. Estos últimos meses han sido un completo infierno para mí; la presión que siento en los hombros no me deja dormir en paz, y de solo pensar en la idea de que Gavin acabe con el legado familiar en un abrir y cerrar de ojos, se me revuelve el estómago.

Estoy desesperado; tanto, que aproveché la noticia de tus nupcias para venir aquí a entregarte mis congratulaciones, y pedirte que me ayudes a impedir que ese gusano se quede con todo. —Cameron resopló y bebió de un solo sorbo su whisky—. Necesito que me encuentres una esposa y tienes un mes para hacerlo.

Arthur, quien había arrugado el ceño a medida que leía las estipulaciones del difunto duque, entornó los ojos y vio a Cameron como si se hubiera vuelto loco.

—No me mires así, estoy desesperado…

—El viejo, claramente se volvió loco, pero tú, mi querido amigo, no te quedas atrás. ¿De dónde diantres quieres que te consiga una esposa y en tan poco tiempo? Además, los requisitos estipulados por el viejo son propios de una dama intachable y de alcurnia, y ninguna joven respetable se casará contigo tan precipitadamente, a menos que…

—A menos que, ¿qué?

—La dama en cuestión esté tan desesperada por casarse, igual que tú.

Cameron negó, sacudiendo la cabeza.

—Mi esposa debe ser pura. Esa cuestión, no es negociable.

—No me refiero a eso, Cameron, sino a que existan otras circunstancias que ayuden a tu propósito.

—¿Circunstancias? ¿Qué tipo de circunstancias?

—Antes de que te lo explique, cuéntame de los requisitos, además de los de tu padre, que requieres en la mujer con la que pasarás el resto de tu vida —dijo, mirando fijamente a su amigo—, sería mejor que resolvieras lo que demandas en una esposa para que así pudiéramos encontrar una candidata adecuada, con suerte… —Arthur había tenido repentinamente una idea.

Thomas estaba furioso por la situación provocada por la hija de Craven y dio por terminada sus relaciones comerciales con el conde, por lo que, o él secundaba a su amigo y retiraba su apoyo

económico de aquel negocio, tal y cómo se lo había exigido, o debería enfrentarse al enfado de Essex y a perder su amistad de años; algo que no estaba dispuesto a consentir.

Sin embargo, por alguna extraña razón le caía bien la joven dama y así como él se equivocó con Claire y fue perdonado, creía firmemente que lady Vanessa solo fue presa de la desesperación del momento y que no era una mala persona.

Así pues, si podía ayudar a su amigo y darle una mano a la muchacha, todos saldrían ganando. ¡Era perfecto!

—¿Lo que requiero en una esposa? —repitió, pensando en la joven de la posada, mientras rellenaba su vaso. Dio un sorbo del excelente whisky y a continuación, con gesto distraído, comenzó a acariciar su barbilla recordando el beso que le robó. Tardó unos segundos en responder—. Mi esposa debe ser una mujer virtuosa, con carácter para dirigir Blair Atholl y ser una matriarca apropiada para la dignidad de los Murray.

Arthur asintió. La casa familiar de Perthshire era una enorme mansión. Dirigirla y actuar como anfitriona de las concurridas reuniones familiares que se celebraban allí estiraría al máximo el talento de la mejor educada señorita, y lady Vanessa Craven estaba a la altura de las circunstancias.

—También, tendría que resultar presentable. —Pensó en la extraordinaria belleza de la mujer a quien socorrió—. Me niego a que algún esperpento sea la duquesa de Atholl y, naturalmente, tendría que ser capaz de proporcionarme herederos.

—¿Qué más demandas en tu esposa?

—Ya has leído las estipulaciones de mi difunto padre; tendrá que provenir de una buena familia —respondió, tras reclinarse en su sillón y cruzar los tobillos—. Por suerte, la dote no importa... Después de todo, dudo que yo la notara. Sin embargo, los vínculos con otras personas son imperativos como bien dice ese papel —cabeceó en dirección a la carta que Arthur dejó encima del escritorio.

—Dado lo que tú tienes para ofrecer, no creo que eso resulte un problema —comentó Arthur—. Todas las familias de la alta sociedad que tengan hijas en edad casadera, harían cola en tu puerta de no ser por tu prisa y el hecho de que deberán marcharse a Perthshire demasiado pronto.

—Lo sé —asintió—. Sé que el hecho de dónde vivirá la afortunada en cuestión —pronunció con sorna— es un dilema para cualquier inglés. Además, no necesito de una esposa frágil de ser posible, y mi presunta mujer debe tener algo más de cerebro que las demás.

—Bueno, los requisitos son algo exigentes, pero tengo en mente a una mujer que encaja perfectamente con tu descripción. Solo hay dos inconvenientes…

Atholl arqueó una ceja.

—Su padre tiene apuros económicos y la joven, el corazón roto. Sin embargo, aún es mi socio, sus relaciones con los demás lores no se ha visto afectada por esa razón, y la noticia de su inminente ruina es solo un rumor que especulan las damas de nuestro círculo; aunque esos rumores alimentados con malicia, han ahuyentado a pretendientes potenciales de la joven, a pesar de ser exquisitamente hermosa y agradable.

Cameron arrugó el entrecejo y bufó.

—Un padre en ruinas y una hija enamorada de alguien más… —murmuró, con una expresión de diversión en los ojos. El destino claramente se estaba burlando de él por dejar escapar a aquella muchacha, pero ya no tenía sentido lamentarse. Como bien dijo Rory, sus prioridades eran otras y con un poco de suerte, olvidaría a aquella joven hermosa que lo flechó con una mirada—. ¿Y crees que acepten mi propuesta?

—Tengo la manera de convencer al caballero, pero, en realidad, como eres tú el que tiene que casarse, deberías tener en cuenta los dos puntos que he señalado. —Se encogió de hombros—. Si no

tienes objeciones al respecto, hoy mismo hablaré con el hombre y pueden negociar los términos del matrimonio.

Cameron lo pensó por unos segundos y preguntó:

—¿Qué sucede con el hombre del que está enamorada la dama?

—No implica ningún problema, te lo aseguro. Confía en mí.

—Bueno, de ser así podría resultar; no me gustaría que mi futura esposa corra a los brazos de otro en la más mínima oportunidad —habló con sorna.

—La joven no hará tal cosa, estoy seguro —dijo Arthur con convicción.

—Que tengas una fe ciega en la muchacha me causa mucha curiosidad, pero confío en ti y si dices que es apropiada, podría intentarlo. Después de todo, el mejor remedio para un corazón roto son el tiempo y la distancia, y si se casa conmigo tendrá de sobra ambas cosas…

—Sé que no te debe resultar agradable, pero dada tu desesperación y las circunstancias, es la única idea que se me ocurre.

—No me preocupa en absoluto ese hecho, Arthur. Lo importante es que encaje en los requisitos de mi difunto padre y se comporte a la altura. Si tú dices que no provocará problemas a causa de un amor que no resultó, es suficiente para mí.

Arthur levantó su vaso y sonrió.

—Entonces, mi querido amigo, brindemos por tu futuro matrimonio y la solución a todos tus problemas.

Cameron lo imitó.

—Por mi futuro matrimonio y la solución a todos mis problemas.



Después de haber enviado una nota al conde de Craven y recibir la respuesta, Arthur partió a Craven House junto con Cameron. En cuanto llegaron, el mayordomo que escrutó impresionado a Cameron por su corpulencia, estatura y su melena larga, los guio hacia el estudio del dueño de casa.

—Si el mayordomo es tan estirado y se ha quedado como un idiota observándome, no imagino cómo será el dechado de virtudes con quien pretendes emparejarme —musitó con sorna.

Arthur sonrió, caminando a su lado, detrás del lacayo.

—Estás impecablemente elegante, amigo mío, mas no es habitual ver a caballeros tan impresionantes como tú, lo sabes.

Cameron lo sabía; su estatura de poco más de dos metros y sus anchos hombros intimidaban al más temerario de los hombres, sin dejar de mencionar que casi nunca sonreía y el ceño entre sus cejas siempre estaba arrugado.

—¿Crees que me tendrá miedo? —indagó de pronto, antes de llegar a la puerta doble que antecedía al despacho.

—Dependerá de ti, por supuesto, pero sabes de sobra cómo tratar a una dama, así que despreocúpate hasta conocerla.

—Y, ¿me gustará? Has dicho que es hermosa, pero… su personalidad; debe ser apropiada para compartir mis cargas.

—Sé que cuando la veas te impresionará, y cuando la trates te agradará aún más. Es una dama educada, culta, no es tan joven, así que tiene más que aire en el cerebro. —Las puertas se abrieron y Arthur lo miró enigmáticamente—. Recuerda agradecerme después de tu noche de bodas.

Cameron negó con la cabeza y reprimió su risa cuando ingresó al elegante despacho.

Un hombre alto, de unos impresionantes ojos verdes y cabello canoso entre hebras rubias, los recibió con suma tranquilidad, de pie tras su escritorio.

—Su excelencia. —Saludó a Arthur con un apretón de mano, mientras Cameron esperó a que los presentaran.

—Lord Craven, le presento a su excelencia, Cameron Murray, duque de Atholl.

Cameron dio un paso y extendió su mano en dirección al hombre que lo estudió con curiosidad.

—Buenas tardes, lord Craven.

—Excelencia, es un placer conocerlo —murmuró Gilbert con amabilidad y señaló los sillones dispuestos frente a su escritorio—. Por favor, tomen asiento. ¿Les gustaría algo de beber?

Ambos caballeros declinaron de su oferta y se acomodaron en sus respectivos lugares.

—He venido para conversar sobre la situación que nos atañe, Craven. —Arthur le sonrió con tristeza y suspiró—. Lo lamento, pero comprenderá que las circunstancias y mi relación estrecha con Essex, me empujan a retirar mi apoyo económico de su negocio.

Lord Gilbert asintió con la cabeza.

—Lo comprendo, excelencia, y agradezco el tiempo que me ha otorgado para encontrar otras alternativas —contestó—. Lamentablemente, no tuve éxito en la búsqueda de una solución — miró de soslayo al hombre intimidante que escuchaba atentamente su charla con el duque de Lancaster.

—Lo imaginé —Arthur sonrió—, y es por ese motivo que he traído a mi buen amigo a esta reunión —miró sonriente a Cameron y luego a Craven—. El duque de Atholl necesita una esposa y ambos sabemos que, dada su situación financiera, es poco probable que su hija concrete un matrimonio ventajoso. Para ser franco con usted,

lady Vanessa es una joven con la que simpatizo en demasía y sabe mis motivos, me agrada, sin dejar de mencionar que ha sido educada adecuadamente para ser la esposa de un lord, por lo que sería muy penoso que no tuviera una oportunidad de establecerse como tal —volvió a mirar a Cameron que afirmó con la cabeza.

—Mi buen amigo me ha hablado maravillas de su hija, lord Craven, y estoy aquí para ofrecerle una propuesta: la mano de su hija, a cambio de invertir en su negocio y aportar el capital que requiere para levantar su empresa. Sé que le resultará un poco precipitado, pero debido a circunstancias legales que atañen mi título de duque, necesito casarme, como mucho, en un mes —explicó con convicción y sin rodeos Cameron, mientras notaba el movimiento de la garganta del conde, que tragó saliva y respiró hondo.

—Sé que mi hija le recuerda a su hermana, Lancaster, y asumo que por ese motivo se tardó en venir a conversar acerca de nuestro trato, dándome un margen de tiempo para encontrar una solución. —Miró a Cameron y frunció el ceño—. Su excelencia, no voy a mentirle: es verdad que estoy al borde del desahucio, pero no puedo negociar la felicidad de mi hija a cambio de mi estabilidad económica. Lamento mucho no poder ayudarlo.

Cameron arqueó una ceja y miró a Arthur que también lo vio desconcertado.

—Negándose a este acuerdo, ¿qué felicidad cree que puede otorgarle a su hija en las sombras de la ruina, Craven? —insistió Arthur—. ¿Cree que una dama como milady será feliz como institutriz o amante de algún bastardo? —Se había cabreado por no pensar en las consecuencias que tendría el futuro de su hija si no aceptaba la oferta de Cameron.

El rostro del conde palideció y presionó sus labios, arrugando su frente.

—Arthur, no lo presiones. Si el caballero no desea que su hija se despose con alguien como yo, seguramente tendrá sus razones. —Cameron intentó calmar las aguas, y luego dirigió una amable

mirada a Craven—. Si esa es su última palabra, conde, la respetaré. —Se puso de pie inmediatamente, inclinó su cabeza y dio media vuelta, saliendo del despacho.

Arthur, colérico porque el conde no razonara adecuadamente sobre el futuro de su hija, solo lo vio con decepción e imitó a su amigo.

—Espero que sepa que está condenando a su hija al escarnio público y a un triste futuro —habló, mascullando entre dientes.

—No es cómo piensan, yo sería el hombre más feliz del mundo si mi hija se casara con su amigo —retrucó Gilbert, rodeando su escritorio y resoplando ante la mirada inquisitiva de Lancaster—. Mi hija ha sufrido mucho, precisamente porque la he presionado con una responsabilidad que solo es mía, y ya vio con sus propios ojos el resultado de imponerle a un caballero —tragó con fuerza al referirse al desenlace horrible de sus relaciones con Essex—. No quiero repetir ese error y que Vanessa cometa otra tontería, no soportaría perderla... —miró atormentado a Arthur que comprendió sus palabras—. No es nada personal con el duque, se lo aseguro.

—Piénselo, hable con milady y envíe una nota a mi casa sobre su última decisión. Esperaré hasta mañana, al mediodía —determinó y salió del despacho.

En el pasillo, Atholl aguardaba impaciente por su amigo que no dijo nada y caminó furioso hasta el vestíbulo. Le siguió los pasos, resignado con que la dama en cuestión no sería la solución a sus problemas. Sin embargo, cuando el mayordomo les entregó sus sombreros, Cameron le dio un rápido vistazo a su alrededor y sus ojos se encontraron con los de la hermosa dama a quien había ayudado hace unos días en la acera de una posada, en St. Albans.

Ella lo observó sorprendida desde lo alto de la escalera, como si se estuviera preguntando qué hacía allí.

Una fuerte sacudida obnubiló los sentidos de Cameron que arqueó una ceja en dirección a la joven, mientras una sonrisa de lado se formó en su boca, logrando que la muchacha se sonrojara.

Dio la vuelta y caminó tras Lancaster hacia la salida de Craven House.

Que lo aspen, pero si no era el maldito destino quien la había puesto de nuevo en su camino, ¿qué diantres era todo aquello? Cuando regresó a la posada a buscarla, ya se había marchado, pero que fuese precisamente la candidata que su amigo sugirió, tenía que ser una señal, y por todos los dioses, esa mujer sería su esposa costara lo que costara.

CAPÍTULO 5



—No es nada personal —dijo rápidamente Arthur, cuando el viento les dio en la cara—. Le di un margen de tiempo para que lo piense, estoy seguro que recapacitará al respecto.

—Lo escuché —contestó Atholl, con una sonrisa ladina—. Hazme un favor; pídele que me permita conocer a su hija y que ella tome su propia decisión.

—Pensé que tenías prisa —cuestionó Arthur, mientras subían al carruaje—. ¿Tienes tiempo para jugar al caballero conquistador?

—No, pero tengo un presentimiento —fue lo único que dijo, sin inmutarse ante la mirada filosa que le lanzaba su amigo.

—¡Patrañas! Me estás ocultando algo.

—Solo me causa curiosidad tu deseo vehemente por asegurar el futuro de la joven, y que Craven mencionara que te recuerda a Susan, ha aumentado mi interés…

Arthur afirmó con la cabeza.

—Es cierto, se parece mucho a ella. Cuando la vi por primera vez, me impresioné bastante.

«Yo también», musitó Cameron en su fuero interno.

—¿Te gustaba del modo en que…?

—Para nada. —Negó Arthur de inmediato—. Ya estaba enamorado de Claire cuando la conocí; de hecho, milady ayudó a resolver mis diferencias con mi esposa —sonrió de lado, recordando cómo su paseo con lady Vanessa contribuyó a su relación—, pero, soberanamente a su parecido con mi difunta hermana, la dama me cae bien y ha sufrido mucho a causa de la esposa del conde.

—¿De su propia madre?

—Al parecer, no es su madre y la condesa se ha encargado de hacerle la vida imposible; lo escuché por casualidad, en una de mis visitas de negocio al conde. —Se encogió de hombros.

—Ya veo…

—¿No me dirás a qué se debe tu repentino interés por conocerla y darle la posibilidad de escoger si quiere o no desposarse contigo? —insistió.

Cameron sonrió. A Arthur nunca se le escapaba nada.

—Si se trata de la dama que nos estaba observando desde lo alto de las escaleras, da la casualidad que nos hemos visto hace unos días, por lo que me gustaría conversar con ella y convencerla a mi manera.

—Entonces, ¿la conoces…?

—Solo coincidimos en una posada, no tuve oportunidad de conversar con ella hondamente, pero por las pocas palabras que cruzamos, me agradó. —Se encogió de hombros, recordando lo que había dicho lord Craven—. Así que, ¿Essex es el culpable del corazón roto de milady? —inquirió, arqueando una ceja. Arthur asintió—. Ya veo. Aunque sigo sin comprender qué le hizo la dama para que tome semejante represalia en contra de su padre, obligando a un hombre como tú a interponer las exigencias de un amigo por encima de los negocios.

—¿Estás insinuando que soy un mal amigo y no valoro la amistad? —increpó Arthur, arqueando una ceja.

—Por supuesto que no, pero me intriga que precisamente tú no encuentres alguna alternativa, en vista a la evidente simpatía que sientes por la joven y su padre —retrucó, decidido a conocer el trasfondo de aquel problema que sería suyo si llegaba a convencer a la muchacha de casarse con él.

—Craven no quiere forzar un matrimonio, precisamente a causa de ese problema. —Arthur suspiró—. La joven estaba siendo presionada por sus padres para concretar un matrimonio que los salvara de la ruina, pero Essex seguía con el corazón dolido a causa de Susan y milady no lo consiguió… —tragó grueso—. Además, en el tiempo que estuvo en Boston, se interesó por una americana y tenía la cabeza hecha un lío por todo, aunque siempre tuvo en claro que no quería nada más que una amistad con la hija del conde —mintió un poquito—. La cuestión es que, cuando Essex le dejó en claro a la joven que no la cortejaría, ella le suplicó que fingiera que la estaba pretendiendo para escapar de los castigos de su madre.

—Y Thomas tuvo compasión, aceptó y la chica se terminó enamorando… —terminó Cameron por su amigo que afirmó con la cabeza—. Bueno, ese no es motivo suficiente para que se enfade tanto.

—Verás, mi querido amigo, las mujeres tienden a complicarlo todo y la americana apareció de improviso, Essex se dio cuenta de cuanto la quería e incluso le propuso matrimonio. Las cosas por fin se estaban dando para él, pero lady Vanessa, la hija de lord Craven, en un acto desesperado besó a Thomas y la americana los vio…

—Comprendo; la muchacha con su imprudencia le causó problemas a Thomas con su mujer.

—Miss Anabelle es una mujer con carácter, y no le agradó ni un poquito la situación, por lo que, sin decirle a Thomas absolutamente nada, se alistó para regresar a Boston. Pero, lo peor del asunto es que está embarazada, su padre es el hombre más rico y poderoso de Boston y ella está acostumbrada a hacer su santa voluntad. No fue nada fácil para Essex conseguir su perdón, y encontrar el amor

después de todo lo que vivió por Susan, para que la insensatez de una joven lo arruinara, lo puso furioso.

—Y tú sigues sintiéndote culpable por lo de Susan y no puedes oponerte a él para seguir ayudando a lord Craven —concluyó el escocés, presionando a su amigo.

—A ti no puedo mentirte —sonrió, esquivando la mirada inquisitiva de Cameron—. Mejor dime, ¿cuáles son tus planes? —cambió abruptamente de tema.

—No tengo ningún plan, Arthur. Solo quiero que me conozca y ella misma juzgue si quiere o no ser mi esposa —arqueó una ceja—. ¿Crees que acceda a entrevistarse conmigo a solas?

—Esperemos a mañana —propuso Lancaster—. Si el conde responde negativamente, haremos lo que propones, a través de mi esposa. —Le guiñó un ojo y Cameron sonrió.



—Te he preparado una infusión —dijo Flora, preocupada, ingresando al dormitorio de su prima que parecía de lo más deprimida desde que llegaron a Londres.

Habían transcurrido tres días desde el incidente frente a aquella posada y la fugaz continuación, que resultó peor remedio a la enfermedad que la aquejaba, y no se trataba precisamente de una dolencia física, sino de un profundo abismo que le había perforado su remota realidad: la idea de nunca poder desposarse, de no poder formar una familia y quedarse sola para siempre.

Sin embargo, la intromisión inesperada de aquel hombre afable con aspecto de salvaje, le había dado un poco de calor a su frío corazón envuelto por el manto de las sombras de la soledad y ahora se sentía peor que antes; el agujero en su pecho se había acrecentado y le resultaba imposible olvidarse de aquel caballero.

«En caso de que volvamos a vernos, recuerde que me debe un favor», le había dicho.

Para muchos, aquellas palabras resultarían una simple frase normal de despedida, probablemente sin mayor importancia. Pero ella había decidido tomar aquellas palabras como una promesa.

Suspiró, sacudiendo la cabeza.

Si ni siquiera se había preocupado por preguntarle su nombre, ¿qué le hacía pensar que él la buscaría en cuanto llegara a la ciudad? ¡Que tonta! Debía convencerse de que esas palabras no importaban y que tenía que olvidar a ese hombre.

—Desde que salimos de la posada, estás más rara de lo habitual… —susurró Flora, impaciente—. O estás enferma o ese hombre que te ayudó te ha lanzado un hechizo…

Vanessa la fulminó con la mirada y bebió su té.

—Ideas tuyas, querida. Solo estoy preocupada por la situación de padre. Nada más —remarcó, bebiendo un sorbo del líquido humeante.

—Hablando del tío Gilbert, el ama de llaves mencionó que recibió la visita de un duque al que llamó demonio. ¿Qué ha querido decir con eso? ¿A quién se refiere? —preguntó con suma curiosidad por el apodo tan peculiar que mencionaron en la cocina.

Vanessa de inmediato se puso en alerta. Si el duque de Lancaster estaba allí, era seguramente para terminar por completo la cooperación comercial con su padre y entonces, la ruina de su familia sería inminente.

Dejó la taza en su mesita y se puso de pie de inmediato.

—Ayúdame a cambiarme, tráeme el vestido aguamarina que preparó Anne. ¡Apresúrate! —habló, cambiándose rápidamente con ayuda de Flora que no entendía nada.

—¿Quién es ese hombre? ¿Un pretendiente? ¿Tu última oportunidad de matrimonio? —inquirió curiosa—. ¿Crees que no sea peligroso si le dicen demonio?

—Es solo un buen amigo y necesito hablar con él antes de que se marche. —Quería hablar con su excelencia y solicitarle una prórroga para que su padre pudiera seguir buscando una solución al problema—. Espero que no se haya marchado aún —musitó cuando estuvo lista y salió del dormitorio.

Flora amagó con seguirla, pero antes de que saliera de la alcoba, ella la detuvo.

—Quédate aquí, Flora. Esto no es un juego.

—Pero yo…

—Prometo que te diré todo en cuanto resuelva el problema con el caballero, pero te ruego que no intervengas. Quédate aquí, regreso en un momento —cerró la puerta de su habitación y caminó de prisa por el pasillo que conducía a las escaleras.

Sin embargo, en cuanto vio a dos personas en el vestíbulo, prestos para marcharse, sus pies se detuvieron de golpe y tuvo que sostenerse de la baranda. Era él, el hombre de la posada junto con su excelencia. Pero ¿qué estaba haciendo allí?

Se mordió el labio inferior, recordando el beso fugaz que le había propinado y su corazón se aceleró de repente. No obstante, el pulso se le desbocó y sintió que todo su cuerpo ardía cuando sus miradas se encontraron y él arqueó una ceja en dirección a ella, mientras que en su incitadora boca se formaba una sonrisa ladina. Contuvo la respiración hasta que el caballero, sin inmutarse, siguió a Lancaster y entonces largó el aire atorado en su pecho.

—¿Estás bien? —Flora no pudo quedarse quieta en la habitación y siguió a su prima, mas no llegó a ver al afamado duque al que mencionaron las criadas—. ¿Ya se marchó el caballero? ¿No pudiste conversar con él? —insistió con sus preguntas.

—No… —musitó, recuperando la cordura—. Se marchó antes…

—¡Es una lástima! —refunfuñó la jovencita—. Tenía ganas de ver el aspecto de un hombre al que llaman así; debe ser alguien bastante feo… —frunció el ceño.

Vanessa sonrió, negando con la cabeza.

—Créeme que te llevarías una sorpresa si lo vieras… —murmuró, bajando las escaleras—. Le llevaré té a mi padre. Si quieres, puedes acompañarnos —ofreció, a sabiendas de que a Flora le aburrían las conversaciones a las que el conde la sometía.

—De repente, me siento bastante cansada —excusó—. Creo que me echaré un momento antes de la cena.

Vanessa sonrió cuando su traviesa prima dio media vuelta y se dirigió a sus aposentos.

Ordenó el té al mayordomo y siguió hasta el despacho del conde, dispuesta a averiguar qué hacía en su casa su salvador.

CAPÍTULO 6



—¿Quién era el caballero que acompañaba a su excelencia, padre? —indagó Vanessa, sirviendo té para el conde en su despacho.

Lord Gilbert le señaló el sillón de enfrente. Cuando tomó asiento, el conde habló.

—El duque de Atholl, y ha venido a pedir tu mano en matrimonio —dijo sin rodeos.

Las mejillas de Vanessa palidecieron al pensar en el impresionante hombre que la había ayudado frente a la posada en St. Albans y había hecho su santa voluntad cuando ella declinó a aceptar su ayuda. La taza que pensaba llevarse a los labios, la retuvo en el aire y tragó grueso, bajándola de nuevo al plato.

Entonces, ese hombre autoritario, ¿era un duque? Sí, debía ser alguien importante y ahora, el comportamiento tirano del caballero cobraba sentido. Además, pensándolo detenidamente, le recordaba en demasía al duque de Lancaster.

¿Podría ser que el destino le estuviera dando una segunda oportunidad?

Durante esos últimos días no había podido olvidar el calor que sintió en el cuerpo cuando sus enormes manos la sostuvieron acogedoramente; ese beso que le propinó, la manera en que se sintió protegida y consolada entre sus brazos que la estrecharon solo por un breve instante.

Nadie nunca la había mirado como él la miró. No era tonta, ni una jovencita debutante para no percatarse que los ojos verdes y trasparentes del caballero, la habían escrutado ansiosos, llenos de deseo. Sin embargo, ¿por qué no le preguntó ni siquiera su nombre? Quizás, porque su excelencia, el duque de Lancaster, ya habría determinado arreglarle un matrimonio y, casualmente ese arreglo, lo había hecho para ella.

Sin dudas, Arthur Wellesley le guardaba un profundo aprecio por su parecido con su difunta hermana y estaba segura que, si pensaba en ella de aquella forma, no le escogería como marido a un hombre que fuera malo.

Se mordió el labio, recordando. Definitivamente, un caballero que se comportaba de ese modo con una completa desconocida, no podía ser malo, y si además era amigo de su excelencia, con mayor razón confiaba en él.

Además, ese mes que estuvo lejos, comprendió que todo lo que ocurrió con Thomas fue un completo desacierto. La desesperación y el anhelo por resolver todos sus asuntos la hicieron cometer demasiadas tonterías, y por la excesiva muestra de cortesía del conde, confundió sus propios sentimientos. Antes de él, nunca nadie la había tratado tan gentilmente que lo idealizó tanto, aferrándose a la idea de que estaba enamorada.

Cometió tantos errores y solo deseaba disculparse con él y pedirle perdón a su esposa, pero estaba segura que no era un buen momento para acercarse; con justa razón, la pareja debía seguir furiosa y la situación provocada por ella, era demasiado reciente.

Quizás, en un futuro logren limar asperezas y ellos la perdonen.

—No te preocupes, no he aceptado su propuesta, aunque Lancaster me dio un margen de tiempo para pensarlo —añadió el conde, resoplando con preocupación pues comprendió a la perfección que Arthur lo estaba amenazando, y con ese hombre, aunque le caía bien y su hija le simpatizaba, debía andarse con cuidado.

Vanessa regresó de su letargo y frunció el ceño.

—¿Por qué? —indagó—. Es una buena oportunidad de resolver todos los problemas que he causado, padre, y además, confío en el criterio de su excelencia. Si es amigo suyo, debe ser un buen hombre y ambos sabemos que nadie más me pedirá matrimonio.

—Esto no es un juego, Vanessa. Ese hombre es igual o más poderoso que Lancaster y además, deberás mudarte lejos de todo lo que conoces —advirtió el conde, dejando a un lado su té.

—De todos modos, si no resolvemos los problemas que tenemos, tendré que acostumbrarme a otro tipo de vida, lo sabe, y yo estoy dispuesta a conocer al caballero y llegar a un acuerdo con él —insistió Vanessa—. Quiero intentarlo.

El conde resopló y se tomó del puente de la nariz.

—No quiero que te sientas obligada por mí.

—No lo hago por usted, padre. Lo estoy haciendo por mí —aseguró con convicción—. Es mi última oportunidad… —musitó suplicante—. Envíe una nota a Lancaster House, pidiendo una entrevista con el duque de Atholl.

—¿Estás segura, hija?

—Por supuesto. Por favor, hágalo —insistió ella, convenciendo a su padre.

Después de pensarlo por unos minutos y buscar un atisbo de duda en la mirada de su hija y no encontrarla, el conde asintió y se dirigió a su escritorio para redactar la misiva.



—Hola, querida. ¿Cómo estás? —Arthur ingresó a los aposentos de Claire, en cuanto regresó de Craven House.

La encontró sentada frente al tocador, cepillando su cabello, pensativa.

Claire, apenas escuchó la voz de su marido, se puso de pie y fue a su encuentro. Habitualmente descansaba en su habitación en el día, pero apenas terminaban de cenar, su marido no le permitía pisar otra alcoba que no fuera la suya y no podía ser más feliz de lo que era. Después del desastroso inicio de su vida conyugal, ahora era la mujer más dichosa del reino. Aunque su nueva amiga, Anabelle Madison, lo era en la misma medida que ella.

—¡Cariño! —Claire corrió a su encuentro y se colgó del cuello de Arthur, que la cargó y la hizo dar vueltas hasta dejar que sus pies volvieran a tocar la moqueta.

Arthur acarició sus labios con la yema de uno de sus dedos y la besó con voracidad, para luego romper el contacto de sus bocas y hundir su rostro en el cuello de su esposa.

—¿Me ha extrañado, su excelencia? —preguntó Claire, divertida.

—Mucho, muchísimo… —murmuró él sobre la piel de su cuello, logrando erizar la piel de su duquesa—. ¿Cómo se ha comportado? —miró y acarició su vientre de seis meses.

—Inquieto como su padre… —murmuró Claire, rebosante de felicidad.

—Estoy seguro que será niña —murmuró él—. Una preciosa y encantadora niña.

—¿Y no te molestaría que tu primogénito fuese niña, cielo?

—Por supuesto que no, aunque estoy seguro que moriré de la tristeza cuando los caballeros comiencen a cortejarla —arrugó el ceño y negó con la cabeza, resoplando.

—Querido, aún no ha nacido; tendrás tiempo de sobra para acostumbrarte a todo eso —bromeó su esposa—. Clay mencionó que tenemos una visita…

Arthur se recompuso y sonrió, tirando de Claire hasta la cama. Tomó asiento en el borde y la sentó en sus piernas.

—Un amigo que ha venido de Escocia a pasar unos días en Londres —comentó, acariciando sus cabellos—. Necesita una esposa y pensó que, al haberme casado recientemente, podría ayudarlo a escoger una dama adecuada con la orientación de mi querida esposa.

—¡Oh! —dijo sorprendida Claire—. Y, ¿tienes a alguien en mente?

Arthur asintió con la cabeza.

—La hija de Craven —anunció.

Claire lo vio desconcertada.

—¿La hija de lord Craven? —inquirió, arrugando el ceño y Arthur afirmó con la cabeza.

Ella quiso levantarse de las piernas de su esposo, pero él la apresó entre sus brazos.

—¿Qué sucede, cielo? —preguntó desconcertado. De pronto, una diabólica sonrisa se formó en sus labios—. No me digas que sigues sintiendo celos de esa joven…

Claire se sonrojó y luchó para zafarse de su agarre, pero Arthur rompió en carcajadas, impidiéndoselo.

—¡Suéltame, Arthur!

—¿Ahora soy Arthur? —La molestó, viendo que los ojos de su esposa se llenaban de lágrimas—. Ey, cariño, ¿por qué te pones de este modo? Sabes que esa joven nunca me interesó ni yo a ella.

—Lo sé, pero… —las hormonas la ponían de un modo que ni ella misma comprendía. A veces, tenía celos hasta del aire que respiraba su esposo y Vanessa, aunque siempre la consideró una especie de buena amiga, se comportó de un modo egoísta y malvado al querer atrapar a Essex, sabiendo que el caballero se encontraba comprometido con otra dama, por lo que le inquietaba el afán vehemente de su marido por querer ayudarla siempre—.

Entonces —prosiguió para zanjar aquellas dudas que a veces la atormentaban tontamente—. ¿Por qué la quieres ayudar? —increpó desconcertada—. Después de todo lo que le ha hecho a Anabelle y a Thomas… —Negó con la cabeza—. No lo entiendo y me sentiría más tranquila si me lo explicaras.

—Porque esa muchacha me recuerda a Susan… —confesó con melancolía—. Y porque se merece una segunda oportunidad como la que tú me has dado a mí. —La miró a los ojos y suspiró—. Además, sabes que no es una mala persona y que solo ha estado presionada por sus padres; se equivocó, igual que yo contigo, y creo que esta es una buena oportunidad para que se redima. ¿No lo crees?

Claire suspiró.

—¿Qué hay de tu amigo? —indagó—. ¿Crees que estará dispuesto a desposarse con una mujer cuyo corazón ya tiene dueño? —preguntó, entrando en razón y diciéndose a sí misma que no podía sentir celos de Vanessa Craven, y que Arthur podría tener razón.

Era ridícula e infantil su actitud y su esposo le había demostrado con creces que solo tenía ojos para ella, que la amaba más que a nada ni nadie.

—Estoy seguro de que Cameron será capaz de hacerla olvidar a cualquier otro hombre —sonrió enigmáticamente.

—Con que Cameron… —musitó Claire—. Me intriga tu amigo, cariño…

—¿Podrías echarme una mano? Lord Craven no aceptó la oferta de matrimonio, pero Cameron dice que le gustaría conversar del asunto con la joven personalmente. Está seguro que puede convencerla —informó, captando la atención de su esposa.

Claire sonrió y respiró tranquila, quitándose aquella espina que le había causado un poco de molestia en esos meses. Recobrando su habitual entusiasmo, se puso de pie y dijo:

—Llévame a conocer a tu amigo y luego resolveré el asunto por ustedes.

—Entonces, excelencia, ¿ya no está enfadada? —Arthur tomó sus manos y besó sus nudillos.

—Lo siento… —musitó ella—. Fue una exageración, cariño —afirmó con las mejillas teñidas de un intenso carmesí—. ¿Vamos a conocer a tu amigo?

Arthur sonrió, la abrazó con fuerza y después la guió fuera de la habitación.

Clay les informó que el duque estaba en las cuadras, ocupándose de su caballo y que enviaría a alguien a llamarlo.

—Veo que tienen cosas en común… —murmuró Claire, arqueando una ceja mientras tomaba asiento en uno de los sillones dispuestos en el amplio y lujoso salón principal de su mansión.

—Muchas más de las que te imaginas, cielo. —Arthur le guiñó un ojo, tomando asiento a su lado y besando tiernamente su boca cuando escuchó un carraspeo.

Claire parpadeó en cuanto vio al imponente, fornido y muy alto hombre con una melena rubia semirrecogida desenfadadamente, la camisa blanca con los primeros botones desprendidos y las mangas remangadas hasta el codo. Llevaba unos pantalones ajustados a sus regios muslos y unas botas de montar relucientes. Era un hombre impresionantemente atractivo y comprendió las palabras de su esposo, cuando mencionó que su amigo sería capaz de hacer olvidar a la dama en cuestión, a cualquier otro hombre, y que tenían muchas cosas en común.

El aspecto salvaje y la mirada divertida del caballero, le recordó el día en que vio por primera vez a su marido, en el parque, luciendo casi igual de brutal.

Arthur presionó su mano y la ayudó a ponerse de pie, para luego susurrar despacio en su oído:

—Creo que me pondré celoso…

Claire lo miró culpable, pero él solo sonrió divertido, en tanto el caballero se acercaba más a ellos, hasta detenerse a un par de

pasos y realizar una elegante reverencia.

—Su excelencia… —murmuró Cameron, tomando su mano de un modo galante y acercándolo a sus labios sin dejar de mirarla a los ojos—. Es todo un placer conocerla y me disculpo por mi repentina visita; os habría avisado con antelación, pero, como espero que mi querido amigo le hubiera comentado, me encuentro en una situación un tanto complicada que requiere de una solución apresurada, por no mencionar la palabra desesperación —sonrió, logrando que Claire se sonrojara.

—Ya suelta a mi esposa, Cameron, o tendremos problemas —bromeó Arthur, sonriéndole a su amigo.

—No puedes culparme —contestó el susodicho—. Espero tener la suerte de encontrar a una mujer que al menos sea la mitad de bella que la tuya —volvió a elogiar a Claire que se abrumó.

—Ahora entiendo por qué sois amigos… —le susurró ella a su esposo—. Sea bienvenido, lord…

—Cameron Murray, duque de Atholl, a su completo servicio. —Se presentó el escocés.

—¡Oh! Es un placer, excelencia. Por favor —señaló el sillón frente a ella—. Tome asiento y conversemos de la situación un tanto complicada que requiere de una solución apresurada. Quizás, podría serle de ayuda…

Cameron miró a Arthur y sonrió, conforme con la elección de esposa que había hecho su amigo.

—Recientemente mi padre murió, y ha dejado estipulado en su testamento algunas condiciones para que mi persona conserve el título. Sin embargo, una de las disposiciones es que consiga una esposa adecuada.

—Comprendo —contestó Claire—. Mi esposo ha mencionado a una candidata y tengo entendido que lo ha aludido de los pormenores de la situación de la joven.

—Naturalmente y no es un problema para mí; estoy seguro de que seré capaz de hacer olvidar a mi futura esposa, cualquier sinsabor que la vida le hubiera hecho probar —repitió las mismas palabras de Arthur.

Claire arqueó una ceja y miró a su esposo que sonrió y se encogió de hombros, como si le estuviera diciendo: «te lo dije».

—Si lo tiene decidido, entonces permítame concertar una reunión entre ustedes, pero antes necesito conversar con la dama a solas.

En ese instante, Clay, el mayordomo anunció que un mensajero había entregado urgente una misiva y que esperaba una respuesta inmediata.

—Es para su excelencia, el duque de Atholl —dijo Clay, dirigiendo la bandeja de plata con la correspondencia al escocés—. ¿Responderá, su excelencia? ¿O debo despachar al mensajero?

Antes de siquiera rasgar el lacrado del sello, Cameron sonrió y dijo, mirando a Claire:

—¿Cuándo y dónde, milady, cree conveniente que me reúna con la hija de lord Craven?

Claire entornó los ojos y miró a su esposo.

—¿Es muy tarde para invitarla a cenar? —preguntó Arthur a su esposa—. Mientras más pronto resolvamos el asunto, Cameron podrá regresar a cumplir con sus obligaciones en Perthshire…

La duquesa de Lancaster miró alternadamente a su esposo y a su amigo, sin comprender la situación hasta que una idea se formó en su mente.

—¿Están insinuando que esa nota es de lady Vanessa? —inquirió, arrugando el ceño.

—De su padre —contestó Cameron—. En nombre de la joven, por supuesto.

—¿Podemos incluirla en la cena? —volvió a insistir Arthur.

—Sí, claro. Si ambos dan por sentado que esa nota es de parte de la dama, responderé en nombre de su excelencia con una invitación a cenar —contestó Claire—. Pospondré la cena por una hora para que la joven tenga tiempo de arreglarse.

—Clay, trae pluma y hoja para responder la misiva —ordenó Arthur.

—Como ordene, excelencia —el lacayo se marchó a cumplir el encargo.

—Ábrelo —le dijo Lancaster a Atholl—. Me intriga conocer la excusa de Craven para su repentino cambio de opinión.

Cameron abrió el sobre, leyendo la misiva. Sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción y arqueó una ceja. *«Directa y concisa»*, pensó.

—¿Y bien? —indagó Arthur.

—Solo dice que su hija prefiere ocuparse ella misma del asunto de su matrimonio y solicita una entrevista para concretar los detalles del acuerdo.

—Bueno, al menos milady es sensata y no cómo su padre… —bufó Lancaster.

Cameron notó la mirada de la esposa de su amigo. Al parecer, no le hacía demasiada gracia el interés de Arthur en ayudar a la joven.

—Arthur solo se siente culpable por lo que le ocurrió a su hermana, y la hija del conde de Craven se la recuerda en demasía, lady Claire. El interés de mi querido amigo, es solo para calmar su conciencia, aunque, particularmente, siento que no debería seguir torturándose con el pasado. ¿Qué opina usted? —Cameron ladeó la cabeza, mientras colocaba un dedo en su sien.

Claire miró culpable a su marido y se sintió fatal por seguir cuestionándose internamente los motivos de Arthur para ayudar a Vanessa.

—Pienso que el pasado debe quedarse justo ahí y solo pensar en el presente, para forjar un futuro feliz. —Se puso de pie—. Iré a escribir la nota al despacho. —Se disculpó y salió disparada del salón.

—No debiste hacer eso, Cameron —lo reprendió Arthur—. Claire tiene sus motivos.

—¿No me digas que también te has enredado con mi futura esposa? —inquirió con sarcasmo el escocés.

—¡Por Dios! Claro que no, pero en un momento difícil de nuestra relación, por hacerle un favor a Thomas invité a lady Vanessa a dar un paseo, y ella lo malinterpretó. —Arthur sonrió con picardía—. Lo bueno del asunto, es que ese inocente paseo hizo que mi esposa recapacitara y terminara en mis brazos. —Le guiñó un ojo a su amigo.

—Debió ser un asunto delicado para que una mujer tan hermosa como tu esposa, siga enfadada por un simple paseo.

—Lo fue, pero ya lo hemos aclarado.

—Pues, al parecer, tus explicaciones no fueron lo bastantes convincentes porque sus ojos brillaban de celos; deberías agradecerme por zanjar ese asunto definitivamente. —Se encogió de hombros.

Antes de que Arthur pudiera responderle, Claire regresó.

—Su excelencia solo ha querido ayudar, cielo, y yo he terminado de comprender todo. —Le sonrió a Cameron—. Ya he enviado la nota, excelencia. Solo es cuestión de esperar y de que usted se aliste para impresionar a su futura esposa.

—Dígame Cameron —propuso el escocés—. Prefiero que mi familia me llame por mi nombre y usted es la esposa de alguien a quien considero un hermano.

—Solo si también me llama por mi nombre —acordó Claire, complacida.

—Si Arthur no me dará una paliza, es un trato —miró a su amigo con diversión.

—No me provoques, Cameron.

—Dejen de bromear —propuso Claire—. Es mejor que vayamos a alistarnos todos para la cena, antes de que lady Vanessa llegue.

CAPÍTULO 7



—¿Estás segura que no quieres que te acompañe? —preguntó lord Craven, mientras Vanessa aguardaba en el vestíbulo por el carruaje.

—No se preocupe, padre. Lo prefiero de este modo —volvió a decir lo mismo que le había dicho al conde cuando recibió la invitación de la nueva duquesa de Lancaster para la cena.

—Pero, no es del todo apropiado…

—Con que Flora me acompañe de carabina, es suficiente —miró a su prima pequeña—. Le servirá para aprender a comportarse frente a personas importantes.

—Le prometo que seré la mejor acompañante, tío. Despreocúpese del asunto —sonrió la jovencita.

Lord Craven negó con la cabeza, pero no le quedó más remedio que aceptar la decisión de su hija.

En el carruaje, Flora preguntó:

—¿Dónde será la cena y a qué se debe esta invitación tan repentina? ¿Por qué has aceptado? ¿No resulta inapropiado y hasta irrespetuoso? —cuestionó la jovencita, arrugando el ceño.

—Te lo diré para que no te sorprendas y actúes adecuadamente en cuanto lleguemos; la cena será en casa del duque de Lancaster, el mismo a quien han llamado demonio hoy en nuestra cocina. —El rostro de Flora palideció—. Acepté porque la

invitación fue de parte de su esposa, la duquesa, y no resulta inapropiado cuando personas de su clase intentan ayudarme a concretar mi matrimonio —terminó.

Flora tardó unos minutos en enjuiciar toda la información que le estaba brindando su prima, y cuando recobró el habla, dijo:

—Ese hombre al que le dicen demonio, ¿tiene esposa? —Flora abrió sus ojos impresionada.

—Por supuesto —dijo Vanessa.

—Y, ¿cómo es eso de que te ayudarán a concretar tu matrimonio?

—Cómo has oído, Flora, y te suplico que te comportes, por favor, y no te sorprendas cuando veas a mi futuro marido.

Antes de que Flora pudiera replicarle con más preguntas, el coche se detuvo y Vanessa le dedicó una mirada de advertencia antes de que se apearan. En cuanto ambas jóvenes estuvieron frente a la imponente residencia, la prima de Vanessa se quedó deslumbrada.

—Esta casa es… es impresionante.

—Es la residencia de un poderoso duque, querida. ¿Qué esperabas?

Subieron la escalinata de mármol y cuando ingresaron al vestíbulo, un elegante hombre las recibió, haciéndolas pasar hasta un asombroso, elegante y lujoso salón que parecía un museo de arte.

En cuanto los ojos de Vanessa se encontraron con los de Claire, ella tragó grueso y esperó a que la dama se pusiera de pie con ayuda de su esposo para realizar una elegante reverencia a los duques de Lancaster, siendo imitada a la perfección por su prima.

—Su excelencia —musitó, incorporándose.

—Bienvenida, milady —contestó el duque de Lancaster—. ¿Quién es la jovencita que la acompaña? —indagó con una

deslumbrante sonrisa, mirando a Flora que se sonrojó por el escrutinio del hombre más tractivo que había visto en toda su vida.

—Es mi prima Flora, que pronto será presentada, excelencia —miró a su prima—. Flora, te presento al duque y a la duquesa de Lancaster. Su excelencia, lord Arthur Wellesley y su excelencia, lady Claire Bradbury, aunque ahora, asumo excelencia —le dijo a Claire— que debería presentarla como lady Claire Wellesley.

—¿Cómo te encuentras, querida? —la saludó Claire, sonriendo forzadamente—. Ha pasado un tiempo y antes de pasar al comedor, me gustaría que intercambiáramos unas palabras en privado, si me lo permites.

—Por supuesto —contestó Vanessa, mirando de soslayo a su prima.

—Arthur, querido, ¿podrías acompañar a lady Flora por unos momentos? No tardaremos…

—Será un placer, querida —contestó el duque.

Claire señaló el lujoso pasillo que conducía al despacho de su esposo y la invitó a pasar al estudio. En cuanto se adentraron en el recinto, Claire la invitó a tomar asiento en uno de los sillones que estaban dispuestos delante de la chimenea y la imitó.

—Mis felicitaciones por su estado, excelencia. El embarazo le sienta de maravilla.

Claire suavizó su semblante y agradeció con una sonrisa.

—Trátame de tú —sugirió—. Después de todo, si las cosas se resuelven como nuestro buen amigo lo espera, serás la esposa de un hombre a quien mi marido considera familia, y respecto a ese asunto, necesitaba conversar sobre tus intenciones con ese arreglo porque siento que, a pesar de que hemos frecuentado a las mismas personas durante todos estos años, no te conozco en absoluto, Vanessa.

Las palabras de Claire no le molestaron para nada. Era evidente que se refería a la situación con lord Essex y no podía

culparla. Además, lo más lógico era que se hubiera hecho amiga de la esposa del conde y que la susodicha le hubiera confiado el altercado que propició aquella locura cometida por ella, en un arrebato de desesperación.

—Sé que no soy de tu agrado desde aquel paseo en el que su excelencia me acompañó, obligado por las circunstancias —inició Vanessa—. Créeme que el duque fue forzado por lord Essex a ocupar su lugar, y tanto él como yo estábamos al corriente del motivo, pero lo cierto y concreto es que nunca hubo un interés más que amistoso —aclaró Vanessa sin amedrentarse frente al ceño arrugado de Claire—. Respecto a mi relación con lord Essex, la situación fue bastante clara entre los dos desde el principio; él solo fingió interés en mí, para que yo no sufriera las consecuencias por no llamar la atención de un pretendiente conveniente… —Sonrió con tristeza, mirando sus manos enguantadas cuyos dedos se entrelazaron por los nervios—. Nunca hubo nada entre nosotros, pero sentí un atisbo de esperanza cuando su tía, lady Agatha, me confesó que milord pensaba proponerme matrimonio, que se lo había asegurado. —Volvió a mirar a los ojos a Claire—. Tenía la presión de mis padres sobre mis hombros, y la noticia fue como un bálsamo de sosiego en ese momento, pero no por los motivos que crees. —Negó con la cabeza—. No te imaginas a las torturas físicas a las que era sometida cuando fracasaba con algún caballero —suspiró, mientras sus ojos se llenaron de lágrimas—. Lord Essex me ayudó y puede que mi admiración excesiva por un hombre que me trató con amabilidad y consideración, en un momento en el que todos me rehuían como a la peste por los rumores de que mi padre estaba arruinado, me hicieron confundir mis propios sentimientos. Así que, cuando supe que la mujer de quien milord estaba enamorado, llegó a Londres, caí en la desesperación por el temor a perder todo lo que logré en su compañía y cometí un terrible error que lamentaré por el resto de mi existencia…

Claire la miró entre sorprendida, consternada y apenada. No sabía que la joven hubiera atravesado tantos problemas con su propia familia, soportando ser excluida tácitamente de su propio

círculo por los rumores sobre la situación financiera de su padre. Además, si lady Agatha le había asegurado que Thomas pediría su mano, no podía culparla del todo por cometer la insensatez de querer forzar la situación a su favor, y más si se encontraba entre la espada y la pared por la presión de sus padres.

Siendo sincera, comenzaba a sentir lástima por la joven y no sabía qué decir al respecto. Tenía que preguntarle a Arthur si era verdad que Essex pensó pedirle matrimonio a Vanessa y corroborar aquella versión de los hechos para terminar de confiar en su intuición.

—Hace poco —prosiguió Vanessa, en vista a que la duquesa no decía nada—, mi propia madre me confesó detestarme, restregándome en la cara que solo había sido una carga y una inservible para el propósito para el cual me había criado, revelándome que no soy su hija… —Sonrió, mientras las lágrimas se deslizaban por su mejilla—. Te aseguro que no soy una mala persona, que no fue mi intención causarle daño a nadie, pero el temor de volver a vivir todos los castigos y desprecios de mi propia madre, me orilló a equivocarme. Sé que una simple disculpa no servirá de nada y que el conde y su esposa no me perdonarán, pero me arrepiento de haber cometido aquella tontería, llevada por la desesperación y el miedo. Siempre lo lamentaré y espero poder pedirles perdón en cuanto sea el momento adecuado.

—Lo siento mucho, Vanessa —fue lo primero que salió de Claire—. No estaba al tanto de toda esa situación, y me apena que hayas pasado por todo ese suplicio.

Ella solo negó con la cabeza.

—Soy consciente de que quizás, duden de mi persona por esa lamentable situación, y no intento justificarme, pero sí pido un poco de comprensión porque no soy una mala persona, solo me equivoqué como cualquier ser humano y creo que tengo derecho a una oportunidad —sonrió, secándose las lágrimas—. Sé que su excelencia siente aprecio por mí, porque le recuerdo en demasía a su difunta hermana y estoy profundamente agradecida por contar

con su favor, sin embargo, más me gustaría recuperar tu aprecio y confianza, y que podamos tratarnos como dos buenas amigas. Te aseguro que no te defraudaré, Claire.

La duquesa tomó sus manos y afirmó con la cabeza.

—Estuvo muy mal lo que hiciste con Thomas, pero si la situación es como dices, tampoco es solo tu culpa —palmeó sus manos—. El caballero que te pretende como esposa es un gran partido, y si aceptas, estoy segura que todos tus problemas se verán resueltos. Además, es muy atractivo —dijo en confidencia, con una pícara sonrisa.

Vanessa sonrió y afirmó.

—Lo sé porque tuve el placer de conocerlo en mi último viaje —dijo ella, sorprendiendo a Claire—. Debo confesar que me pareció un hombre impresionante, sin embargo, más me impresiona los designios del destino. Nunca pensé que, precisamente ese caballero, tocaría mi puerta para pedirme matrimonio, y lo más sorprendente es que ninguno de los dos ni siquiera revelamos nuestras identidades.

—¡Vaya! Eso sí que es coincidencia, aunque no me extraña para nada; eres una mujer muy hermosa, Vanessa.

—Bueno, la belleza precisamente no me ha servido de mucho, pero tengo el presentimiento de que quizás, esta vez sea diferente.

Claire se puso de pie y Vanessa la imitó.

—Espera aquí un momento; el duque quiere conversar a solas contigo y creo que lo más conveniente es que sea antes de la cena y que tu impresionable prima lo vea —sonrió, porque no le pasó desapercibida la mirada de admiración excesiva que la jovencita le propinó a su marido—. De todo corazón, espero que podáis llegar a un acuerdo.

—Yo también lo espero —contestó y Claire la dejó a solas.

Vanessa respiró hondo varias veces, alisándose la falda del elegante vestido azul pálido que llevaba puesto. Las mangas

mínimamente cubrían las esquinas de sus hombros y el guante de seda blanco hasta la muñeca, continuaba en una fina seda transparente hasta por encima de los codos. El escote ceñía su busto, dejando una vista sinuosa que haría rendirse a sus pies a cualquier caballero con dos dedos de frente.

Estaba nerviosa, retorciendo sus dedos enguantados entre sí, aguardando expectante por aquel encuentro que, aunque había deseado en su fuero interno, nunca pensó podría darse. Jamás imaginó que volvería a ver a aquel hombre de impresionante presencia, aunque no había dejado de pensar en sus palabras: *«En caso de que volvamos a vernos, recuerde que me debe un favor».*

De repente, sintió un cosquilleo en la nuca y un cálido aliento sobre su hombro desnudo.

—Entonces, ¿le resulté un hombre impresionante? —Cameron susurró al oído de la dama que se estremeció al escuchar su voz.

El plan de Claire para terminar de confiar en que, la hija del conde de Craven era la más adecuada para ser su futura esposa, consistía en hacerla confesar sus verdaderas intenciones respecto a ese matrimonio y sus sentimientos por Essex, ya que Cameron le reveló a la esposa de su amigo que ya conocía a lady Vanessa.

Haberla oído relatar los pormenores de su desastrosa relación con su madre, le hicieron sentir cierta rabia hacia una mujer que ni siquiera conocía. Además, la dama reconoció su error, y no mencionó en ningún momento que estuviera enamorada de Thomas como Arthur le hizo pensar.

Vanessa se sobresaltó, pero evitó demostrarse más impresionada de lo que ya estaba y se volteó como pudo sobre sus pies.

Grave error.

Su cuerpo estaba tan cerca del suyo que casi cayó de espaldas. Sin embargo, el alto y corpulento hombre rodeó su cintura estrecha con sus enormes manos.

—Un placer volver a verla, lady Vanessa Craven… —musitó tan cerca de su boca, con una sonrisa torcida que la hizo tiritar hasta los huesos—. Espero que aun recuerde que me debe un favor, y le advierto que pretendo cobrárselo...

Sin siquiera poder preguntarle cómo se lo cobraría, Vanessa contempló fijamente el rostro que tenía por encima del suyo. Se sentía sumida en un torbellino de emociones indescriptibles, pues, mientras aguardaba a que la duquesa fuera a por él, intentó prepararse para el confrontamiento con su futuro esposo. Sin embargo, este no le había dado mucho margen de tiempo para prepararse, ya que ni siquiera lo sintió acercarse y lo tenía frente a frente, más cerca de lo que esperaba tenerlo en ese primer encuentro formal entre dos personas que pretendían casarse por conveniencia mutua.

La mirada que le prodigaba el hombre representaba un peligro inminente, y con los ojos abiertos de par en par, escrutando aquel brillo osado, se echó a temblar, mientras su pecho subía y bajaba con cada agitada respiración.

Aquella visión trastornó por completo a Cameron que llevaba días luchando contra aquel arrepentimiento que sintió cuando la dejó en la posada, sin siquiera preguntar su nombre. Sin embargo, ver la atractiva cepa de la garganta, el pulso latiéndole en la base, aquellos hermosos labios, separados, los ojos verdes, llenos de una mezcla de dudas y de deseo, lo excitó profundamente.

Vanessa sintió lo que él estaba experimentando; la tensión de los brazos, de los muslos que se apretaban contra los suyos y que delataban lo que se estaba produciendo dentro de él. Abrumada por una fascinación más vetusta que los mismos tiempos, no pudo hacer nada. No sabía si deseaba escapar y se limitó a observar, completamente seducida, cómo los ojos del duque se iban ensombreciendo.

Por fin, con un gruñido ahogado, Cameron se rindió y bajó los labios hasta los de ella. No fue un beso suave, pero a Vanessa no le

importó. Sin saber qué hacer, buscó apaciguar la dureza de los labios del caballero, suavizando y separando los suyos.

Cualquier vaga impresión que Cameron hubiera podido experimentar por darle un beso dulce y breve, se esfumó ante la inesperada invitación que ella le ofrecía. Aceptó inmediatamente y tomó posesión de la boca de la joven con una pasión ardorosa y profunda que lo turbó tanto a él como a ella.

Vanessa se echó a temblar. Sintió que él la abrazaba, que la fuerza de Cameron la rodeaba y la seducía incluso más que aquel beso. Levantó las manos y se las colocó sobre los hombros. Sintió cómo los músculos de él se flexionaban bajo sus dedos y, sin poder contenerse, le devolvió el beso. Se inquietó mucho al sentir la respuesta que él le proporcionaba y se sorprendió de experimentar una reacción similar corriéndole por las venas.

Las sensaciones eran adictivas. Sus sentidos despertaron por la magia que él provocaba. Sintió que no tenía defensa alguna ante el poder que la abrumaba y que la empujaba más allá. Completamente ciega a las normas que dictaba el decoro, se dejó llevar adonde la llamaban sus sentidos, respondiendo libremente, igualando todo lo que él le pedía y deseando más aún.

Aquella reacción fue mucho más de lo que Cameron había esperado. Estrechó a Vanessa entre sus brazos y sintió cómo temblaba. Notó que los dedos de ella se le enredaban en la melena rubia y el placer se abrió paso por todo su cuerpo. El calor le inundó todos los sentidos y respondió inmediatamente con besos más urgentes, sintiendo que cuerpo y alma deseaban experimentar mucho más. Sin embargo, el gemido de placer que emitió la joven, hizo que reaccionara como el hombre experimentado que era y fue disminuyendo la intensidad del contacto de sus bocas.

Para Vanessa, el tiempo y el lugar ya no existían. Su ser había cobrado vida en un mundo de placer sensual. Cuando el beso fue interrumpido por su futuro marido —*si todo salía bien*—, se sintió decepcionada y le costó bastante recuperar el control de sus actos.

Cameron la observó atónito. Era más hermosa de lo que recordaba, pero no podía satisfacer a sus instintos más bajos allí, en la biblioteca de su amigo, sin siquiera concretar los detalles de su matrimonio.

CAPÍTULO 8



El cuerpo de Vanessa permaneció apretado contra el del duque, percibiendo que el caballero estaba realizando un esfuerzo tremendo para contenerse. Su pecho palpitaba rápido, igual que el suyo, como si los latidos de sus corazones fueran uno solo.

Él enredó sus dedos entre sus sedosos cabellos y ella inclinó la cabeza hacia atrás, buscando de nuevo la mirada del hombre que apoyó la frente sobre la suya, con los ojos cerrados, perdido en sus propios pensamientos, como si estuviera buscando aferrarse a algo para no seguir abordándola.

—¿Qué me has hecho? —murmuró Cameron para sí.

La poca lucidez que le quedaba, le decía que jamás había sentido una cosa igual. Nunca había imaginado que pudiera sentir tanto deseo por una completa desconocida.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó ella, para terminar de zanjar aquel momento erótico y hacer lo que había ido: conversar sobre los términos de su posible matrimonio.

—Todo… —La voz de él era un susurro, casi una amenaza.

Besó con suavidad su frente y, lentamente se separó de ella para evitar caer en la tentación de volver a besarla. Consciente de lo abrumada que había puesto a la dama, la guio él mismo a uno de los sillones y la ayudó a sentarse, haciendo lo propio frente a ella.

—Con todo, ¿se refiere a matrimonio? —inquirió ella, dispuesta a resolver la situación lo más rápido posible, mientras su juicio estuviera lúcido para negociar y antes de que el escocés decidiera volver a atormentarla con su cercanía.

—Por supuesto —contestó Cameron, con una sonrisa torcida por los rastros de la pasión compartida que seguían latentes en las mejillas teñidas y los labios inflamados de la joven—. Con que Vanessa… —musitó, deleitándose con su nombre.

—Y usted es Cameron Murray… —replicó ella—. ¿Por qué ni siquiera preguntó mi nombre cuando nos conocimos?

—¿Por qué supone usted? —refutó Cameron, dispuesto a medir la inteligencia de su futura mujer.

—Usted me besó y se hizo cargo de la situación porque le agradé, pero decidió no presentarse formalmente porque tenía en mente un plan que no pensaba arruinar por una desconocida —sonrió—. Ese plan incluía una esposa adecuada, que asumo, dadas las circunstancias, conocería a través del duque de Lancaster. Por eso decidió que nuestro encuentro no podía significar más que una simple obra caridad con una desconocida. ¿Me equivoco, excelencia?

Cameron sonrió y negó con la cabeza, aunque tampoco le aclaró que había regresado a la posada a buscarla.

—No se equivoca.

Durante un momento, todo quedó en silencio y Vanessa sintió una extraña tensión entre ellos. Temerosa de volver a caer en los brazos del duque con su evidente experiencia y encanto salvaje, esquivó su mirada, observando con aparente calma el fuego de la chimenea, y dijo:

—Mi padre me informó sobre el motivo de su visita, y sus razones para rechazar su oferta. No lo tome personal, por favor —volvió a mirarlo a los ojos con franqueza—. Se siente culpable por algunos acontecimientos recientes y me ha dado su palabra de no volver a interferir en el asunto de mi matrimonio.

—Bueno, me gustaría saber qué opina usted. ¿Piensa igual que su padre? ¿Rechazará mi oferta? O, ¿el verme en su casa la hizo tomar la decisión de darme una oportunidad? —Cameron sonrió, ladeó su rostro y la escrutó con fijeza.

—No le mentiré, excelencia.

—Dígame Cameron —pidió, antes de que continuara.

—No le mentiré, Cameron —volvió a decir ella—. Su oferta de matrimonio llega en un momento muy complicado, tanto para mi familia como para mí por la crisis financiera de mi padre —suspiró—. Como sabrá, la sociedad es muy cruel y nadie querría desposar a una dama que fue rechazada y que además, está en la ruina. Asumo que el duque de Lancaster lo ha puesto al tanto de mi situación, y que, a sabiendas de la circunstancia, ha tomado su consejo de tenerme en cuenta como candidata para esposa.

—¿Eso qué significa, exactamente?

—Significa que dependerá completamente de usted la decisión, dado el caso que tengo mi propio juicio sobre su persona y que, resumiendo los hechos, lo considero un buen hombre, más allá de resultar un candidato excepcionalmente adecuado, por no mencionar que es un partido inmejorable.

—¿Y qué le hace pensar que soy un buen hombre? Apenas me conoce…

—Aunque me besó sin mi consentimiento, admito que se comportó como todo un caballero cuando me vio en problemas. Además, si el duque de Lancaster ha pensado que usted sería un buen esposo para mí, confío en su criterio, pues sé que le recuerdo en demasía a su difunta hermana y que su elección la ha hecho, pensando en mí como si fuera ella, y un hermano jamás podría escoger a alguien malo. ¿No lo cree? —argumentó con tanta confianza, que Cameron comprendió a la perfección los sentimientos encontrados de lady Claire en relación a la confianza ciega que lady Vanessa le profesaba a su amigo.

Sin embargo, era absurdo guiarse por un sentimiento tan estúpido como los celos, precisamente de Arthur.

—Si usted lo dice —contestó, apartando aquella tonta idea de la cabeza.

—¿Y usted? —indagó Vanessa—. ¿Cuáles son los motivos para que un hombre de su posición haya venido desde tan lejos, buscando una esposa?

—Ya que estamos siendo francos, muy a pesar de que usted me agrada —se relamió los labios, logrando que Vanessa se sonrojara—, el testamento de mi difunto padre me obliga a desposarme y debo casarme dentro de estos dos meses para conservar el título y seguir siendo el líder de los Murray. —Cameron arrugó el ceño—. No sé si lo sepa, pero personas como yo nos debemos, antes que nada, al bienestar de nuestra familia y las tradiciones. Si acepta casarse conmigo, le aseguro que no será una tarea fácil para usted, pero puedo prometerle que tendrá todo mi apoyo y confianza para manejar los asuntos que le competen como la esposa del líder de la familia.

—Me han preparado toda la vida para desempeñar esa función, y creo que una de las razones por las que el duque de Lancaster me sugirió como su esposa, es precisamente por ello. Sin embargo, soy consciente de que me tomará tiempo adecuarme a sus costumbres y necesito su palabra de que contaré con su respaldo y de ayuda para desempeñar el papel que me corresponde. Supongo que debe tener a alguna dama que pueda instruirme en esos aspectos.

—Mi hermana, la marquesa de Bristol, la ayudará en todo lo que haga falta. Despreocúpese.

Vanessa intentó recordar a la marquesa de Bristol, pero en su mente no llegó ni una sola imagen de la dama en cuestión. Solo recordaba vagamente rumores sobre un triángulo amoroso entre la difunta marquesa y los actuales señores de Bristol.

—Estoy seguro que realizará admirablemente sus deberes, querida mía. —Cameron volvió a hablar.

—A pesar de todo, me gustaría saber precisamente qué decía el testamento de su difunto padre. Quizás, entonces, pueda hacerme una mejor idea —insistió Vanessa.

—Bueno, mi esposa debe ser una mujer de buena familia que pueda actuar como anfitriona, alguien que tenga el talento y la experiencia necesarias para dirigir una casa grande y para oficiar en reuniones formales y familiares. Hasta el momento, mi hermana se ha encargado en la medida de lo posible de todos esos asuntos.

—Creí que la marquesa residiría aquí, o en todo caso, en la casa de campo de los Harvey. —Vanessa arrugó el ceño.

—El matrimonio de mi hermana es complicado y prefiere pasar tiempo conmigo; estoy seguro que, cuando comiencen a tratarse y se lleven tan bien como lo espero, ella misma le confiará los pormenores de la situación.

Vanessa afirmó.

—Bueno, aunque ella resida con usted, ¿me garantiza que tendré libertad plena para ocuparme de todos los asuntos domésticos?

—Lo dejaré todo en sus manos, no se preocupe —respondió él, con una encantadora sonrisa.

—¿Podremos pasar alguna temporada del año en Londres? —preguntó temerosa de hacerlo enfadar o de que pensara que la idea de mudarse tan lejos, no le agradaba.

Cameron detectó inmediatamente la intranquilidad que había en su voz.

—¿A usted le gustaría pasar una parte del año en la ciudad? —indagó él, curioso. Cuando ella afirmó con la cabeza, dijo—: Bueno, no veo problema alguno en ello. Me ocuparé del asunto en cuanto sea conveniente.

—Se lo agradezco, exce… Cameron —corrigió, cuando percibió la mirada arqueada del duque—. Entonces, ¿tenemos un trato?

—Bueno, aún queda pendiente el tema más importante de nuestro posible matrimonio. —Cameron arqueó una ceja y Vanessa arrugó el ceño—: Mis herederos… y quiero muchos hijos.

Vanessa se ruborizó al extremo y carraspeó, intentando mantener el control de la situación.

—Sí, comprendo que necesita un heredero… —dijo, apartando la mirada.

—Herederos. En plural… Y tal y como están las cosas, si muero sin tener descendencia, mi título y mis propiedades irán a parar a un primo lejano, que no tiene preparación alguna a la hora de dirigir unas propiedades tan extensas, ni en la vida política y, ni siquiera, he de decirlo, suficiente dignidad para llevar el título. Por consiguiente, debo asegurarme que el título permanezca en mi rama de la familia.

—Comprendo… —susurró Vanessa, sin saber qué decir. Tenía la voz tensa.

El alivio de momentos antes había desaparecido al darse cuenta del otro lado de la moneda. Tenía muchas reservas sobre su habilidad para tratar con el duque sin enamorarse de él.

Lo ocurrido en la posada y que no lograra sacarlo de su cabeza los días posteriores, lo había demostrado.

—¿Tiene alguna preferencia por cuándo deberíamos casarnos, su excelencia?

—Tan pronto como sea posible, si no tiene alguna opinión opuesta al respecto.

—No tengo ningún tipo de objeciones, más que una petición —musitó ella, poniéndose de pie.

Cameron la imitó y arrugó el ceño, tratando de adivinar qué le pediría.

—Por supuesto. ¿Qué debo hacer por ti? —La tuteó Cameron.

—Me gustaría una aparición pública, aquí en Londres, para aplacar las habladurías sobre la situación de mi padre y que mi

prima Flora no sea despreciada por la misma situación —solicitó y sonrió con tristeza—. Le he dicho desde el principio que no le convenía que la vieran o relacionaran conmigo antes de su debut, pero es tan terca, que no le ha importado y hasta ha tenido algunos altercados con varias jóvenes por mi causa.

—Lady Flora es muy valiente más que terca —razonó Cameron —. ¿Tienes alguna idea de cómo lograr que la crema y nata de Londres sepa de nuestro compromiso? —inquirió, comprendiendo la situación—. Puedo pedirle a lady Claire que organice una reunión aquí; por supuesto, todo correría por mi cuenta —propuso, pero Vanessa negó.

—Prefiero no involucrar a los duques en este asunto, pues son muy amigos de lord Essex y su esposa. No deseo ponerlos en ese aprieto —dijo de inmediato.

—También son mis amigos y estoy seguro que no tendrían objeciones para apoyarnos —insistió Cameron.

—Escojo otra alternativa —pensó por unos segundos y su rostro se iluminó—. ¿Conoce al duque de Richmond? —recordó de pronto el secreto a voces que nadie se atrevía a pronunciar en voz alta, pero que se trataba de los más grandes escándalos de los últimos tiempos.

Cameron arqueó una de sus cejas y afirmó con la cabeza, mientras la escrutaba fijamente, intentando adivinar sus intenciones. Si bien no era cercano a Richmond, lo conocía por Arthur, ya que era la competencia de su amigo en cuanto a criaderos de caballo.

Vanessa aún no podía acostumbrarse a la mirada de Cameron Murray: tan directa, tan penetrante, como si pudiera desnudarla de todos sus miedos.

El silencio entre ambos se volvió espeso, cargado de una tensión que ni ella ni él podían disimular. Cuando Cameron se inclinó apenas hacia ella, Vanessa creyó que iba a besarla. Su corazón galopó como nunca.

—¿No me dirás tu idea? —murmuró rozando su tez con su cálido aliento.

Ella parpadeó, trastabillando y perdiendo el equilibrio por la cercanía del caballero que la rodeó con sus fuertes brazos del delicado talle y la apresó contra su pecho.

—¿Milady? —insistió el duque—. Sigo aguardando a por tu idea. Recuerda que no tengo mucho tiempo; aunque me gustaría complacerte en todo cuanto requieras, me debo a mis obligaciones.

—Su excelencia se comprometerá con la hermana del duque de Beaufort en dos días, y la duquesa de Kent, tía de la futura esposa de Richmond, ha extendido una invitación a todo Londres... —musitó extasiada con el calor que emanaba el cuerpo del escocés—. La crema y nata de la sociedad estará presente, y pienso que es un buen momento para realizar una aparición, siempre y cuando no tenga objeciones al respecto.

—Por supuesto... —contestó Cameron, saboreando el dulce y exquisito rubor que se apoderó del rostro precioso de la mujer que sostenía entre sus brazos—. Entonces, ¿tenemos un trato? —inquirió, afianzando su agarre en la cintura de la dama.

—Si usted me acepta con todo lo que le he revelado, tenemos un trato, excelencia.

—Dime Cameron... —pidió suplicante—. Después de todo, hemos compartido una pequeña aventura y un apasionado beso —bromeó—. Bueno, dos besos apasionados contando con el que le acabo de dar y el que usted me respondió, aunque tenemos tiempo a que sean tres…

Vanessa abrió los ojos perturbada e intentó apartarse para no perder la compostura.

—Creo que deberíamos regresar con los duques, mi prima debe estar ansiosa —excusó.

—¿Una jovencita tan astuta como lady Flora? Lo dudo... —dijo con sorna—. Más bien, estará encantada con los pormenores de nuestra entrevista íntima...

—Excelencia...

—Cameron.

—Cameron, no es apropiado que estemos así... ¿qué ocurrirá si alguien entra?

—Estoy seguro que Arthur no dejará que nadie nos interrumpa —aseguró, mientras ella daba pasos hacia atrás, sin que él la soltara.

Cameron caminó los mismos pasos que ella con un solo propósito.

—Vanessa… —murmuró, tomando un mechón suelto de su cabello y enredándolo entre sus dedos—. ¿Sabes lo que me haces cada vez que te miro? Me sucede desde el primer día que te vi... —confesó haciendo alusión a la primera vez que la vio en aquella posada.

Ella contuvo la respiración y detuvo sus pasos, incapaz de responder. La intensidad de sus ojos verdes la atrapaba como un lazo invisible.

Esta vez fue Cameron quien la empujó suavemente hasta apresarla contra la estantería, sin violencia, pero con una firmeza que la hizo temblar. Una de sus manos se apoyó junto a su rostro, mientras la otra recorría lentamente su brazo hasta atrapar su muñeca.

—Serás mi esposa —susurró con un hilo de voz cargado de deseo—. Desde que te vi, cada vez que estás cerca, siento que voy a perder la razón.

—¿Por eso me besaste? —indagó Vanessa, haciendo a un lado la formalidad al igual que el duque.

Cameron afirmó con la cabeza y el corazón de Vanessa golpeó con furia en su pecho. Sus labios se entreabrieron, y Cameron, al notarlo, dejó escapar un gruñido bajo, casi salvaje.

—Dime que no lo quieres, y me detengo —dijo, rozando su boca con la de ella, sin llegar a besarla.

Vanessa, temblando entre el miedo y la rendición, apenas pudo susurrar:

—No… no quiero que te detengas.

Entonces, la contención se rompió. Cameron la besó con una pasión arrebatada, profunda, como un hombre que al fin se permite aquello que ha anhelado demasiado tiempo. Sus manos recorrieron su cintura, atrayéndola más contra él, mientras Vanessa se aferraba a su camisa, perdiéndose en la vorágine de sensaciones.

Cuando al fin se separaron, jadeantes, él apoyó la frente contra la de ella, sus labios rozando aún los suyos.

—Dios… —murmuró con voz temblorosa—. No tienes idea de cuánto me perteneces ya...

Ella, aun temblando, comprendió que aquel momento había sellado algo mucho más fuerte que un trato o un deber: era el inicio de una pasión que ninguno de los dos podría detener.

CAPÍTULO 9



Suaves golpes en la puerta rompieron el hechizo en el que ambos estaban envueltos. Entonces, Cameron le acomodó el cabello y rozó sus labios con la yema de sus dedos para quitarles la humedad que dejó su boca en ese sitio. Retrocedió unos pasos, la recorrió de pies a cabeza con la mirada y asintió con la cabeza.

—Perfecta... —susurró, ofreciéndole galante su brazo a su futura esposa que se ruborizó aún más.

—Veo por qué es tan amigo de su excelencia... —murmuró por lo bajo sin que él la llegara a escuchar, colocando su mano en la manga del caballero que la escoltó hasta la puerta de la biblioteca donde los esperaba Clay, el mayordomo.

—Lamento la interrupción, su excelencia... —fue lo único que pronunció el lacayo—. La cena ha sido servida.

—Gracias, Clay —murmuró imperturbable, guiando por el pasillo a su acompañante como si hace instantes no hubiera sucedido absolutamente nada entre ellos.

Cuando llegaron al comedor, Vanessa sintió el peso de las miradas y trató de no perder la compostura, haciendo de cuenta que no ocurrió nada más que una simple charla con su futuro marido.

Apenas se hubieran ubicado en sus respectivos asientos en la mesa, Arthur no pudo evitar preguntar:

—¿Y bien? ¿Han llegado a un acuerdo?

—Para mi fortuna, lady Vanessa ha aceptado ser mi esposa —contestó con un deje divertido el escocés, cuya implicancia en sus palabras fue captada de inmediato por el duque de Lancaster que arqueó una ceja.

—Entonces, permíteme ofrecer un brindis en honor a tu futura unión con la dama, mi querido amigo —dijo entusiasmado Arthur, tomando su copa de vino—. Espero que tengan un próspero y feliz matrimonio, lleno de amor y muchos hijos.

Claire tomó su copa de agua e imitó a su esposo, al igual que Flora, Vanessa y Cameron.

Mientras comían, Claire entabló una amena charla con Vanessa, haciendo a un lado sus tontos celos hasta esa noche.

—¿Tendrán una fiesta de compromiso? —inquirió con suavidad.

—¡Oh, una fiesta de compromiso es imprescindible! —acotó lady Flora que había permanecido inusualmente callada, abrumada por el encanto de Arthur—. Además, ayudará a reestablecer tu reputación, Vane, y todas esas arpías que te han dado la espalda, rogarán porque les brindes tu amistad.

—¡Flora! —reprendió Vanessa a su impertinente prima que miró a los demás comensales, sintiéndose culpable.

Sin embargo, ambos duques solo rompieron en carcajadas y Claire sonrió divertida.

—Por favor, disculpen a mi prima —pidió Vanessa con pena—. Aun es joven y le falta mucho por aprender.

—Pero tiene razón —secundó Claire—. Sería una oportunidad perfecta para acallar los rumores sobre la situación de tu familia.

—Creo que, con una aparición pública, es más que suficiente para acallar las habladurías. Además, su excelencia tiene prisa y siendo honesta, prefiero no enfrentarme a la hipocresía de las personas que no se han cansado de susurrar a mi espalda sobre mí —confesó con sinceridad y le dedicó una sonrisa a Cameron.

—Si es lo que mi prometida desea, será de ese modo —contestó el duque, complaciente y dedicándole una mirada que no pasó desapercibida para los demás comensales.

—Si requieren de nuestra ayuda para tal propósito, estamos a vuestra disposición —ofreció Arthur, pero de inmediato Cameron declinó, recordando los motivos de lady Vanessa.

—No hace falta, mi querido amigo. Mi futura esposa ya lo tiene todo planeado, pero agradezco tu ofrecimiento —contestó Cameron sin apartar la mirada de Vanessa.

—En ese caso, les deseo la mejor de las suertes —habló por última vez Arthur, prosiguiendo con la cena y una amena y trivial charla.

Después, las damas se retiraron al salón de té y Arthur junto con Cameron siguieron al despacho para beber un poco de brandy.

—No me puedes engañar —inició Lancaster, una vez que ambos tomaron asiento. Estiró sus piernas y las cruzó, arrellanándose en el mullido sillón—. Milady y tú se conocen mucho más de lo que me has hecho creer.

Cameron solo sonrió sin afirmar ni negar lo que su amigo decía.

—Milady quiere una casa en Londres, y aunque no estaba en mis planes pasar temporadas por aquí, si me voy a desposar con una muchacha londinense, no puedo ser tan desconsiderado y no conceder su petición. —Atholl cambió de tema rápidamente.

—Resultaste más razonable de lo que recordaba, mi querido amigo —contestó Arthur en un tono burlón—. ¿En verdad no me dirás qué sucedió entre vosotros?

Cameron bebió un sorbo de su copa y sonrió maliciosamente.

—Aquí hay gato encerrado, y por lo que veo, no piensas confesar tu fechoría… —aludió Lancaster, bufando con resignación.

El duque de Atholl se dio por vencido, aunque aparentó inocencia cuando preguntó:

—¿A qué te refieres?

—A ti y a lady Vanessa, por supuesto.

—Pero ¿por qué? —Sus ojos verdes refulgentes, aparentemente ingenuos, se agrandaron, pero sus labios se curvaron diabólicamente.

Arthur frunció el ceño, pero le siguió la corriente.

—Bueno, para empezar, dime cómo la conociste.

—Ya te lo dije, sólo nos vimos una vez, por casualidad, en una posada…

—¿Y qué ocurrió?

—Milady tuvo un accidente en la calle y la ayudé, solo sucedió eso. —Cameron sonrió.

—¡Y un cuerno! ¿No esperarás que me trague eso?

Cameron levantó las cejas y dejó escapar un largo suspiro.

Tras guardar silencio varios minutos, alzó los ojos y arqueó una ceja, sugerente.

—Me temo que te sorprenderías… —dijo en tono burlón. Advirtiendo la expresión de chasco de los ojos verde oliva de Arthur, y continuó—: Los detalles de mi primer encuentro con milady, puede sonar un tanto… escandaloso —musitó con diversión.

Arthur no pareció extrañado, aunque no se esperaba aquello. Sabía mejor que nadie que, aunque las aventuras de su amigo no eran precisamente discretas en los alrededores de Blair Atholl, su comportamiento con las mujeres de su clase era intachable.

—Supongo que, cuando sucedió ese primer encuentro escandaloso, la dama iba sin carabina.

La incauta sonrisa de los labios de Cameron se hizo más profunda. Sus ojos verdes sostuvieron la mirada de Lancaster por un instante, antes de mirar el fuego de la chimenea.

—Naturalmente… —respondió sin atisbo de culpa, haciendo imposible que su amigo no pensara precisamente lo que estaba

insinuando—. Y la besé…

—Como si no lo intuyera… —Arthur bebió de su copa, negando con la cabeza.

—No sabía que se trataba de una dama de la alta sociedad… —Cameron arqueó una ceja—… hasta que Rory lo insinuó…

—¿Y…?

—Milady ya se había marchado cuando regresé a la posada con la intención de proponerle un acuerdo.

Arthur tosió de golpe mientras Cameron lo miró divertido, ocultando su diversión e interpretando acertadamente la expresión de su amigo.

—Exacto; sentí una atracción impresionante desde el primer momento en que la vi…

Arthur se quedó mirándolo un minuto antes de decir algo más por la incredulidad apenas contenida.

—Bueno, supongo que se trata del destino —levantó su copa y sonrió.

—Por el maldito destino —secundó Cameron, bebiendo su brandy—. ¿Podrás ocuparte del asunto de la casa? —indagó nuevamente.

—Por supuesto, déjalo en mis manos y disfruta de la compañía de milady mientras estes lejos de Blair Atholl —sonrió con pena—. Una vez que regreses con tu futura esposa, sabes que tendrás muchos problemas, pero confío en que la dama llenará perfectamente los zapatos que le estás ofreciendo, mi querido amigo.

—Lo sé —suspiró—. Al menos tengo a Amalia, quien estoy seguro ayudará a milady a sobrellevar las situaciones a las que deberá enfrentarse… —Cameron frunció el ceño—. Me preocupa la situación de mi hermana, pero sobre todo, la de Henry. Si algo llegara a sucederle, estoy seguro que mataré con mis propias manos

a ese malnacido de Bristol y al demonio de su hijo, juro que acabaré con el linaje de los Harvey… —presionó con fuerza su copa.

—Cálmate, Cam. —Arthur intentó apaciguar al escocés—. Mientras los mantengas contigo, estarán a salvo.

—Mientras se escondan en Perthshire, Henry jamás será reconocido como hijo de ese maldito marqués —terminó de un sorbo el contenido de su copa.

—Comprendo, pero deberías ocuparte de los problemas por orden de prioridades, ¿no lo crees? —intentó hacer razonar a su amigo—. Primero, concéntrate en tu futuro matrimonio, concreta el trato económico que debes hacer con Craven, llévate a milady a Perthshire, cásate y asegura que las riendas de Blair Atholl sigan en tus manos, y luego ocúpate de Bristol y su prole… —aconsejó—. Prometo echarte una mano en ese asunto —le guiñó un ojo.

—Tienes razón —coincidió Atholl—. Lo mejor es que me apresure a concretar mi situación con ese hombre y disfrutar de estos días para conocer mejor a mi prometida, lejos de toda la carga y responsabilidad que me aguarda en casa. Irás a mi boda, ¿cierto? —arrugó el ceño, mirando desafiante a Arthur.

—No me lo perdería por nada del mundo, aunque deberás apresurarte pues no quiero estar mucho tiempo lejos de mi mujer. —Negó con la cabeza, sirviéndose más brandy y rellenando la copa de su amigo—. No deseo que Claire pase mucho tiempo sola; no me perdonaría jamás si le ocurriera algo en mi ausencia —tragó grueso.

—Ya deberías superar todo ese asunto de sentirte culpable por las pérdidas de tu vida; lo que ocurrió con tu hermana no tiene nada que ver contigo, pues Susan tomó una decisión equivocada que la llevó a aquel desafortunado desenlace.

—Pero… ella era mi responsabilidad… —apenas musitó.

—Hiciste todo lo que estaba en tus manos para criar y educar a una niña, Arthur, y lo hiciste estupendamente. Lo que sucedió fue cosa del destino, amigo, debía suceder, pero la vida te está dando

una segunda oportunidad de ser feliz; no puedes arruinarlo, cargando con una culpa que jamás te dejará ser feliz por completo.

—A veces, me siento culpable por tener la dicha de amar y ser correspondido, por ser feliz, por el simple hecho de respirar… —suspiró—. Creo que debo aprender a desprenderme de todo mi pasado y seguir tu consejo.

—Pues hazlo pronto, antes de que esa carga arruine tu felicidad. —Cameron fue esta vez quien guiñó el ojo.

Ambos sonrieron cómplices y bebieron en silencio, sumidos cada uno en sus propios pensamientos.



Mientras tanto, en el salón de visitas las damas bebían té y conversaban de trivialidades.

—Entonces, ¿no planeas organizar una fiesta de compromiso? —preguntó de nuevo Claire.

—Como dije en el comedor, comprendo la prisa de su excelencia y prefiero no interponerme en sus planes con un asunto tan trivial como ese —contestó Vanessa—. Además, ¿quién iría para celebrar genuinamente el compromiso de una joven a la que han evitado por los rumores de su ruina? —sonrió con tristeza—. Francamente, prefiero no tener que lidiar con los falsos deseos de personas que no se han cansado de humillarme en silencio y escojo una aparición pública que estoy segura, dirá más que una pretenciosa cena que no deseo compartir con nadie más que con personas contadas con los dedos de una mano.

Claire la miró avergonzada, aunque lo suyo había sido más por celos que por ignorarla debido a la situación económica de su padre.

—Si en algún momento has sentido que te he trasmitido esa misma sensación, deseo que sepas que jamás fue mi intención y que nunca te he menospreciado. —Claire suspiró, intentando dejar a un lado su orgullo para confesar su verdadero malestar—. Acepto que, en un punto, me has hecho sentir insegura por el interés que mi esposo ha demostrado por tu persona. Que sentí temor por su afán de brindarte su ayuda y hacer todo lo posible por asegurar tu futuro, pero no fue por la condición económica de tu familia ni porque no me agrades, sino porque estaba celosa…

Vanessa entornó las cejas por la impresión. Que una mujer como Claire Bradbury sintiera celos de alguien como ella, le causó una verdadera sorpresa.

—Te aseguro que su excelencia jamás ha tenido ese tipo de atenciones o sentimientos hacia mi persona; solo es amable porque le recuerdo a su hermana, de la misma forma que lord Essex —agregó con resignación.

—Lo sé, y te pido disculpas si te has sentido mal por mi causa. Sin embargo, puedes contar conmigo para lo que sea necesario.

—Gracias, Claire. Lo tendré en cuenta.

Cuando los caballeros regresaron al salón principal, el murmullo de las damas ya se había dispersado en risas suaves y conversaciones triviales por los comentarios de lady Flora. Las luces de los candelabros parpadeaban con un resplandor dorado, tiñendo las paredes de un tono cálido y melancólico; llamaban tanto la atención, que Vanessa decidió dar una vuelta para admirar las pinturas que colgaban de ellas. Sin embargo, lo que llamó su curiosidad fue la luz de la luna que inundaba el cuidadoso jardín que se observaba desde una de las ventanas. Permaneció de pie junto al escaparate, absorta en la visión del edén nocturno. El reflejo del fuego de la chimenea bailaba sobre su rostro, y Cameron la observó desde la distancia, con la serenidad calculada de un hombre que oculta un torbellino bajo el pecho.

Arthur, ocupado en una charla con su esposa, no notó cuando Cameron se acercó a la dama ni el modo en que su presencia

pareció alterar el aire mismo del salón.

—Milady —murmuró él al llegar a su lado, inclinándose apenas —. ¿Puedo robarte unos instantes antes de que te marches?

Vanessa alzó la mirada y su corazón dio un vuelco inesperadamente.

—Por supuesto, su excelencia —respondió con una voz que apenas fue un suspiro.

Ambos caminaron hacia la galería lateral, donde las cortinas de terciopelo granate caían pesadas, aislándolos del bullicio.

—En la mañana temprano, pienso visitar a tu padre para ultimar los detalles de nuestro trato —dijo con calma, aunque en su tono se colaba cierta tensión—. Los asuntos de Blair Atholl no pueden esperar demasiado, y temo que no volveremos a Londres en un par de meses, si no es en más tiempo… —advirtió para que ella se preparara—. Te aconsejo que resuelvas todos los asuntos que tengas pendiente, y te pido que aceptes dar un paseo conmigo, después de mi entrevista con tu padre. Creo que eso servirá para que sepan de tu nueva situación y contribuirá a que nos conozcamos mejor antes de casarnos.

Vanessa sintió un nudo en la garganta por las expectativas de lo que sería una vida lejos de todo a lo que estaba acostumbrada y conocía. No esperaba que la distancia entre su vida de siempre y su futuro, se estrechara tan pronto y no le restase más tiempo para todo lo que debía hacer. Quería pedirle perdón a lady Essex, al conde, pero principalmente a su amigo de infancia y antiguo interés romántico.

—Estaré encantada de dar un paseo con usted, excelencia.

Cameron tomó su mano y se la llevó a los labios sin apartar la mirada de ella.

—Dime Cameron, ya te lo he dicho. Al menos, hazlo cuando estemos a solas si aún te sientes incómoda…

Cameron la observó en silencio un largo instante. No podía evitar recordar el roce de sus labios momentos antes, ni la manera en que su respiración se había entrelazado con la suya.

—No deseo que creas que me tomo todo este asunto con indiferencia y por ello la prisa —dijo él, con voz grave—. Al contrario…

Vanessa levantó los ojos, encontrándose con los suyos. Ese verde profundo, tan frío ante el mundo, era ahora un bosque turbulento, y ella se sintió arrastrada por su fuerza.

—No me atrevo a cuestionar tus decisiones, y tampoco debería…

Cameron dio un paso más hacia ella, y su cercanía la envolvió como un secreto compartido, haciendo que ni un alfiler cupiera entre ellos dos.

—No deberías según las costumbres de tu gente, pero conmigo puedes hacer todos los cuestionamientos que desees; me encantará saber tu opinión de todos mis asuntos —susurró él.

Ella contuvo el aliento cuando sintió cómo le rozaba la piel su voz, en una caricia que le recorría la piel sin tocarla.

—Su excelencia… —intentó protestar, pero la emoción la traicionó.

Cameron alzó una mano y la posó con suavidad bajo su barbilla, obligándola a mirarlo.

—Cameron… —pidió él en voz baja.

Ella asintió, apenas moviendo los labios y repitió:

—Cameron…

Él cerró los ojos al escuchar su nombre pronunciado por ella, como si el sonido mismo fuera un placer prohibido. Luego, con un gesto lento, tomó su mano y la llevó hasta su pecho.

—Siente esto —murmuró. El corazón del duque latía con fuerza bajo su palma—. Esto no conoce de títulos ni de compromisos. Es

simplemente lo que provoca en mí tu cercanía y creo que te lo he demostrado antes de la cena, aunque no tendría ningún inconveniente en seguir haciéndolo ahora —dijo con descaro, abrumando a la muchacha que apartó la mano con un temblor.

—Pensé que nuestro matrimonio era un arreglo conveniente… —Ella intentó bromear para no mostrarse amedrentada, mientras recuperaba su aplomo habitual.

—Pero eso no impide que disfrutemos de él; después de todo, compartiremos nuestra vida juntos.

Vanessa no respondió de inmediato. Aún sentía en su palma el eco del corazón de Cameron, vibrando como un tambor antiguo que reclamaba su atención. ¿Cómo podía un hombre que apenas conocía alterarla de tal manera? ¿Cómo era posible que el duque de Atholl, ese escocés que parecía temerario, orgulloso y contundente, despertara en su ser sensaciones que jamás había experimentado?

Ni siquiera su enamoramiento por lord Essex se podía comparar con esa extraña sensación que la perturbaba. Se sentía diferente, porque Cameron parecía una tormenta que avanzaba sin pedir permiso y ella, no sabía si quería apartarse, aunque presentía que, no podría ni aunque quisiera hacerlo.

—Nuestro matrimonio será conveniente —repitió Cameron con firmeza, como si respondiera no solo a sus palabras, sino también a los pensamientos que no se atrevía a pronunciar—. Pero eso no le resta valor, ni significado.

Vanessa levantó la vista y vio la verdad cruda en los ojos verdes que la observaban. No era una declaración romántica, ni una promesa edulcorada, sino algo mucho más real.

—Cameron… —murmuró, sin saber qué más decir.

Él sostuvo su mirada unos segundos más, y luego, con esa mezcla de dominio y gentileza tan propia de él, deslizó su mano por su cintura en un gesto que no era en absoluto apropiado para dos personas que aún no estaban casadas, mas no le importaba porque

ya había traspasado muchos límites del decoro y, después de todo, ella sería su esposa.

—No tengas miedo… —agregó él, apenas audible.

Vanessa tembló.

No sabía si eran sus palabras o el hecho de que él también parecía luchar contra algo que no comprendía del todo, pero antes de que uno de los dos pudiera hablar de nuevo, la voz de Claire resonó desde el salón.

—Vanessa, querida, ¿estás allí?

Cameron dio un paso atrás de inmediato, y su expresión se volvió imperturbable, mientras que Vanessa soltó el aire que retuvo en sus pulmones sin darse cuenta.

—Ve —dijo él suavemente—. No quiero que la esposa de mi amigo comience a idear algún plan para mantenernos alejados hasta el matrimonio —bromeó.

Ella asintió, se alisó la falda con los dedos temblorosos y se alejó, pero antes de que alcanzara a correr la cortina, él le habló nuevamente.

—No olvides el paseo que me prometiste.

Vanessa volvió el rostro por encima del hombro y le sonrió.

—No podría olvidarlo.

Cameron le dedicó una leve inclinación de cabeza, pero sus ojos la siguieron como si hubieran quedado atrapados en ella.

Estaba perdido.

CAPÍTULO 10



La luz que entraba por las amplias ventanas de Craven House era suave, casi melancólica. Vanessa no recordaba haber dormido mucho; cada vez que cerraba los ojos, revivía el momento en que Cameron le había pedido que pronunciara su nombre, y el modo en que su corazón había respondido, palpitando desenfrenadamente como si estuviera a punto de reventar, le resultaba abrumador.

Anne, su doncella, mientras abotonaba el vestido azul claro que escogieron para el paseo, la observaba con detenimiento.

—Milady, ¿está segura de que esto es lo que desea? —preguntó con delicadeza—. Quiero decir, casarse con un caballero extraño, que para rematar se la llevará lejos.

Vanessa tragó grueso, con sus deseos divididos en varios fragmentos. Por un lado, consideraba una fortuna haber logrado una propuesta de matrimonio tan ventajosa. Además, Cameron era un hombre atractivo, que estaba dispuesto a poner de su parte para que su unión fuese más que una transacción conveniente. Pero por otro, dejar toda una vida atrás le resultaba de lo más melancólico. Sabía que ser la esposa del líder de un clan no sería nada fácil; los escoceses no eran como los ingleses, aunque sospechaba que no podrían ser tan crueles como su propia gente lo fue con ella.

Sí. Poniendo ambas situaciones en una balanza, comprendía que no tenía ningún sentido aferrarse a una vida y a unas personas

que valoraban más lo económico por encima de todo lo demás; no perdía nada al dejar atrás a la sociedad en la que creció. Al contrario.

—Por supuesto, Anne. Es lo correcto —respondió con seguridad.

—Pero, ¿es lo que desea? —preguntó, buscando la mirada de su señora y sacando del corpiño de su vestido un papel doblado—. El marqués de Lys me pidió que se lo entregara. Si usted no desea marcharse, el caballero sigue siendo una opción para solucionar sus problemas.

Vanessa arrugó la mirada, atrapada en una mezcla imposible de sensaciones, recordando la última vez que había intercambiado aquellas palabras hirientes con su amigo de infancia.

Anne tomó su mano y depositó la nota en ella.

—¿Cuándo viste a su señoría? —increpó de inmediato, tomando de la muñeca a su doncella—. Dime que no has hecho una tontería en mi nombre, Anne…

La doncella entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

—Le aseguro, milady, que solo quiero ayudarla; solo deseo que se quede aquí, en el sitio al que pertenece y no se sacrifique de la forma en que está planeando. —Se excusó la muchacha con sinceridad.

Vanessa no daba crédito a sus palabras. Entonces, Anne buscó a Alexander en su nombre, después de todo lo que se habían dicho la última vez. ¡No lo podía creer!

La soltó de golpe y su semblante palideció.

—No tienes idea de la estupidez que has hecho… —murmuró, sosteniéndose del tocador y cayendo sentada en el taburete.

—Pero…

—¡Pero nada, Anne! —bramó, silenciándola—. Alexander y yo no tenemos nada que ver el uno con el otro, y ni aunque fuese el

último caballero disponible y dispuesto a ofrecerme matrimonio, me casaría con él. Has cometido un terrible error…

—Entonces, ¿el duque le agrada? —inquirió con sorpresa su doncella—. ¿Nos iremos sin más?

—El caballero es de mi agrado, y te prohíbo que vuelvas a tomar decisiones en mi nombre, o la palabra «iremos» ya no te incluirá. ¿Has entendido, Anne? —la reprendió con dureza y la doncella solo afirmó, avergonzada—. Bien. Termina de ajustar mi vestido que no quiero hacer esperar a su excelencia.

—Como ordene, milady.



En el estudio de Craven House, el conde caminaba de un lado a otro, inquieto y sudoroso. No era un hombre acostumbrado a amedrentarse, pero enfrentar a un duque tan imponente como Cameron Murray, lo ponía nervioso.

Cuando el susodicho entró, acompañado de Arthur, lord Craven se apresuró a recibirlos con cortesía.

—Su excelencia, es un honor. —Señaló los asientos dispuestos frente a su escritorio a ambos duques.

—Gracias por recibirme —respondió Cameron con cortesía breve—. Mi buen amigo será su apoyo en mi nombre aquí, y es por ese motivo que le he pedido que me acompañe. —No había dureza en su voz, pero sí una firmeza que llenó la habitación.

—Estoy seguro que milord no tendrá objeciones en acudir a mí, en caso de requerirlo y en lo que dure tu ausencia, Atholl —habló Lancaster, mirando fijamente al conde.

—En efecto, excelencia. Será un placer.

—Entonces, prosigamos con el asunto que me ha traído hasta aquí, milord.

Lo que siguió fue una conversación clara y concisa, donde se discutió el capital que necesitaba el negocio que ya había sido iniciado por Arthur, en vista a que el susodicho retiraría su aporte a pedido de Thomas. Además, Cameron incluyó algunas propiedades que le servirían de garantía a su futuro suegro, en caso de que el resultado de su empresa no fuera el esperado.

—Creo que todo está claro y solo faltaría que nuestros abogados se reúnan para elaborar el documento; una vez firmado, el curso del negocio seguirá con normalidad —musitó Arthur, poniéndose de pie para dejar a solas a los caballeros—. Tengo otros asuntos que atender, por lo que me retiro.

Lord Craven y Atholl de inmediato se pusieron de pie, cuando Arthur se despidió. Una vez que quedaron solos, Cameron volvió a tomar la iniciativa de la conversación.

—Milord, no deseo prolongar nuestra reunión; su hija y yo tenemos un entendimiento claro y es mi intención partir a Escocia lo antes posible para casarme con ella. Usted comprenderá mi prisa, por lo que en cinco días, a más tardar, deberemos marcharnos. Por supuesto, será bienvenido a nuestra boda si desea asistir, aunque comprendo su situación y ambos sabemos que lo mejor es que permanezca aquí, resolviendo todos los inconvenientes de su negocio —agregó, haciendo alusión al asunto del testamento de su padre.

El conde tragó grueso.

—¿Tan pronto?

—Así es.

—Bueno, si no es mucho pedir, ¿qué le parece si se casan aquí? —propuso lord Gilbert, mientras Cameron lo observaba fijamente—. Como bien ha dicho, no puedo ausentarme de la ciudad en estos momentos, pero Vanessa es mi única hija y no me perdonaría jamás no poder estar presente en su boda. Además,

puede organizar otra ceremonia en Perthshire, nadie lo cuestionará y tendrá la garantía de contar con un acta de matrimonio por si las cosas se ponen tensas a su regreso —explicó ansioso y suspiró—. Sé que los asuntos matrimoniales de personas como usted son complicados, y que los mayores prefieren a mujeres que sepan de sus costumbres…

Atholl se mantuvo en silencio, escuchando atentamente la explicación de un padre desesperado por acompañar a su hija en un momento tan importante, y distaba mucho de ser un lord que solo utilizaba a la dama como moneda de cambio. Respiró hondo y respondió:

—Quiero que entienda algo. —El tono de voz fue firme y autoritario—. No tomo este compromiso a la ligera, y no aceptaré interferencias ni de usted, ni de los mayores de mi familia, ni de nadie. Su hija será mi esposa, y Blair Atholl será su hogar. Por lo tanto, será respetada y tendrá la misma autoridad que yo sobre todas mis propiedades y sobre toda mi familia. Así que descuide, porque ocupará y ejercerá el lugar y papel que le corresponde, milord.

El señor Craven asintió, casi sin voz.

—Su excelencia, yo no trato de interferir en sus decisiones, solo me gustaría estar presente en un día tan importante.

—En cuanto a ese asunto, no tengo objeciones al respecto, siempre y cuando se ocupe de la licencia especial para que en menos de cinco días, su hija yo podamos casarnos aquí, en una ceremonia íntima.

Los ojos de lord Craven se entornaron y asintió de inmediato.

—Por supuesto, excelencia, me ocuparé de todo el asunto y lo resolveré lo antes posible. Se lo agradezco y cuide de mi niña, pues ya ha sufrido demasiado… —musitó, con un temblor apenas perceptible.

Por primera vez, Cameron suavizó su expresión.

—En eso, milord, no habrá negociación. Puede quedarse tranquilo. —Se levantó y su anfitrión lo imitó—. Si no hay nada más que tratar, me gustaría dar un paseo con su hija.

—Por supuesto, excelencia —tocó el llamador y apareció el mayordomo—. Por favor, Harry, acompañe a su excelencia y avísele a mi hija que la está esperando.

—Como ordene, milord.

Cameron realizó una breve venia y siguió al lacayo.

En el momento exacto en que llegó al vestíbulo, Vanessa descendía por las escaleras con una elegante exuberancia que dejó sin aliento a Cameron. La visión de la dama avanzando hacia él, le provocó una conmoción tan inesperada como intensa. Su pecho se tensó, atrapado entre el asombro y un deseo que no se atrevía aún a nombrar, mientras una calidez inquietante le recorría la sangre.

Había conocido a muchas bellezas antes, pero en ella había algo distinto; una gracia viva que lo desarmaba y lo obligaba a mirarla como si el mundo a su alrededor hubiera perdido relevancia.

En ese instante, comprendió que no solo le había robado el aliento, sino también una peligrosa porción de su dominio sobre sí mismo.

Cameron avanzó un paso cuando ella alcanzó el último escalón, realizando el saludo de rigor con una cortesía impecable que contrastaba peligrosamente con el brillo travieso de su mirada. Al tomar su mano y rozar con los labios el dorso de sus dedos enguantados, demoró el gesto más de lo debido; lo suficiente para que ella sintiera el calor de su aliento y una provocación silenciosa en aquel contacto aparentemente inocente.

Vanessa alzó el mentón con una sonrisa que no pedía disculpas por el efecto que causaba, y sus ojos se encontraron en un desafío tácito que le hizo olvidar, por un instante, las normas y las apariencias.

—Buenos días, milady —murmuró Cameron al inclinarse ante ella, aunque su tono traicionaba cualquier intento de indiferencia.

—Buenos días, excelencia —respondió ella, sin apartar su mano del agarre posesivo ni esquivar la mirada—. Veo que ha decidido madrugar.

—No habría querido perderme de la oportunidad de disfrutar de su compañía —replicó él con una leve sonrisa, cerrando sus dedos sobre los de ella, y transformando el gesto en una caricia velada.

Vanessa retiró la mano con una suavidad provocadora y ladeó la cabeza, observándolo como si evaluara un secreto que solo ambos compartían.

—Me halaga pensar que he sido la razón —dijo, avanzando hacia la puerta—. Hyde Park luce especialmente hermoso a esta hora.

Cameron le ofreció el brazo al salir, y cuando ella lo aceptó, la cercanía despertó en él una satisfacción peligrosa.

—Entonces, será un paseo memorable —contestó—. Aunque sospecho que no será el parque lo que lo hará inolvidable.

Ella dejó escapar una risa baja, cómplice, mientras descendían juntos los escalones hacia la calle, hombro con hombro, como si aquel breve intercambio hubiera sellado un pacto secreto.

El aire fresco de la mañana los envolvió al emprender el camino hacia Hyde Park. Cada paso parecía acompasado por una expectación deliciosa, una promesa no dicha que vibraba entre ellos mientras despertaban la curiosidad de los transeúntes a su alrededor, ajenos al juego sutil y peligroso que nació entre ellos.

Apenas pusieron un pie en el parque, Cameron percibió el efecto inmediato de su presencia en compañía de la dama. Las conversaciones a su alrededor se interrumpían con disimulo, los abanicos se detenían a medio gesto y más de un caballero giró la cabeza con abierto interés.

Ella caminaba con naturalidad, como si no advirtiera el revuelo que provocaban, aunque la tensión en su mano y la sonrisa forzada,

delataba que era muy consciente de cada mirada que se posaba en ellos.

—Parece que seremos el centro de atención… —murmuró Cameron, inclinándose lo justo para que solo ella pudiera oírlo.

—No se preocupe —respondió Vanessa con fingida inocencia—. La costumbre acaba volviendo invisible incluso lo extraordinario, aunque no siempre de inmediato. Además, seguramente se sienten defraudados…

—¿Defraudados? —indagó él, con curiosidad—. Y háblame de tú, ya lo hemos conversado.

Vanessa asintió.

—La inminente ruina de mi padre… —contestó—. Ninguna de estas personas se esperaba una aparición pública de mi parte, luego de mi aparente y truncado compromiso con el conde de Essex que, según las cotillas más consumadas, me abandonó para desposar a una rica heredera americana que sí podría aportar a sus arcas. —Ella sonrió, negando.

—Ya veo… —fue lo único que dijo Cameron, incómodo con la mención del caballero a quien conocía perfectamente. Si no fuera el caso, y si no hubiera escuchado a la dama confesando los pormenores de su relación con Essex, ya le habría tirado un par de dientes.

Aquella absurda manera de pensar lo descolocaba por completo. Vanessa le gustaba y demasiado, pero le resultaba un tanto abrumador la posesividad que sentía con todo lo relacionado a la joven que apenas conocía. Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para seguir cavilando en lo profundo de sus pensamientos, porque no tardaron en ser abordados por una joven elegantemente vestida, acompañada por otra muy parecida, con un entusiasmo apenas contenido.

—Lady Vanessa, ¡qué placer volver a verla! —dijo, tras una rápida reverencia—. No sabíamos que se encontraba en la ciudad.

—Lady Mary, lady Sophie, el placer es todo mío y he regresado hace poco —contestó Vanessa con amabilidad a las hermanas Staton que observaban con interés a su acompañante—. Permítanme presentarles a su excelencia, el duque de Atholl. —Miró a Cameron y con una sonrisa cómplice, le dijo—: Excelencia, ellas son las hermanas Staton¸ lady Mary y lady Sophie.

El interés de las muchachas se trasladó de inmediato hacia él. Las damas lo examinaron con curiosidad manifiesta, intercambiando una mirada cargada de preguntas no formuladas.

—¿Un amigo de la familia? —Se aventuró a preguntar Mary, con un brillo expectante en los ojos.

Cameron sonrió con una cortesía impecable, pero su mano se cerró con mayor firmeza sobre el brazo de su acompañante, en su afán de demostrar que su relación con la mujer a la que acompañaba, era más íntima y personal de lo que imaginaban.

—Digamos que tengo el privilegio de acompañar a milady esta mañana.

La respuesta, deliberadamente ambigua, pareció satisfacerlas y encender aún más la especulación. Tras despedirse, las damas se alejaron con pasos ligeros y murmullos apenas disimulados.

—Has dejado más preguntas que respuestas… —susurró Vanessa cuando retomaron el paseo.

—No me parecía apropiado arruinar el misterio —replicó él—. Además, confieso que no me desagrada que se pregunten quién soy para merecer tu compañía.

Ella alzó la vista hacia él, entre divertida y abochornada, mientras avanzaban entre senderos y miradas curiosas. Aunque el parque se extendía verde y sereno ante ellos, ambos sabían que el verdadero espectáculo no era el paisaje, sino la tensión deliciosamente indisciplinada que caminaba del brazo entre dos personas que comenzaban a disfrutar demasiado del juego.

—¿Sabes por qué quería este paseo? —preguntó finalmente Cameron.

—Ilumíname.

Él sonrió.

—Porque no quiero que nuestro matrimonio, ni la convivencia, te tomen por sorpresa. Quiero que conozcas un poco más al hombre con el que te desposarás... —habló divertido.

Vanessa sintió el corazón comprimirse.

—Lo estoy conociendo.

—No del todo —replicó él con una media sonrisa—. Soy un hombre demandante, obstinado, autoritario y tengo enemigos que, quizás, quieran persuadirte en un futuro de no confiar en mí.

—Todos los hombres importantes tienen enemigos —contestó ella con calma y Cameron la miró, sorprendido por su aplomo.

—Bueno, una joven dama como tú no deberías tenerlos.

—Quizá ya los tengo —replicó Vanessa—. Y no precisamente por ti.

El duque se detuvo y la observó con suspicacia, comprendiendo que solo se refería a las cotillas que la rechazaban por la ruina de su padre.

—A partir de hoy puedes utilizar mi nombre y mi poder para amedrentar a quien te apetezca.

Ella sonrió, afirmando con la cabeza y entrando más en confianza. Presentía que su relación con el escocés podría resultar mucho más allá que la atracción evidente que ambos sentían. Sintió un calor abrumador subir a sus mejillas cuando él se acercó más, invadiendo su espacio personal de una manera en que solo él podía hacerlo.

—Anoche, lo que sucedió en la biblioteca… —comenzó Cameron, con la intención de provocarla. Sabía que no le resultaba indiferente a su futura esposa y le divertía abochornarla.

De inmediato ella se sonrojó.

—No debió suceder.

—Pero sucedió —respondió Cameron, con su voz grave—. Y no me arrepiento ni debes avergonzarte al respecto, sino más bien acostumbrarte… —añadió con picardía.

Ella tragó saliva cuando él bajó la vista hacia sus labios.

—Cameron… —musitó con la intención de detenerlo.

—Voy a besar a mi esposa cada vez que me lo permita —contestó en cambio.

—Aún no soy tu esposa… —El corazón de Vanessa dio un salto ante la afirmación del escocés.

—Pero pronto lo serás y no quiero que tengas miedo —susurró él muy cerca—. Prometo que pondré todo de mi parte para que esto funcione y juro que cuidaré de ti como se debe, y ya que hablamos de matrimonio, tu padre propuso una rápida boda aquí en Londres, antes de marcharnos. Por supuesto, he dicho que sí siempre y cuando se ocupe de todo el asunto dentro de los límites de tiempo que le he impuesto. Así que, puedes ir buscando un vestido de bodas para la ocasión —mencionó como si nada.

Vanessa sintió que algo dentro de ella se derretía lentamente con aquellas palabras.

—No tengo miedo, y también prometo que no te arrepentirás, y con relación a aceptar la propuesta de mi padre, te estoy muy agradecida. No ha sido fácil para él… —respondió, casi sin voz.

Cameron se apartó un poco, y mirándola a los ojos, propuso:

—Empecemos este matrimonio sin mentiras, sin máscaras, y si alguna vez dudas de mí, solo dímelo.

Vanessa asintió.

—Y tú haz lo mismo conmigo; a lo largo de mi vida, he tenido suficiente con los malos entendidos.

Cameron sonrió.

—Hecho. Me gusta que seas así de directa y concisa.

Siguieron caminando, charlando de trivialidades sin prestar atención a las miradas curiosas, cuando Vanessa aminoró imperceptiblemente el paso.

Cameron lo notó, al igual que la súbita rigidez que recorrió su brazo. Entonces, siguió la dirección de su mirada y vio a un caballero que también los escrutaba con sorpresa.

CAPÍTULO 11



Alexander Merton, marqués de Lys, se acercaba con la seguridad de quien está acostumbrado a ser reconocido. Alto, impecablemente vestido y con esa elegancia indolente que solo poseen los hombres conscientes de su atractivo, se detuvo frente a ellos con una sonrisa que se volvió más cautelosa al posarse en Vanessa.

—Lady Vanessa —dijo, inclinando la cabeza—. Que sorpresa encontrarla aquí.

—Milord —respondió ella tras un breve instante, devolviéndole la cortesía con una compostura que exigió más esfuerzo del que aparentaba.

El silencio que siguió fue denso, cargado del recuerdo de su última discusión en la boda de los duques de Lancaster; un momento tan desagradable, que Vanessa parecía no querer recordar.

Cameron percibió la tensión como un hilo tirante entre ambos, invisible pero imposible de ignorar.

—¿No va a presentarnos? —preguntó el marqués, desviando por fin la mirada hacia él.

Vanessa respiró hondo y, haciéndose a un lado para que ambos caballeros pudieran quedar frente a frente, dijo:

—Por supuesto. —Miró a Alexander y luego a Cameron—. Le presento a su excelencia, lord Cameron Murray, duque de Atholl, y mi prometido —afirmó sin titubeo y le sonrió al escocés—. Querido, te presento a lord Alexander Merton, marqués de Lys y un viejo amigo de la infancia.

Cameron, conforme con el título que le había dado la dama para, evidentemente poner distancia entre ellos, inclinó la cabeza, midiendo al hombre joven que tenía frente a él, sin que le pasase desapercibida la tensión en su rostro.

—Un placer —pronunció secamente, sosteniéndole la mirada al muchacho que sonrió forzosamente, aunque sus ojos regresaron a Vanessa, inquisitivos y con una familiaridad que lo incomodó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Veo que no pierde el tiempo y el gusto por las compañías interesantes —comentó mordaz Alexander.

—Bueno, el tiempo vuela, milord —replicó Vanessa con suavidad, pero con una firmeza que marcaba cierta advertencia para Alexander.

Cameron sintió el impulso de acercarse más, y lo hizo sin disimulo, reforzando el contacto de su brazo con el de su prometida. No le agradaba ni un poco aquella interacción que denotaba en demasía la excesiva familiaridad y el evidente pasado que esos dos compartían.

—Estábamos a punto de continuar nuestro recorrido —dijo él, interrumpiendo aquel intercambio verbal en el que no lo incluían—. Los paseos resultan especialmente agradables cuando no se prolongan las interrupciones.

Alexander le sostuvo la mirada, como si evaluara algo que se le escapaba. Luego afirmó con la cabeza.

—Desde luego —intentó sonreír sin mucho éxito—. No pretendo interrumpir su paseo, solo quería asegurarme de que mi «vieja amiga» —remarcó aquellas palabras— estuviera en buenas

manos —tragó grueso, miró alternadamente a la pareja y volvió a hablar—. Mis felicitaciones por su compromiso, milady.

—Se lo agradezco, lord Lys —respondió ella, incómoda, pero intentando mantener la compostura.

Cuando el marqués se alejó, el aire pareció recuperar su movimiento. Sin embargo, el hastío persistió inevitablemente, flotando entre ellos como una duda sin respuesta.

Cameron, aunque no hizo ninguna pregunta, comprendió a la perfección que algo había ocurrido entre su futura esposa y ese muchacho, pero no estaba dispuesto a demostrar inseguridad por las palabras provocativas de un chiquillo. No obstante, sintió dolor en su mandíbula por la presión que ejerció para morderse la lengua y no emitir palabras inapropiadas.

Regresaron a Craven House en absoluto silencio. Vanessa se sorprendió a sí misma, escrutando discretamente a Cameron cada vez que él no la veía. Era imposible no hacerlo, pues tenía un modo de caminar que parecía dominar el espacio, una presencia que hacía que todo a su alrededor se volviera más pequeño y le preocupaba esa actitud distante que tomó después de la aparición imprevista del marqués.

Cuando llegaron a la mansión, antes de entrar a su residencia, él la detuvo por el brazo y ella sintió que el corazón se le saldría por la boca por la incertidumbre.

—En relación a nuestra boda, si todo sale como tu padre pretende, en tres o cuatro días nos desposaremos y después partiremos a Perthshire —anunció con ansiedad contenida—. Por favor, resuelve todos tus asuntos pendientes antes de convertirte en mi esposa.

Vanessa abrió los ojos, incrédula, por la evidente insinuación del caballero. Le estaba advirtiendo claramente sobre Alexander.

—No tengo ningún asunto pendiente que resolver, excelencia, y en cuanto a la ceremonia que mi padre desea celebrar, solo se llevará a cabo si su familia no se sentirá ofendida al respecto. Lo

último que deseo es causarle problemas —habló volviendo a la formalidad para dejar clara su postura de desacuerdo por aquella inusual amonestación. Si deseaba decirle algo, pues que se lo dijera directamente, sin la necesidad de recurrir a frases inconclusas.

Cameron percibió el súbito enfado de Vanessa en su tono de voz y se sintió culpable por caer en el juego de los celos y arruinar su paseo. Sin embargo, era un hombre orgulloso que no admitiría su culpa a sabiendas de que su intuición no le mentía. Algo sucedió entre esos dos y esperaba que, más temprano que tarde, ella confiara en él y se lo dijera.

—No te preocupes por mi familia, mejor habla con tu padre sobre el asunto —sugirió.

—Como desee —consintió—. Por favor, recuerde el baile de mañana; por supuesto, si aún desea que asistamos.

—Claro. Pasaré por ti y nos uniremos a Arthur en la residencia de Richmond. —Cameron tragó grueso, mientras la joven lo observaba como si esperara algo más de su parte—. Por favor, recuerda nuestro trato: sin mentiras, y sin máscaras… —musitó ansioso, esperando a que ella le aclarara su relación con el marqués.

—Y si alguna vez dudas de mí, solo dímelo… —añadió ella—. Se le olvidó mencionar esa parte, excelencia, y espero que sea recíproco.

Antes de que Cameron pudiera decir algo más, Vanessa dio media vuelta y subió los escalones con aparente aplomo, aunque sentía un enorme nudo en la garganta por la desconfianza del caballero, cuando apenas habían acordado aclarar sus inseguridades y dudas sin titubeos.

Cuando cruzó la puerta principal, subió las escaleras con el corazón latiendo frenéticamente por la incertidumbre de lo que sería su futuro al lado de ese hombre, si ya empezaba de aquel modo su relación. Lo peor del asunto es que le dolía. No sabía con certeza por qué, pero le dolía.



Cameron sintió cierta impotencia cuando la dama ni siquiera se despidió, por lo que caminó hasta la acera y subió al carruaje en el que lo esperaba Rory.

—¿Tan mal fue tu paseo? —inquirió el escolta.

—Estuvo bien, hasta la aparición de un joven… —murmuró hastiado.

—Y te pusiste celoso —afirmó—. ¿Fue eso lo que arruinó la mañana? —El pelirrojo arqueó una ceja y Cameron bufó.

—No estoy de humor, Rory.

—Pues deberías aprender a controlar tu genio si aún la quieres como esposa, o deberás buscarte otra.

—Ella se casará conmigo —afirmó con rotundidad—. Pero necesito saber todo sobre su pasado, no me gustan las sorpresas y lo sabes —advirtió fastidiado.

—Entonces pregúntale. No es tan difícil de resolver tu situación. —Se encogió de hombros como si fuera lo más sencillo del asunto.

—Es demasiado pronto para admitir que lo relacionado con ella me afecta; no quiero darle ese poder y ser como mi hermana… —murmuró, frotándose la cara—. No sé qué me sucede, me siento estúpido.

—Realmente te estás comportando como idiota —opinó Rory, que estaba sentado frente a él con los brazos cruzados. Cameron lo fulminó con la mirada—. Lo lamento, pero es la verdad.

Solo guardo silencio, en lo que duró el viaje hasta Lancaster House. Cuando llegó, preguntó por Arthur y Clay le informó que se encontraba en su despacho.

Atholl fue con prisa a su encuentro, dispuesto a sonsacarle a su amigo información sobre el marqués y su prometida. Ni siquiera tocó la puerta, solo se aventuró a ingresar, tomar la licorera para servirse un vaso de whisky, y sentarse en uno de los sillones dispuestos frente al escritorio.

Arthur, que se encontraba revisando su correspondencia con la tranquilidad de quien ignora deliberadamente los dramas ajenos, arqueó una ceja y lo miró pacientemente, dispuesto a esperar a que su amigo le revelara el motivo de su enfado.

Cameron apoyó un dedo en su sien, y trató de hablar como si la pregunta que estaba a punto de hacer no le importara demasiado.

—Arthur —dijo con aparente despreocupación—, ¿qué sabes acerca de la relación entre el marqués de Lys y mi futura esposa?

Arthur dejó de lado su correspondencia y miró sorprendido a su amigo, más que nada por el tono casual que no lograba engañarlo. Cameron estaba furioso.

—¿Alexander Merton? —respondió para ganar tiempo e indagar sobre lo sucedido.

—El mismo —contestó secamente Cameron.

—Antiguo amigo de la familia de lord Craven y de los Bradbury. Mi esposa es muy amiga del marqués, y la esposa de Thomas también. Es cuñado de Devon; su hermana está casada con Charles y tengo entendido que milady y él crecieron prácticamente juntos. —Arthur hizo una pausa y entrelazó sus dedos, escrutando a su amigo —. Sobre si hubo algo más que una simple amistad entre esos dos, no podría decirte, pero como hombre y por algunas actitudes del marqués, intuyo que hubo un interés de su parte y que algo impidió su relación, aunque me atrevo a poner las manos al fuego a que él se enamoró y la dama lo rechazó —terminó de explicar, se puso de pie y fue a servirse también un poco de whisky—. ¿Por qué la pregunta?

Atholl encogió ligeramente los hombros, intentando parecer relajado, aunque disimulaba muy mal.

—Lo encontramos hoy en Hyde Park y precisamente, su modo de tratarla me hizo pensar lo mismo que tú; que hubo algo más y que la cosa terminó de un modo que el muchacho no esperaba. Sin embargo, la actitud de ella… —Negó con la cabeza—. Presiento que el interés fue mutuo.

Arthur estiró las piernas después de tomar asiento en uno de los sillones mullidos frente a la chimenea, y cruzó los tobillos, observando al escocés con una atención renovada.

—En ese caso, si el marqués fue un pretendiente y no resultó, ¿cuál sería el problema?

Cameron apretó la mandíbula.

—¿Fue? Entonces, ¿si tuvieron una relación? —increpó con el ceño fruncido.

—Solo es especulación, amigo mío. No estoy afirmando nada, sino preguntando si tienes algún problema con una situación del pasado, porque si vamos al caso, y si milady supiera de todas tus aventuras… —Arthur lo molestó con la intención de que se relajara un poco, pero ante el evidente hastío de su amigo, dijo—: ¡Vamos, Atholl! ¿No me irás a decir que sientes celos de ese muchacho?

Cameron dejó escapar una breve exhalación, y con ese gesto Arthur logró confirmar lo que ya intuía: Su amigo estaba irremediablemente ilusionado con la dama y se retorcía por los celos.

Lancaster esbozó una sonrisa lenta, de esas que no ocultaban ni un ápice de diversión.

—Vaya, esto sí que es una novedad —comentó con estudiada ligereza—. El temido Cameron Murray, señor de Blair Atholl, conquistador de conquistadores, es reducido a un manojo de nervios por una dama que no le ha hecho nada…

Cameron lo miró con frialdad.

—Mide tus palabras —advirtió.

—Oh, las mido muy bien —replicó Arthur sin perder la calma—. Y lo que veo es a un hombre preso de los celos.

Cameron se puso de pie con brusquedad y comenzó a caminar en círculos como fiera enjaulada, mientras el amplio despacho parecía encogerse a cada paso, en un ambiente tenso que ni el fuego de la chimenea, ni el ardor del mejor whisky de Escocia, lograban aflojar.

—Sabes cómo soy, y mi carácter no es precisamente sutil. Soy posesivo con lo que considero mío, y en este caso, no me agrada no saber, ni que exista alguien que mire a mi futura esposa como si tuviera derechos sobre ella, como si pudiera reclamar algo que ya no le pertenece.

Arthur ladeó la cabeza.

—Si sigues en ese plan, espantarás a la dama y no habrá futura esposa —avisó, bebiendo despacio un sorbo de su vaso—. Si no resuelves esto ahora, tus celos no harán más que crecer, y mujeres como mi esposa y milady, no son asiduas a tolerar este tipo de actitudes, y menos en público.

Cameron se detuvo en seco. Durante un instante, entrecerró los ojos, tratando de recuperar el dominio sobre sí mismo.

—No me importa su pasado —dijo finalmente—. Confío en tu criterio, y aunque tengas razón en parte, lo que en realidad me abruma es precisamente mi reacción —volvió a tomar asiento y rellenó su vaso—. No quiero terminar como mi hermana, Arthur —musitó avergonzado por sus propios miedos.

—Ni tú eres Amalia, ni lady Vanessa es lord Bristol, mi querido amigo. Y lo más convincente es que envíes una tarjeta de disculpa a la joven, porque asumo que lo que te tiene a maltraer, se debe a que el paseo que dieron no terminó tan bien.

—Me estás comenzando a asustar, Arthur; pareces gitana que lo adivinas todo… —Cameron volvió a sonreír más calmado—. Soy un idiota… —tomó el vaso de whisky y lo apuró de un solo trago.

El ardor le recorrió la garganta, pero no logró apagar la imagen que se había instalado en su mente, con una lady Vanessa

decepcionada, orgullosa y hermosa, diciéndole tácitamente que no le debía explicaciones.

—Tienes razón —afirmó con voz grave—. Me disculparé con ella.

Arthur levantó su vaso a modo de brindis.

—Por el éxito de tu disculpa… —murmuró—. Porque sospecho que no será una tarea sencilla.

Cameron no respondió; solo levantó la copa y sonrió enigmáticamente, mientras su mirada se perdía en las llamas, consciente de que, por primera vez en muchos años, una batalla no podía ganarse con fuerza ni autoridad. Debía ser sutil y utilizar todos sus encantos para seducir a la dama y enamorarla lo más pronto posible.

CAPÍTULO 12



Vanessa apenas había pegado el ojo en toda la noche y se sentía fatal en la mañana, por lo que decidió quedarse en sus aposentos y solo levantarse para la hora en que debía prepararse para ir al baile de compromiso del duque de Richmond.

Durante gran parte de la tarde de ayer y toda la noche, permaneció tumbada, mirando hacia la ventana, por lo que le parecieron horas. Su corazón no aceptaba lo que su mente sabía cierto. El duque de Atholl se había deshecho en atenciones con ella en la posada y había hecho concesiones para desposarla; se mostró complaciente en todo momento, hasta que apareció Alexander y demostró que no confiaba en ella y que solo fue amable para terminar de atraparla.

Y, lo que era peor aún —*pensó, sintiendo compasión por sí misma*—, ello significaba que a pesar de haber creído que su unión podría ser diferente, después de todo debería conformarse con un matrimonio meramente de conveniencia, pues, él tenía que casarse y había decidido que ella le servía siendo una joven en ruinas, abandonada por su prometido según las habladurías, a quien no le llegaría una oferta mejor que la suya.

Una inglesa que, llegando a Escocia, no se sentiría a sus anchas en su círculo, que fuera una esposa servicial, conveniente y manejable, que le diera los herederos que necesitaba y dirigiera su

hogar, mientras él seguía haciendo su vida, con aparente indiferencia hacia ella.

Después de mucho tiempo lloró desconsoladamente, vertiendo una mezcla de alivio, desconcierto y agitación al tiempo que la desilusión y una frustración apenas reconocida le prestaban su sabor amargo a la tristeza que se había apoderado de ella. La tormenta prosiguió sin amainar durante un largo tiempo. Finalmente, por puro agotamiento, cayó en un inquieto duermevela cuando casi amanecía.

Sumida en sus pensamientos, ni siquiera se dio cuenta que su prima ingresó con su doncella que llevaba una bandeja con el desayuno.

—Déjanos a solas, Anne —ordenó Flora, con la intención de sonsacarle a su prima lo sucedido el día anterior en el paseo del que volvió bastante alterada. Cuando la doncella se marchó, dijo—: Cuéntame todo lo que ocurrió con el duque, que me muero de la curiosidad y no me digas que nada, porque nunca te vi tan devastada y furiosa como ayer. Aunque… —sonrió con tristeza—, creo que deberías lavarte primero.

Vanessa la fulminó con la mirada, pero sabía que su prima tenía razón. No hizo comentario alguno, solo se levantó y se aseo la cara. Mientras Flora buscaba un pañuelo limpio en su tocador, fue recuperando su capacidad de raciocinio.

—Gracias, querida —musitó, regresando a la cama y tomando la taza de té que le ofreció su prima.

—Comienza a hablar, Vane, que necesito los detalles de tu primera pelea de enamorados con el escocés.

Por primera vez desde ayer, Vanessa sonrió, aunque por dentro seguía devastada.

—No hubo tal pelea, querida. Solo comprendí que no debo esperar demasiado de este matrimonio por conveniencia… —musitó, intentando no parecer más afectada de lo que ya estaba.

Flora frunció el ceño y salió disparada de la alcoba, para luego regresar de la misma manera con un enorme ramo de *Nomeolvides*

azules, acompañado de una tarjeta y un estuche de terciopelo oscuro.

—Si no tuvieron una pelea, ¿por qué el duque mandaría estos presentes y una tarjeta de disculpa con las primeras luces del día? —increpó, arrugando los labios—. Solo porque está desesperado por tu perdón, ¡y ya cuéntame lo que sucedió que me tienes en ascuas!

Vanessa, sintiéndose reanimada, pero extrañamente aturdida, tomó el ramo de flores que simbólicamente conocía como la flor del amor desesperado; entonces, se desconcertó.

Tras beber un sorbo de su té y comer una rebanada de pan tostado, salió de la cama y colocó las flores en un jarrón, sin emitir una sola palabra y exasperando más de la cuenta a su curiosa prima.

—¿Has leído una nota dirigida a mí? —la increpó, pero la joven no se amedrentó.

—¿Acaso importa? —Flora se encogió de hombros—. Mejor léela. —Se la tendió, junto con el estuche, mientras ella se sentaba en el taburete de su tocador y sacaba del sobre la elegante tarjeta con bordes dorados y una impecable caligrafía.

La nota solo decía «*Lo lamento».*

Sin embargo, cuando abrió el estuche se encontró con otra tarjeta junto con unos pendientes de esmeralda que descansaban sobre el terciopelo negro.

Tomó nuevamente el papel y lo leyó:

«Demuéstrame tu compasión utilizando estos pendientes, esta noche.

Pasaré por ti una hora antes, te tengo una sorpresa».

Alargó una mano para tocarlos con cuidado y se sonrojó, pensando en que quizás, los celos del duque no eran por desconfianza y por creer en las habladurías, sino porque estaba

genuinamente interesado en ella y esperaba que su matrimonio fuera más que un simple arreglo conveniente.

Una sonrisa de esperanza se dibujó en sus labios y una lágrima rodó por su mejilla. Después de todo, quizás sí podía seguir soñando con la posibilidad de que ese hombre la llegara a amar de verdad.

—¿Y bien? —volvió a preguntar su prima.

—El duque se puso celoso de Alexander… —dijo al fin, sabiendo que le haría bien desahogarse y que, aunque a veces Flora resultara indiscreta, jamás haría algo para perjudicarla con lo que le confesaba.

—¿De tu antiguo compañero de juegos? —inquirió descolocada la damita.

Vanessa afirmó con la cabeza.

—El marqués y yo tuvimos un enamoramiento infantil, era mi mejor amigo y el único en quien confiaba ciegamente. Sin embargo, cuando fue a Eton y luego a Oxford, nos distanciamos, aunque antes de su partida prometimos que nos casaríamos… sin embargo —ella suspiró con tristeza— tras debutar, mi madre me obligó a tratar a otros caballeros en su afán de casarme con el mejor postor y mi vida se volvió un infierno. Aunque él pidió mi mano y propuso un cortejo formal cuando concluyera sus estudios en Oxford, padre lo rechazó porque tenían prisa por encontrarme un marido que salvara a la familia de la ruina. —Vanessa negó con la cabeza—. No quise involucrarlo en todo mi drama familiar y di por terminada aquella promesa para que él buscara otra joven adecuada que no tuviera demasiadas complicaciones y presión sobre sus hombros. Pareció entenderlo, prometimos que seguiríamos siendo amigos, pero en su última visita se enteró que lord Essex me estaba frecuentando y tuvimos un desagradable intercambio verbal que dio fin a nuestra larga amistad.

»Pero ayer, en el parque, él se comportó de un modo inapropiado, tal vez porque sigue dolido conmigo, y el duque lo malinterpretó.

—Entonces, ¿se puso celoso?

—Al principio, pensé que solo era posesivo por considerarme de su propiedad, dado el caso que me casaré con él a cambio de que salve a padre de la ruina, pero ahora —admiró las flores y volvió a leer las tarjetas—, pienso que su reacción fue porque sintió celos y eso solo puede significar que piensa en mí más que como una simple dama a la que desposará por conveniencia, ¿no lo crees? —le preguntó a su prima, que la miraba como si se hubiera vuelto loca.

—Lo que creo, querida prima, es que estás completamente ciega porque ese hombre está loco por ti desde que te vio en aquella posada. ¿De dónde demonios sacas esas conclusiones absurdas? —inquirió, olvidando por completo sus modales—. Es evidente que sintió celos de Alexander, ¿y por qué, después de que rompieron su amistad, se comportó de ese modo? —indagó con curiosidad.

—Creo saber la razón… —musitó, recordando la nota que le dio su doncella y que no había leído. Buscó en uno de los cajones y se encontró con el papel doblado que procedió a leer en voz alta.

En ella decía:

Sé que nuestro último encuentro fue desastroso, y que tus relaciones con el conde no terminaron bien. Anne mencionó que de nuevo serás sometida a otro caballero, por conveniencia.

Deseo que sepas que, aunque me sentí profundamente decepcionado y dolido con tus hirientes palabras, no he dejado de pensar en ti ni he podido sacarte de mi corazón.

Lo cierto y concreto es que todavía estoy dispuesto a todo por un nosotros.

Esperaré ansioso a por una respuesta.

Tuyo siempre,

A.M.

Vanessa dejó caer la carta sobre su regazo, como si el papel le quemara. Durante unos segundos fue incapaz de hablar, y Flora, que rara vez carecía de palabras, permaneció inusualmente en silencio, observando el temblor casi imperceptible de las manos de su prima.

—Ahora lo entiendo —dijo al fin Vanessa, con voz queda—. No me provocó por simple descortesía, sino porque cree que aún puede salvarme de la presión familiar, rescatar lo que alguna vez prometimos, y todo gracias a la indiscreción de Anne… —arrugó el papel en un puño.

—Pero, ya estás comprometida y Anne merece un escarmiento ¡por actuar a tus espaldas! —replicó Flora severamente, sin ocultar la gravedad de la situación.

—Lo sé —asintió, cerrando los ojos—. Anne cometió un terrible error que llevó a Alexander a pensar que este compromiso no es más que otro sacrificio impuesto por mi padre; otra prueba en la que jamás fui dueña de mis decisiones. Cree que, si me recuerda lo que sentíamos, podría hacerme desistir antes de que sea demasiado tarde. —Apretó los labios, luchando contra un nudo en la garganta —. Alexander siempre fue impulsivo, y no termina de comprender que ya no soy aquella jovencita que esperaba sus cartas a escondidas, que solo lo veo como a un buen amigo…

Flora resopló, llevándose una mano al pecho.

—Y el duque vio eso con claridad… —murmuró—. No fue una simple escena mal interpretada, sino que lo vio como a un hombre que aun te pretende y eso claramente lo enfureció. —Flora suspiró —. Dicen que los escoceses son muy posesivos con sus mujeres…

Vanessa asintió lentamente.

—Quizás, Cameron creyó que… —Negó con la cabeza sin terminar de decir que tal vez, el escocés pensó que tenía sentimientos por Alex.

Su silencio fue interrumpido por el suave golpeteo en la puerta y Anne se asomó con cautela.

—Milady, ¿preparo su baño? —preguntó, mientras sentía la mirada intensa de Flora sobre ella.

—Hazlo más tarde. Mientras, prepara mi vestido y algunas compresas para mis ojeras —ordenó secamente y la doncella se marchó.

—Deberías echarla —dijo Flora, furiosa.

—Anne me ha acompañado en los momentos más duros, y estoy segura que no lo hizo con mala intención, pero descuida; le daré un castigo debido.

—Te veo más animada —mencionó Flora, poniéndose de pie y tomando la bandeja de desayuno—. Mejor descansa para verte radiante en la noche; debes deslumbrar a tu salvaje duque —la molestó.

Vanessa quiso disimular su sonrisa, pero el comentario de Flora le cambió el humor, por lo que llena de esperanzas se metió bajo las mantas y trató de descansar para verse lo más bella posible e impresionar a su futuro marido.



—¿Qué le parece, excelencia? —inquirió el señor Harrison, administrador de Arthur, quien en ese momento le enseñaba una majestuosa mansión en Cavendish Square a Cameron—. Está cerca de la residencia del duque de Lancaster y la casa lindante es la del conde de Northampton, que acaba de contraer nupcias y se ha retirado al campo con su esposa.

Cameron, después de haber tomado el consejo de Arthur, no solo decidió enviarle una de las joyas que Fergus y Amalia habían escogido como regalo a su futura esposa, sino que presionó a su amigo para que esa misma mañana se concretara la compra de su futura residencia en Londres. Así pues, se encontraba en una de las

zonas más exclusivas de la ciudad, visitando la casa que esa noche, antes del baile, se la mostraría a Vanessa.

Cuando la vio por primera vez desde el interior del carruaje, supo de inmediato que, la majestuosa mansión que se alzaba ante él con una dignidad que imponía respeto, era perfecta para un hombre de su rango y la futura familia que deseaba iniciar con la joven dama que lo volvía loco desde la primera vez que la vio.

La fachada de piedra clara parecía ajena al ruido de la ciudad, como si aquel edificio perteneciera a otro mundo, uno en el que el tiempo obedecía reglas más estrictas. Las ventanas altas reflejaban el cielo gris de la tarde y, durante un instante absurdo, tuvo la sensación de que la casa lo observaba con la misma atención con la que él la contemplaba.

Al descender, el frío del adoquinado atravesó la suela de sus botas. El pórtico, sostenido por columnas severas, proyectaba una sombra larga, casi intimidante. Atholl cruzó el umbral con la espalda erguida, aunque su pulso lo traicionaba por la expectación de si dentro sería tan perfecta como lo era por fuera. Necesitaba un sitio digno de su título, digno de su futura esposa, y digno de sus futuros herederos.

Cuando puso un pie en el vestíbulo, sintió el olor a cera y a carbón. El mármol bajo sus pies devolvía el eco de cada paso, y pinturas exquisitas flanqueaban las paredes.

La escalera principal se abría como una promesa, mientras la alfombra amortiguaba el sonido de cada pisada. Sus dedos rozaron la barandilla pulida, fría y perfectamente lisa, como todo en aquella casa.

El salón principal lo recibió con una elegancia familiar. El oro discreto de las molduras, los espejos que multiplicaban su figura, las lámparas que derramaban una luz amable pero implacable… todo estaba diseñado para impresionar, para recordar a quien entrara, cuál era el estatus de su dueño.

Más allá, entre puertas entreabiertas, se vislumbró el salón de baile: un espacio vasto, luminoso, destinado a risas, música y alianzas que se sellaban con una inclinación de cabeza. Cameron se preguntó cuántas decisiones se habrían tomado sobre aquel suelo brillante. Sin embargo, fue la biblioteca la que lo hizo terminar de tomar la decisión de adquirirla, pues había algo en la quietud de las estanterías, en el aroma a cuero y papel envejecido que le recordaba a Blair Atholl. Por un momento, se imaginó allí, revisando la correspondencia, mientras su mujer leía alguna novela, con el vientre abultado y la cabellera suelta.

Cuando finalmente el administrador lo condujo hacia los aposentos privados, comprendió que aquella casa no era solo una residencia, sino una declaración de poder; precisamente lo que Vanessa necesitaba para cobrarse cada humillación sufrida por parte de su círculo.

—Como le había comentado, excelencia —habló el señor Harrison—, esta residencia le perteneció a un embajador extranjero que tuvo algunas dificultades y necesita venderla con urgencia. El precio no es exagerado; es más, lo considero una oferta inmejorable y de momento es la única casa que se ciñe a sus exigencias, está amoblada y lista para habitar. Sin embargo, puedo seguir…

—No es necesario —lo interrumpió Cameron—. Haga todos los trámites, la quiero y de ser posible, deseo instalarme en este mismo momento.

Los ojos del señor Harrison se iluminaron pues, tendría una muy buena comisión por aquella venta y además, el duque de Lancaster lo recompensaría adecuadamente por cumplir con su encargo muy eficientemente.

—Por supuesto, su gracia; los documentos de compra-venta los tengo listos conmigo para que los firme. —Su secretario extendió los documentos hacia el señor Harrison que los tomó y con la mano le indicó a Cameron el lujoso pasillo que conducía a las escaleras—. Sigamos al despacho para que pueda firmar los papeles; mañana

realizaré los trámites que siguen para que las escrituras estén a su nombre inmediatamente, excelencia.

—Me parece bien, pero la casa la pondrá a nombre de mi futura esposa. Puede visitar Craven House y conversar directamente con el conde y que sea todo muy discreto; quiero que sea una sorpresa para la dama —explicó.

—Como ordene, su gracia. Todo se hará de acuerdo a sus instrucciones.

Cameron asintió con la cabeza y siguieron al estudio a proceder con la firma. El señor Harrison le entregó las llaves y envió a Rory a trasladar sus cosas desde Lancaster House a su nueva casa.

Cuando su escolta regresó, lo hizo en compañía de una cocinera y dos muchachas que lady Claire envió para que sirvieran en la propiedad ese día, y hasta que Cameron encontrara a la servidumbre adecuada para ocuparse de la majestuosa mansión.

—No hay duda que la dama es bastante considerada… —murmuró, mientras Rory servía whisky para ambos y tomaba asiento frente a él.

—No tienes nada que envidiarle pues milady es igual de hermosa que la duquesa, y al parecer, con un carácter igual o más fuerte. —Rory sonrió de forma burlona, levantando su vaso hacia su amigo—. ¿Crees que los pendientes y las flores serán suficientes para que perdone tu tonta escena de celos?

—Al menos habrán servido para que sepa que estoy arrepentido, aunque… —bebió un sorbo— mis celos no fueron infundados; al menos, con lo que respecta a ese marqués…

—Bueno, esta noche demuestra a quien pertenece la mano de la dama y no dejes que el césped crezca demasiado bajos tus pies; recuerda que debemos marcharnos lo antes posible a resolver el asunto de Blair Atholl, y por más que me divierte verte jugando a los enamorados, mi trabajo es poner tus pies sobre la tierra; se lo prometí al viejo en su lecho de muerte… —musitó al último, haciendo alusión al difunto padre de Atholl.

—Y yo le prometí al conde que celebraríamos aquí la boda… —murmuró, mirando de reojo a su escolta que entornó los ojos, sorprendido—. Descuida, no nos retrasará pues será en dos días y el caballero se ocupará de todo. Además, tendré a mano el acta de matrimonio por si la situación en casa se complica —le guiñó un ojo al pelirrojo que bufó.

—¡Patrañas! —bramó su amigo, sirviéndose un poco más de la bebida—. Tres días, Atholl; ni uno más o se te saldrán las cosas de las manos. No quiero ni pensar en lo que ahora mismo estará planeando Gavin.

—Descuida; llegaremos antes de que intente cualquier cosa.

—Espero que sea de ese modo… o juro que, aunque me vaya al infierno, te echare un par de dientes como cuando éramos críos.

Atholl solo sonrió, negando. En ese momento su mente solo estaba ocupada en planear bien como sería su noche con su futura mujer, y no permitiría que nada ni nadie estropeara su humor.

CAPÍTULO 13



Anne comenzó a disponer el baño, perfumando el agua con lavanda y pétalos secos. Mientras Vanessa se despojaba de su camisón, dejó que el agua tibia se llevara los restos de la noche anterior: el llanto, el desvelo, el miedo. Al salir, su doncella cepilló su cabello castaño con delicadeza, separándolo en suaves ondas que luego recogió parcialmente, dejando mechones sueltos para enmarcar su rostro.

—El vestido verde plateado está listo, milady —anunció Anne—. Esa prenda realza sus ojos.

—Hum… —respondió Vanessa, incapaz de ocultar su malestar con su doncella.

—Mi señora, ¿he hecho algo malo? —Se atrevió a preguntar, mientras terminaba de ajustarle el vestido.

—¿Tú que crees, Anne?

—El asunto del marqués, lo hice por usted, milady, no tuve mala intención y le juro que no volveré a actuar por mi cuenta —Se disculpó la sirvienta, con los ojos llenos de lágrimas.

—Demasiado tarde para tu arrepentimiento, porque Alexander estuvo a punto de dañar, con tu ayuda, mi única y última oportunidad de matrimonio. —Los ojos de Anne se abrieron de par en par—. ¿No lo sabías? ¿No fuiste tú quién le informó de mi paseo con su excelencia para que fuera a arruinarlo?

Anne negó con los ojos llenos de lágrimas.

—Le juro mi señora que no he hecho tal cosa, prometo que no he informado nada al marqués, además de que me lo encontré en la tienda de pasteles y le mencioné sobre su futuro compromiso —explicó desesperada.

—Creo que lo mejor será que busque otra doncella; una que me sea leal y no tome decisiones a mis espaldas, ni piense por mí.

Anne se arrodilló, en señal de súplica, mientras movía de un lado a otro su cabeza.

—¡Le ruego que me perdone, milady, y no me eche! Le prometo que nunca volveré a cometer semejante error, siempre he estado a su lado, he visto y vivido con usted el sufrimiento en carne propia, y solo quise ayudarla, pero le prometo que jamás volveré a repetir esa tontería.

Tomó a Anne por los hombros y la obligó a ponerse de pie.

—Una oportunidad, Anne, solo una, y si vuelves a faltar a mi confianza, será mejor que no vuelvas a aparecer delante de mí. ¿Has comprendido? —advirtió con dureza, mientras la doncella afirmaba con la cabeza.

—Gracias, mi señora. Le juro que no la defraudaré.

—Bien, ahora ayúdame a terminar de arreglarme que su excelencia vendrá una hora antes por mí. —Vanessa miró los pendientes de esmeralda sobre el tocador. Ni siquiera dudó antes de tomarlos—. Esta noche los llevaré —decidió.

Cuando el vestido estuvo ajustado y las joyas colocadas, se observó en el espejo. La joven que la miraba ya no parecía derrotada. Había sido reemplazada por una mujer cuya expresión trasmitía una mezcla peligrosa de esperanza y determinación.

En ese instante, Flora ingresó como un torbellino a su dormitorio y permaneció atónita por unos instantes, admirando lo maravillosa que se veía su prima. Vanessa relucía con su vestido de seda verde plateado; un color que ponía de relieve la perfección de

su piel de alabastro, y hacía que su pelo resplandeciera y se intensificara el increíble verde esmeralda de sus ojos.

—Te ves absolutamente impresionante, Vane… —murmuró luego de unos segundos de silencio—. El duque será el caballero más envidiado del baile. Habría sido maravilloso poder asistir —lamentó la jovencita que aún no había debutado—. Aunque… —sonrió con picardía—, tu acompañante se parece demasiado a un león al asecho; un león bien peinado, listo para devorar a su presa —bromeó con una risita.

Vanessa quiso reprenderla, pero solo negó con la cabeza y se dispuso a ir al encuentro de su prometido. Estaba de muy buen humor como para castigar con palabras a la franqueza de Flora que no había hecho más que animarla y apoyarla en todo.

Al pie de las escaleras, Cameron aguardaba ansioso por la dama a quien había hecho enfadar y por quien, irremediablemente, su corazón latía. No podía seguir mintiéndose; lo suyo fue algo turbulento, impactante a primera vista, que, aunque no podía decir que fue amor en cuanto la vio en aquella posada, sí podía afirmar que lo que experimentó se acercaba demasiado a ese sentimiento que ahora, con certeza, sabía que estaba sintiendo.

Vestía impecablemente y lucía como un salvaje convertido en príncipe, bajo el frac de lana negra, cortado por los sastres más hábiles de *Savile Row*, que se ajustaba a su torso con una precisión que subrayaba la amplitud de sus grandes hombros y la estrechez de su cintura. Los faldones de la casaca caían con peso y gracia detrás de sus rodillas, mientras que al frente, el corte alto revelaba un chaleco de seda blanca de un brillo gélido, cuyos botones de nácar destellaban bajo la luz de los candelabros.

Lo más impresionante era su corbata. El lino, blanco como la nieve y rígidamente almidonado, se enredaba alrededor de su cuello en un nudo tan impecable que parecía esculpido en mármol, obligándolo a mantener el mentón elevado con un aire de aristocrática indiferencia.

Sus pantalones negros y ajustados se adherían a sus regios muslos, mientras se unían a sus botas brillantes que devolvían el reflejo del parqué. No portaba condecoraciones ni joyas ostentosas; solo el sello de su clan colgaba discretamente de una cadena de oro en su cintura, mientras sostenía sus guantes de piel blanca en una mano con una negligencia estudiada.

Con aquella apariencia, no había hombre que pudiera ignorar la autoridad que emanaba de aquel conjunto; una armadura de sobriedad negra y blancura inmaculada que declaraba, sin pronunciar palabra, que era dueño absoluto de un gran poder y riqueza.

Su cabello, generalmente suelto, estaba peinado impecablemente hacia atrás y sujeto en una cola baja.

Preso de los nervios, comenzó a caminar de un lado a otro, preguntándose si su prometida seguía enfadada y no pensaba bajar, o si tan solo le estaba dando de probar un poco de sufrimiento, retrasando su encuentro. Cuando estuvo a punto de preguntar por ella al mayordomo que lo veía imperturbable, los latidos en su pecho comenzaron un redoble que parecía anticipar la presencia de la joven. Los vellos de su nuca se le erizaron y, cuando volvió la cabeza y levantó un poco la mirada, la vio.

El murmullo a su alrededor pareció apagarse, como si el mundo hubiese decidido concederle un instante solo para él.

La joven descendía los escalones con una gracia serena que le robó el aliento; no era únicamente la belleza evidente de su porte, ni la delicadeza con la que el vestido acariciaba su figura, sino algo más profundo, casi doloroso. Había en ella una dignidad silenciosa, una mezcla de fortaleza y vulnerabilidad que le atravesó el pecho con una intensidad inesperada.

De repente sintió un nudo formarse en su garganta. Aquella mujer a la que había provocado, a la que había enfadado con palabras torpes y conclusiones apresuradas, se presentaba ante él como una visión imposible de ignorar.

Sus ojos, cuando al fin se cruzaron con los de él, no mostraron sumisión, sino una calma orgullosa que lo desarmó aún más. En ese instante, comprendió que no solo la deseaba y añoraba para él, sino que la admiraba, y esa revelación lo inquietó más que cualquier otra emoción previa.

Una punzada de culpa se mezcló con el asombro y se preguntó cómo había podido creer que saldría ileso de aquel acuerdo, de aquel matrimonio nacido de la conveniencia. Sin embargo, al verla tan hermosa, tan fuera de su alcance y, tan ligada ya a su destino, Cameron sintió que algo se sellaba en su interior. No era solo atracción ni capricho, sino la certeza de que, a partir de ese momento, cada uno de sus pasos estaría marcado por ella; la mujer que, sin proponérselo, había tomado posesión de su corazón.

—Buenas noches, excelencia. —Vanessa habló como pudo cuando vio a un caballero totalmente distinto al que conoció en la posada y en casa de su excelencia. Lucía arrebatador y no había rastros de aquel hombre salvaje y despreocupado que la había besado la primera vez.

Cameron no pudo decir nada. Las palabras no le salían por la impresión y solo sonrió de lado y alargó a mano, tomando a la joven que pisó el último peldaño. Besó su mano y la devoró con la mirada, logrando que ella se ruborizara.

—Creo que es hora de irnos...

En ese preciso instante, Vanessa se habría sentido mil veces más a salvo si se marchaba con un lobo, pero se obligó a sonreír, tras lo que le hizo un gesto afirmativo con la cabeza y permitió que la llevara hasta la salida. ¿Cómo lo había llamado Flora? ¿Un león al asecho?

Sí. Realmente parecía un felino de apetito voraz, a punto de atacarla.

Cuando subieron al carruaje y se acomodó a su lado, muy cerca, a Vanessa le faltó el aire. Le costaba respirar y tenía la piel en llamas. La cabeza le daba vueltas y tenía todos los sentidos alerta

por la expectación, por un anhelo que no comprendía a qué se debía. No estaba segura de cuál era la causa, pero eso sólo servía para acrecentar su agitación.

¡Era ridículo! Ya habían estado juntos y a solas un par de veces, incluso él la había besado en dos ocasiones, pero en ninguna se había sentido tan nerviosa como en ese momento. Jamás había sentido sus ojos y su atención tan fijos en ella, como lo estaba percibiendo en aquel momento.

Sin embargo, en su talante algo había cambiado, pues no le parecía el mismo hombre con quien había tratado anteriormente. Incluso, sus facciones de por sí duras, le parecían más severas, más determinadas, y su cuerpo, a pesar de ser extraordinariamente grande, parecía más poderoso, aunque lo que realmente la asustaba, eran sus intenciones que anteriormente las había ocultado demasiado bien. Pero, ahora le resultaba más transparente por la mirada lujuriosa que le profesaba, mientras sus ojos la traspasaban. Aunque ningún hombre la había mirado de aquella manera, sus instintos reconocieron al instante sus pretensiones, haciéndola temblar por dentro.

Cameron sintió su temblor y entrecerró los párpados para ocultar sus ojos verdes tras esas largas pestañas. Esbozó una sonrisa socarrona, al tiempo que movía la mano sobre la mano que no había soltado, para calmarla.

Ella se tensó aun más, y cuando notó el carruaje tomó otra ruta que de ninguna manera llevaba a Richmond House, se armó de valor y lo miró.

—¿Qué está tramando? ¿Adónde me lleva? —pronunció las palabras sin pensarlo y con un deje tan suspicaz como la expresión de sus ojos.

Cameron abrió los ojos de par en par y resistió el impulso de echarse a reír y de preguntarle, burlonamente, qué diantres creía ella que estaba tramando. Sin embargo, en ese instante comprendió el alcance de su pregunta y la risa se le desvaneció; en su lugar, tuvo que luchar por disimular la oleada de satisfacción posesiva que

lo atravesó, por impedir que sus labios se arquearan en una mueca complacida. A pesar de su autocontrol, algo debió de delatarlo, y se apresuró a aplacar la tormenta que empezaba a gestarse en la mirada de Vanessa.

—No te preocupes, estoy seguro que te gustará mi sorpresa. Solo limítate a disfrutar de mi compañía y no vuelvas a tratarme de usted, por favor…

Estrechó con más fuerza su mano, cuando el coche se detuvo delante de una impresionante mansión.

Cameron bajó y le tendió su agarre para ayudarla a descender, pero Vanessa no se movió

—No voy a morderte… confía en mí, querida. Estoy seguro que te gustará mi regalo —insistió.

Entonces, ella bajó del carruaje, él entrelazó sus dedos enguantados a los suyos y la obligó a caminar hasta la entrada principal.

En cuanto llegaron a la imponente puerta, una joven sirvienta les abrió, mientras inclinaba la cabeza en señal de respeto.

—Bienvenidos, excelencia, milady…

—Buenas noches —musitó Vanessa, desconcertada con la situación.

¿Qué hacían en aquella casa? Y, ¿de quién era?

—Ven, querida, entremos. —Cameron volvió a tirar de ella y lo que los ojos de Vanessa vieron fue pura opulencia por cada rincón.

Observó cada espacio del lujoso salón, las escaleras y los pasillos que conducían a las distintas estancias, impresionada, aunque no fue indiscreta. Cameron le enseñó cada habitación, el estudio, la cocina, el salón de baile y luego, ansioso, la guio al piso superior, llevándola directamente hacia una imponente doble puerta que parecía ser la habitación principal.

En cuanto la abrió, los pies de la joven se anclaron al piso, por lo que el gigante escocés ni siquiera dudó para cargarla entre sus

brazos y meterla al que sería sus aposentos, mientras ella emitía un grito por la sorpresa que fue instintivamente reprimido por un beso inesperado para acallarla.

Vanessa se removió inquieta en los brazos del caballero en señal de protesta, pero, pasado un momento, él sintió que se relajaba entre sus brazos, y entonces la bajó despacio, sin romper el beso.

Después de toda la frustración que había pasado el día anterior, Cameron no estaba de humor para interludios educados, para fingir un distanciamiento que ya no existía entre ellos. Una de las consecuencias de los besos que habían compartido en los días previos desde el primero que se dieron en la posada, era el desmoronamiento de ciertas barreras; y los labios de Vanessa, y ella misma, serían suyos cada vez que así lo deseara. Él lo sabía, y ella también.

Vanessa tampoco tenía fuerzas ni ganas de resistirse a todas las sensaciones que su futuro marido le despertaba, por lo que respondió con ardor, pensando que, de todos modos, en dos días se casarían y tendrían su noche de bodas, pues dudaba mucho que el hombre apasionado que estaba a punto de devorarla, literalmente, reprimiera sus deseos y se abstuviera de reclamar sus derechos conyugales. Ella separó los labios bajo los suyos, invitándolo a entrar, dándole la bienvenida, dispuesta a dejarse llevar y a disfrutar.

La joven tenía un dulce y delicioso sabor a miel, y él exploró su boca, succionó sus labios, al tiempo que la arrastraba hasta una chaisé cerca de la chimenea, donde el fuego crepitaba.

Cameron se acomodó en el diván, y la colocó sobre sus piernas sin romper el beso. Para su deleite, ella rodeó su cuello, mientras él le abrazaba la cintura para presionarla más contra su dura anatomía.

El beso fue largo y cada vez más profundo. Atholl, con el apetito insatisfecho, y con una facilidad que solo podía ser adquirida por la experiencia de los años, desprendió el vestido sin que la dama siquiera se percatar, pues estaba tan absorta en el beso, en el dulce esplendor de la boca que jugaba con sus labios, que no se percató

de que las riendas de la situación eran dirigidas por un león presto a comérsela.

CAPÍTULO 14



Cuando la mano del duque tocó su espalda desnuda, un escalofrío que se desvaneció al instante fue la única advertencia que recibió antes de que siguiera moviendo sus manos y despojándola hasta la cintura de la prenda.

Cameron se estremeció hasta el alma al sentir su piel aterciopelada con sus enormes manos. Su boca descendió por la comisura de los labios femeninos, recorriendo la mandíbula y la garganta, presionando más el beso justo sobre la vena donde el pulso de su prometida se disparaba.

Ella gimió y él perdió la razón, deshaciéndose del corpiño para cubrir con su palma uno de los senos duros por la excitación.

—Santo Dios… —murmuró, mientras apretaba el pecho y la joven gemía, con los ojos cerrados y la cabeza arqueada.

Volvió a besar su cuello, desesperado por arrancarse la ropa, terminar de desnudarla y meterla a su cama para aplacar el apetito insatisfecho que había ido acumulando desde que la conoció. Sin embargo, esperaría. Dos días. Dos días y ella sería completamente suya.

Realizando un esfuerzo descomunal, dejó de besarla con la respiración entrecortada, aturdido, y con los sentidos embelesados por las estremecedoras emociones que le provocaba tenerla de aquella manera.

Ella ni siquiera lo tocó, más allá de suaves y torpes caricias en la nuca y el pelo, pero ese simple gesto y esa entrega que percibió en ella cuando su mano recorrió su piel desnuda con afán posesivo, lo había enardecido y confirmado sus sospechas de que la dama lo deseaba igual o más que él.

Por un instante, atrapado en el hechizo del momento, se preguntó si todo aquello era verdad o una alucinación, producto de sus deseos y de la abstinencia a la que estaba sometido.

A continuación, contuvo el aliento y aprovechó un momento de distracción para recuperar las riendas, para sacudirse de la cabeza el embriagador placer que le proporcionaba esa mujer con su sola cercanía y esperó pacientemente a que ella recuperara el sentido común.

Cuando Vanessa por fin recobró el aliento, apenas lo justo para comprender lo que estuvo a punto de pasar, abrió los ojos y miró ruborizada al hombre que la sostenía sobre sus piernas, sonriendo diabólicamente como un demonio que la había logrado tentar hasta cometer un pecado. Sin embargo, no se movió, sino más bien, permaneció quieta, sosteniéndole la mirada, en tanto él levantó la mano y con el pulgar, acarició el labio inferior de Vanessa. Ella tragó grueso, mientras el dedo de Cameron se abría paso en su boca y por instinto lo succionó. Él asintió, conforme.

—Sé que quieres más… —murmuró de pronto, dando voz a los pensamientos de la joven que sentía como si unas llamas la estuvieran envolviendo, mientras un cosquilleo persistente se había instalado en su bajo vientre, muy cerca de su sexo.

Para ella fue un descubrimiento desconcertante que la embriagó de placer.

—Solo espera dos días —volvió a irrumpir Cameron en sus pensamientos— y podrás descubrir todo lo que viene después — besó su frente, y después su boca, su hombro desnudo y su cuello.

—Por qué no ahora… —preguntó ella, entrecerrando los ojos y arqueando la cabeza para darle un mejor acceso a su garganta—.

Siento que voy a quemarme por dentro… ¿qué me has hecho? —indagó desconcertada, volviendo a caer en esa vorágine de sensaciones que la parecían lanzar hacía una nube de terciopelo ardiente.

Cameron no interrumpió el beso, sino que la mantuvo inmersa en él mientras sus labios jugueteaban en su cuello.

—Porque quiero tomarme mi tiempo… —besó con vehemencia sus labios otra vez, y sobre su boca, volvió a hablar—… y debemos asistir a ese tonto baile.

Besó su frente y la abrazó con fuerza.

—Prometo que la espera valdrá la pena —dijo otra vez, mientras el rostro de Vanessa se hundió en su hombro, completamente avergonzada—. Ahora dime, ¿te gusta la casa? A mí me fascina esta habitación; es ideal para engendrar a mis herederos —dijo con sorna, tomando a Vanessa por los hombros para apartarla y verla a los ojos—. ¿Y bien? ¿Te gusta o buscamos otra casa?

Vanessa le sostuvo la mirada y suspiró.

—¿Eso es un no? —Cameron arrugó el ceño.

—La casa es perfecta, pero… —apartó la vista y Cameron le tomó el mentón para que lo volviera mirar.

—Pero, ¿qué?

—Pero no te comprendo… —resopló—. Ayer, me trataste peor que a un reo enjuiciado a culpable, y hoy… —Negó con la cabeza y quiso apartarse.

Cameron la detuvo y apresó con más fuerza su cintura.

—Ayer, los celos obnubilaron mi juicio y me comporté como un idiota —tragó grueso y confesó con mucha dificultad, pues le costaba admitirlo—. Ese hombre… —arqueó una ceja, esperando que ella se lo explicara.

—Es un amigo de infancia, no te mentí.

—Pero se dirigió a ti como si tuvieras que rendirle cuentas. ¿Por qué? —insistió, ansioso.

—Fue un enamoramiento inocente, Cameron, y aunque en principio rechacé a muchos caballeros, pensando que alguna vez me desposaría con él, con el tiempo comprendí que fue una ilusión infantil y que solo lo veo como un muy buen amigo, como si fuera mi hermano mayor… —explicó con sinceridad.

—Sin embargo, por lo que vi, él no piensa lo mismo…

—Lo sé, pero no puedo hacer nada al respecto.

—Bien —afirmó con el ceño fruncido—. Confío en ti, pero no quiero que vuelvas a tener ningún tipo de relacionamiento con ese hombre —prácticamente lo ordenó, preso de unos terribles celos.

Vanessa también frunció el ceño y se apartó levemente de él.

—He roto mi amistad con el marqués hace tiempo, y nunca fue mi intención reanudarla. Acabas de decir que confías en mí, pero… —dijo dolida.

—Lo hago, pero no confío en él y lo mejor es evitar cualquier oportunidad que pueda crear una brecha entre nosotros —explicó, acercando su boca a la de ella—. Ya te lo he dicho en el parque; soy un hombre con un carácter difícil, posesivo y orgulloso, y tú eres mi mujer… solo mía.

—Todavía no nos hemos casado… —murmuró ella, con su boca muy cerca de los labios de él—. No puedes pretender que…

—Puedo pretender lo que quiera —la interrumpió—. Me gustas, siento algo muy especial por ti desde la primera vez que nos vimos en la posada, por eso te ayudé, por eso te besé, y por eso regresé a buscarte para hacerte una propuesta formal, aunque ya te habías marchado —confesó al fin, ante la mirada incrédula de la dama—. Que resultaras ser, precisamente la joven que Arthur deseaba presentarme, solo me dice que estábamos destinados a estar juntos y no pienso contradecir esos designios, ni arriesgar nuestro futuro por un amigo de la infancia. ¿Has comprendido?

Vanessa aferró su mirada en sus ojos, sorprendiéndose gratamente por tan afán muestra de posesión, que la dejó desorientada y confusa. Entonces, sintió unos inmensos deseos de ser siempre protegida y cuidada por el hombre que la escrutaba impaciente, aguardando su respuesta.

Se reclinó levemente sobre él y le propinó un rápido beso en la boca.

—He comprendido, descuida —respondió con una sonrisa estúpida, al comprender que él en todo momento había pensado en ella como esposa.

—Ahora que hemos limado asperezas y resuelto nuestras diferencias, es hora de ir a ese baile y dejar en claro, delante de todos esos tontorrones que te pretenden, que ya tienes dueño y no estás disponible para el mercado matrimonial —le guiñó un ojo, ayudándola a ponerse de pie mientras él hacía lo mismo y ella se cubrió con los brazos—. Déjame ayudarte; la volteó, y la ayudó a acomodarse el vestido—. No sientas pena de mí, en dos días no tendrás oportunidad de mantener tus prendas puestas ni un solo minuto desde que crucemos esa puerta —afirmó con diversión.

—Lamento desilusionarlo, excelencia, pero ningún caballero respetable ha posado sus ojos en mí; no soy considerada la candidata más adecuada, ¿lo olvida? —respondió a su primer comentario.

—¡Pamplinas! —refutó Cameron—. Eres la mujer más hermosa que conocí en toda mi vida, y me niego a creer que esos estirados ingleses estén ciegos.

—El duque no es estirado, y lady Claire fue considerada la joya de la temporada… —lo molestó.

—Mi amigo es la excepción al asunto… —replicó, siguiendo la broma—. Listo —dijo, refiriéndose al vestido y la volteó. Sin embargo, los rastros de su encuentro apasionado seguían en el rostro y pelo de la dama—. Quédate aquí, regreso en un momento

—advirtió, saliendo del dormitorio para regresar casi de inmediato con dos doncellas.

Vanessa se abochornó y Cameron se apresuró a hablar.

—Mi esposa necesita que la ayuden a arreglarse.

—Como ordene, excelencia —respondieron las dos muchachas al unísono.

—Querida, ellas fueron enviadas por la duquesa de Lancaster para servirnos, en tanto nos acomodemos aquí. —Aclaró el duque para que la servidumbre comprendiera que ella erala dueña y señora de aquella mansión.

—Por supuesto —dijo Vanessa, siguiendo la trama que su esposo había tejido y tomó asiento en el taburete del impresionante tocador que había en la recamara—. Danos unos minutos, cariño. Bajaré pronto —replicó para que Atholl dejara de escrutar a las doncellas y pudieran hacer su trabajo sin los nervios que les imponía la presencia de su imponente prometido.

Las jóvenes hicieron un impecable trabajo y, aunque Cameron se encontraba impaciente, terminaron antes de lo que él pensaba. En cuanto estuvieron listos para marcharse, él la abrazó, le colocó la estola que se había quitado cuando llegaron y partieron a Richmond House.

—Cuéntame un poco más de tu familia —pidió, intentando cambiar la conversación subida de tono a la que su prometido la estaba sometiendo en el carruaje.

—Bueno, tengo una hermana… —respondió secamente el duque, como si no le agradara ni un poco la conversación.

—La marquesa de Bristol —afirmó ella y Cameron asintió—. No he oído hablar de ella en nuestro círculo. Acaso, ¿no reside en Londres?

—En realidad, la situación de mi hermana es complicada… —suspiró.

—Comprendo —contestó ella, entendiendo que lo mejor era cortar con la charla.

—Nos casaremos, te mudarás a Perthshire y lo sabrás de todos modos, por lo que prefiero que te enteres por mí —la miró a los ojos y tomó su mano—. Mi hermana, Amalia, se enamoró del hombre equivocado y está pagando el precio de ese amor. Es una larga historia que seguramente ella misma te relatará en cuanto se hagan muy buenas amigas, pero resumiendo el asunto, el marqués mintió cuando pidió su mano, dijo que era viudo, cuando su esposa estaba aún viva; convaleciente, con un pie en el cementerio, pero viva.

—¡Oh, por Dios! Pero, ¿por qué no anularon el compromiso?

—Bueno, cuando mi padre quiso hacerlo, ya era muy tarde — sonrió y arqueó una ceja.

Vanessa comprendió que su futura cuñada había quedado embarazada y por esa razón no pudieron intervenir. Un poco más animada con la idea de tener un sobrino pululando por la casa, decidió indagar más.

—Y, ¿tuvo niño o niña? —preguntó con interés—. Un hijo siempre debe considerarse una bendición, más allá de las circunstancias… —afirmó con vehemencia, y Cameron recordó lo que Arthur le había revelado, sobre el origen de la dama.

—Es un niño idéntico a mí —le guiñó un ojo y ella sonrió.

—Entonces, debe ser un pequeño tirano —lo molestó.

—Lo es… aunque, no tan atractivo como yo…

Antes de que ella le pudiera responder, el carruaje se detuvo, y después de apearse, entraron en el salón de baile de Richmond House, sumándose a la cola de personas que esperaban para saludar a los anfitriones. Cameron, al lado de Vanessa, no dejaba de mirar a su alrededor, buscando a cierto marqués que estaba seguro pediría un baile a su prometida. Y lo peor del asunto era que no podía oponerse según las tontas reglas de etiqueta.

El evento estaba abarrotado como dictaban los cánones. En cuanto entraron en el luminoso y regio salón de baile, se hizo evidente que la presencia de la joven Craven y su desconocido prometido, era esperada con ansiedad. Al cabo de unos minutos, la libreta de baile de Vanessa estuvo repleta, a excepción de los dos valses, pues el primero se lo concedería a Cameron y el segundo no lo danzaría, a menos que su prometido le permitiera bailarlo con alguien más.

La temporada había llegado a su apogeo y los salones estaban llenos a rebosar de madres y sus hijas casaderas y de caballeros ansiosos por ver a las debutantes de aquel año. Sin embargo, ese evento en particular, resultó ser el más esperado pues, después de siete años de haber roto su comprimo con lady Olivia Somerset, prima del duque de Beaufort, el duque de Richmond se comprometía inesperadamente con la condesa viuda de Granart, Helen Somerset, hermana de Beaufort, quien curiosamente resultaba ser el mejor amigo de Richmond.

Toda esa trama bastante intrigante, despertó la curiosidad de toda la sociedad y las habladurías se resumieron en una escandalosa especulación; un secreto a voces sobre el origen de la relación de ambos.

Así que, Vanessa había considerado cuidadosamente ese baile como el momento y sitio apropiado para dejarse ver con su futuro esposo.

Estaban disfrutando de la velada, acompañados de los duques de Lancaster que ya aguardaban por ellos junto con un grupo de amigos que tenían en común Claire y Vanessa. Entre ellos, estaban los Charles y Serena, que regresaron de Devonshire cuando supieron de los problemas entre Claire y Arthur y de la segunda boda. También las hermanas Staton con el conde de Rutland, Vincent Frost. Sin embargo, ni el hermano de este último, Dew Frost, ni el marqués de Lys, hermano de Serena, habían aparecido por el baile.

—Me encantaría hacer negocios con usted, Atholl —comentó Charles, duque de Devon y hermano de Claire, después del primer

vals—. Me han comentado que su destilería es de las mejores y que planean exportar a América…

Cameron miró a Arthur de reojo. Ellos ya tenían un negocio sólido con la Compañía de las Indias Orientales y no estaban en sus planes involucrar a nadie más que a sus futuros herederos. Sin embargo, en consideración con la esposa de su amigo solo asintió con la cabeza.

—En cuanto termine con mis asuntos en Blair Atholl, regresaremos y entonces podríamos reunirnos para conversar sobre el asunto —dijo con amabilidad para zanjar el tema.

Charles asintió y entonces su esposa, Serena, le habló a Vanessa.

—Querida, me alegro mucho por tu futuro matrimonio. Mis felicitaciones y deseos sinceros de felicidad y prosperidad para ambos.

Vanessa solo sonrió. Ambas se conocían desde niñas, aunque en un momento Alexander le pidió que no mencionara su existencia por una tonta habladuría y Serena desapareció como por arte de magia. Ahora, todos sabían que se había mantenido oculta por un problema con su pierna, pero Charles se enamoró de ella, la ayudó a perder su miedo y a ocupar el lugar que le correspondía en la sociedad, convirtiéndola en su esposa.

—¿La boda será en Escocia? —increpó Rutland. Vanessa volvió a afirmar con la cabeza—. Me alegro por usted, milady, y pensar… —El conde dirigió su mirada a Serena—… que podrían haber sido cuñadas, excelencia.

Arthur, a quien le caía pésimo el conde de Rutland, lo fulminó con la mirada.

—No puede realizar semejante afirmación a la ligera, Rutland. Mida sus comentarios —advirtió el duque.

—Cielo, cálmate, el conde no lo mencionó con mala intención —intervino Claire.

Sin embargo, Cameron fue quien habló esta vez.

—Descuida, Arthur; no hay porqué tomar a mal un simple comentario trivial. Después de todo, el afortunado con quien se desposará milady… —Besó la mano de su prometida—… seré yo. Si nos disculpan. —Cameron sonrió encantadoramente y se retiró con su prometida, seguidos por los duques de Lancaster.

—Lo lamento, Cameron… —musitó ella, descompuesta.

—No es tu culpa, querida, descuida —trató de sonreír, aunque su humor se había crispado.

—Si lo deseas, podemos marcharnos, ya no es necesario que permanezcamos aquí —propuso ella.

—Nosotros también nos marcharemos en unos momentos. —Arthur miró el vientre de su esposa, casi imperceptible bajo el vestido estratégicamente confeccionado por una de las modistas más respetables de la ciudad—. No es bueno para Claire desvelarse tanto.

—Creo que el propósito de nuestra aparición en este baile, ya se cumplió. No tengo objeciones con marcharnos —insistió Vanessa.

Entonces, ante aquella sonrisa cálida de su prometida, su semblante se suavizó y afirmó con la cabeza.

Ambos caballeros se despidieron de Richmond, deseándole sus buenos deseos en su futura boda, y las parejas se marcharon.

En cuanto subieron al carruaje, Cameron no lo pudo soportar y abordó a Vanessa con vehemencia, preso de una extraña sensación a la que solo podía llamar celos.

CAPÍTULO 15



Aunque al principio Vanessa se sorprendió y no pudo reaccionar a aquel embiste, poco a poco fue cediendo, abriendo su boca para darle paso a lengua del escocés. Cuando él la sentó en sus piernas y sintió la protuberancia de su sexo, comprendió que aquello ya no era un juego, y bajo toda aquella embriagadora sensualidad y del placer infinito, yacía un afán posesivo, un impulso primitivo que percibía a pesar de los esfuerzos de Cameron por disimularlo, por mantenerlo oculto hasta la noche de bodas.

Se advertía en la rigidez de su postura, en la presión que atenazaba sus músculos y lo mantenía tenso. En la imponente erección que sentía contra sus nalgas, en la firmeza casi férrea de la mano que recorría sus pechos por encima del vestido. Lo sentía en la pasión incontenible que él dominaba y ocultaba, como si intentara resguardarla del fuego. Un fuego al que él estaba habituado, pero que ella todavía debía descubrir.

De haber dependido de su voluntad, habría reclamado esas llamas, las mismas que la seducían con una promesa de placer embriagador. No obstante, no tenía más opción que recibir lo que él estaba dispuesto a concederle, aferrarse a aquello que le brindaba y a los límites que imponía.

Después de desatar los botones de su corpiño, dejó libres aquellos senos firmes de su encierro y se permitió demorarse, deleitándose en su belleza, mientras admiraba la piel nívea y los

pezones erguidos y sonrosados. Exhaló suavemente sobre uno de ellos y observó cómo se tensaba antes de inclinarse para degustarlo.

Con el aliento agitado por el roce de su lengua sobre el pezón, Vanessa dejó caer la cabeza hacia atrás. Apoyó una mano sobre su propio pecho y elevó la otra para deslizar los dedos por aquel cabello dorado, desordenando su pulcro peinado. Con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, como si el aire le faltara, se abandonó a las sensaciones, a la intimidad compartida, al placer que empezaba a descubrir, aguardando con expectación y deseo lo que aún estaba por venir.

La boca de Cameron recorría sus pechos y se detuvo en los pezones, dolorosamente sensibles. Una pasión avasalladora se apoderó de su cuerpo, reclamando alivio.

Se arqueó bajo él, estremecida, ansiando más.

Cuando la espera se volvió insoportable, retiró la mano que reposaba sobre su torso y comenzó a desabrocharle el chaleco. Sus dedos, torpes por la urgencia que la dominaba, temblaban levemente, mientras luchaba con los botones. Cameron se contuvo y la observó con una sonrisa contenida, deteniéndola con suavidad antes de que lograra despojarlo de la prenda.

—Vanessa… —murmuró, con una voz grave cargada de advertencia y deseo a partes iguales.

Ella alzó la mirada, con los ojos oscuros por la excitación, y asintió apenas.

Comprendía el límite, aunque cada fibra de su cuerpo protestara y el le hubiera prometido que pronto la ayudaría a descubrir todo del placer contenido.

Viendo en sus ojos la vergüenza, él apoyó la frente contra la de ella, respirando su mismo aire, y durante un instante el mundo pareció reducirse al vaivén del carruaje y al latido desbocado de sus corazones.

Cameron volvió a acomodar el chaleco, y luego, con movimientos deliberadamente lentos, como si aquella pausa fuera

una prueba de autocontrol, la ayudó con su vestido, cubriéndola con la estola para reprimir un poco la tentación. Después la atrajo contra su pecho, envolviéndola con un abrazo firme, protector, que hablaba tanto de contención como de promesas futuras.

Vanessa se dejó acunar allí, escuchando el ritmo de su respiración, memorizando la sensación de seguridad y anhelo entrelazados.

El traqueteo del carruaje disminuyó poco a poco hasta detenerse por completo. El sonido de voces lejanas y pasos sobre la grava rompió el hechizo íntimo que los envolvía. Cameron se apartó lo justo para volver a acomodar el vestido de ella, alisar una arruga inexistente y recoger con cuidado un mechón rebelde de su cabello.

—Ya hemos llegado —dijo en voz baja.

Vanessa respiró hondo, intentando apaciguar el calor que aún le recorría el cuerpo. Asintió y esbozó una sonrisa contenida, consciente de que lo vivido quedaría suspendido entre ambos, como un secreto compartido.

Cameron descendió primero y luego le tendió la mano. Ella la aceptó, apoyándose en él al bajar del carruaje. Al tocar el suelo, el aire nocturno le rozó la piel y le devolvió la claridad, aunque la mirada que intercambiaron prometía que aquello no había terminado, solo había sido pospuesto.

—Vanessa… —musitó Cameron en cuanto la joven estuvo a punto de cruzar la puerta principal de su residencia. Ella se volteó y lo miró expectante—. Espera un poco más, solo un poco y prometo que valdrá la pena.

Ella, ruborizada hasta el cuello, asintió con la cabeza e ingresó como un torbellino a la mansión.

Alexander, después de haber tenido aquella horrible discusión con Vanessa, en la boda de Lancaster y Claire, había decidido marcharse por un tiempo con su padre, visitando sus propiedades en varios condados. Seis meses después regresaba para enterarse que, aunque lo de Essex no había funcionado para la joven que amaba, estaba nuevamente comprometida con otro caballero.

Aunque su cabeza le decía que la olvidara, que ella no sentía nada y que ya lo hirió bastante, su corazón se negaba a cerrar la puerta de esperanza que se había vuelto a abrir, cuando rompió con el ahora esposo de su querida amiga, miss Anabelle. Pero, nuevamente estaba comprometida, y otra vez no era con él.

Planeaba marcharse de nuevo, pero encontrarse con Anne —*la doncella de la joven y confidente de ambos*—, y que le comentara que sería obligada a casarse con un extranjero que se la llevaría lejos, lo hizo entrar en pánico, mas nunca imaginó que sería con el duque de Atholl, dueño y señor de todo Perthshire y de Blair Atholl. Lo más humillante de todo para sus sentimientos, fue que la notó realmente cómoda y a gusto con el caballero, y en ningún momento le pareció que estaba siendo forzada a aceptar su compañía. Sin embargo, no pudo evitar que todo su dolor y el resentimiento salieran a flote, y que su lengua de por sí se descontrolara de un modo insinuante, que sabía haría incomodar al nuevo pretendiente de la dueña de su amor.

Por eso, había decidido no dar a conocer su presencia en el baile de compromiso Richmond y, junto con su mejor amigo, Dew Frost, permaneció lejos de su círculo que precisamente departía con la pareja del momento.

—Ella parece feliz y se ven muy cercanos… —opinó Dew para que su amigo ya se olvidara de seguir abordando a su amor de infancia y posara sus ojos en otra dama—. Dicen que Lancaster arregló el compromiso por su amistad con milady, a quien aprecia en demasía, y debe hacerlo pues, emparejarla con alguien tan poderoso como ese hombre, no es algo que cualquiera haría, en vista a la situación financiera de su familia.

Alex recordó la vez que dio un paseo con Claire y que se los encontró juntos; a Vanessa y Lancaster, y comprendió que la relación de ellos iba más allá que una simple amistad. Quizás, siendo que la joven se parecía mucho a su difunta hermana, le tomó cierto aprecio y decidió ponerla bajo su protección.

Sí, debía ser eso, porque no podía tratarse de un interés romántico. El hombre estaba perdidamente enamorado de Claire, y si fuera de ese modo, su amiga no coservaría su amistad con Vanessa.

Ante el silencio prolongado de Alexander, Dew volvió a hablar.

—Sé que es reiterativo lo que te diré, Alex, pero creo que es hora de soltarla…

—Lo sé… —contestó frustrado—. Mi cerebro me lo repite a diario, Dew, pero mi corazón… —suspiró.

—Si tanto la quieres, déjala ser feliz con el hombre que ha escogido, ya no le reproches que no te corresponda porque, aunque no vuelva a concretarse su matrimonio con este nuevo pretendiente, siempre será otro caballero a quien ella prefiera; ya te lo ha dejado claro en varias oportunidades y te lo ha dicho. ¡¿Por qué insistes y te lastimas más?!

Aquella cruda verdad que le decía su amigo y que se negaba a aceptar, le rasgaba el pecho y apuñalaba su corazón. Pero tenía razón, aunque necesitaba cerrar aquel capítulo de su vida cara a cara con ella.

—Lo haré, pero necesito verla a solas una vez más… una última vez para cerrar este asunto —miró a Dew que entrecerró los ojos y negó por la tozudez de su amigo—. Ayúdame, Dew. Prometo que será la última vez que me humille por mis sentimientos.

Exasperado y consciente de que no cambiaría de opinión, a Dew no le quedó más remedio a aceptar.

—¿Qué necesitas que haga?



Mientras Vanessa era desvestida por Anne para irse a la cama, sintió los nervios de su doncella.

—¿Qué te ocurre, Anne? —increpó, temerosa de que la joven sirvienta a quien consideraba su amiga, hubiera cometido otra tontería más.

—Na… nada, milady —contestó titubeante y con la voz entrecortada.

—Anne… —se volteó para mirar a la muchacha que desprendía su vestido en la espalda—. ¿No me digas que…?

La doncella negó de inmediato con la cabeza.

—No, se lo juro, milady, esta vez no he hecho nada, pero…

—Pero ¿qué? —cuestionó—. ¡Habla!

Del bolsillo de su delantal extrajo un sobre y se lo entregó.

—El señor Frost ha venido hace unos momentos, a entregar esto para usted; dijo que era muy importante y que sería la última vez que la molestaría.

El corazón de Vanessa comenzó a latir frenéticamente por la angustia, porque ya sabía que se trataba de un recado de Alex. ¿Acaso nunca daría por concluido el asunto entre ellos? ¿Siempre la perseguiría con sus reclamos y reproches?

Se arrepentía infinitamente de aquella tonta promesa que se hicieron cuando ella tenía catorce y el diecisiete. ¡Eran niños! Y ella ya había asumido la culpa delante de él; le había aclarado que no sentía amor, que solo lo quería como un buen amigo. ¿Por qué seguía insistiendo?

De pronto, el terror la invadió. ¿Y si…?

¿Y si seguía importunándola y Cameron terminaba de pensar lo peor de ella?

No. No podía permitir que la insistencia y negativa de Alexander a aceptar que ellos no tenían futuro, terminara por arruinar su matrimonio con el duque. Y no porque fuera demasiado conveniente, porque ya se había hecho a la idea de que no tendría la vida cómoda que había pensado que tendría. Sino que, por primera vez en mucho tiempo se sentía apreciada, consentida y… aunque sonara ridículo, se sentía querida, pues ese hombre de aspecto salvaje que la salvó en la posada, que demostró ser posesivo y autoritario solo por celos, se había encargado en tan poco tiempo de devolverle la esperanza, las ganas de vivir y los deseos de ser feliz.

No podía dejar que nadie arruinara todo eso, y mucho menos que Cameron desconfiara de ella.

Sacó la carta del sobre y la leyó.

Era la letra de Alexander Merton y, en nombre de Dew, la estaba citando en Green Park, a primera hora de la mañana, con el pretexto de hablar y darle un cierre a aquella historia.

La advertencia era clara: *«Si no viene, no dude con que Alex cometerá una tontería que terminará por perjudicarla. Por favor, será la única vez que la importunaré con el asunto, y prometo ayudar a que mi buen amigo no la vuelva a abordar».*

Arrugó el papel en un puño y las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas, mientras un enorme nudo presionaba su pecho.

Tendría que ir y terminar de una vez por todas con ese asunto.



Cameron se había levantado de muy buen humor después del baile y esperaba ansioso al día siguiente que sería su boda con la hija de Craven. Y ese buen humor se acentuó cuando Rory le entregó una nota. Era la invitación de la joven en quien pensaba, a dar un paseo a caballo en Green Park.

—No pensé que las señoritas de la clase alta se despertaran tan temprano… —ironizó Rory, pero a Atholl no le importó—. ¿Irás solo?

—Envía una nota a Arthur; no deseo que nadie hablé mal de mi futura esposa por pasear a solas conmigo tan temprano.

—Arthur debe estar pegado a las sábanas de su esposa, viendo lo enamorado que está, y de todos modos, anoche fuiste solo con la muchacha al baile, y en el carruaje, por lo que noté… —bromeó Rory, arqueando una ceja.

—Lo dudo; estoy seguro que sus viejas costumbres de visitar las caballerizas antes de que salga el sol, no puede cambiar, y respondiendo a lo otro, no es tu asunto —le guiñó el ojo a su escolta y amigo.

—Está bien. Enviaré la nota ahora mismo y pediré que preparen tu caballo.

Atholl se alistó meticulosamente, escogiendo un traje de montar de color beige y unas botas marrones. Lucía arrebatador, y ni siquiera atinó de tomar el desayuno por la expectación de aquel paseo, que según la nota, sería una sorpresa para él.

—Me resulta extraño que la dama te hubiera citado, precisamente a cabalgar. Por lo que sé, milady no monta… o al menos eso oí. —No quiso mencionar que entre una de las conversaciones con Essex cuando frecuentaba a la dama, el susodicho se lo había mencionado.

—Bueno, quizás no sea de ese modo y además… —La voz de Atholl se interrumpió y detuvo abruptamente su montura.

Arthur lo imitó y observó el semblante pálido de su amigo. Entonces, dirigió la vista en dirección a la de él y supo el por qué

había reaccionado así.

Y es que la dama con quien debía encontrarse, estaba charlando a solas y muy íntimamente con el marqués de Lys.

—Atholl, no te precipites, tiene que haber una explicación razonable… —dijo Arthur, a quien le olía raro todo el asunto desde que Cameron le comentó que la dama lo había invitado a cabalgar.

—¿Una explicación razonable? —increpó duramente, tragando grueso y sintiendo unas ganas inmensas de matar a alguien. Sin embargo, no iba a desmoronarse por un asunto que siempre debió mantener a raya y tratarlo como una transacción meramente de conveniencia.

—La dama no monta, y sin embargo te envió esa nota… ¿no crees que podría tratarse de una trampa para que la veas en esa situación y te enfades? —insistió Arthur para que su amigo pensara con claridad y no se dejara ganar por la ira, aunque si él estuviese en su lugar, no sabía de qué sería capaz.

—Trampa o no, ella… —Cameron reprimió sus ganas de ir a reprocharle y pedirle cuentas. No se humillaría de aquella forma y le demostraría a la dama con quien, a pesar de todo se desposaría, que le afectaba y tenía poder sobre él—. Ella vino a reunirse con ese hombre, a pesar de que le exigí que no lo volviera a tratar… —resopló con fastidió y viró su montura—. Lo mejor es que me marche, antes de asesinar a ese par y hacer pública esta humillación — espoleó su montura y al galope se dirigió al portón principal.

Arthur se sentía furioso y desconcertado en partes iguales. Había puesto las manos al fuego por lady Vanessa Craven y esta, lo estaba decepcionando profundamente. Quiso ir a confrontarla, pero más importante en esos momentos era seguir a su amigo y que no cometiera una tontería. Sin embargo, el relincho de un Tormenta inquieto por sus ganas de moverse, alertó a la pareja y tanto lady Vanessa como el marqués de Lys, voltearon a mirar en su dirección.

Cuando sus ojos se encontraron con los suyos, él solo negó con la cabeza, volteó su montura y siguió a Cameron.

CAPÍTULO 16



Drew esperó pacientemente a lady Vanessa afuera de su residencia con un coche de alquiler. En cuanto la dama salió en compañía de su doncella, la ayudó a subir y se dirigieron a Green Park.

—Me alegra que haya podido venir, milady —dijo Dew, un tanto tenso.

—Después de la sutil amenaza que Alexander escribió en su nota, ¿cree que tenía otra alternativa? —lo increpó con fiereza.

—Lamento mucho las circunstancias, pero…

—Pero nada, señor Frost —arremetió con los ojos llorosos—. Sé que el marqués siente que le debo algo, pero créame cuando le digo que fui muy clara con él sobre aquella promesa que nos hicimos cuando éramos unos niños, y usted lo sabe perfectamente.

Dew recordó que antes de marcharse a Eton, en medio de un juego entre los tres, Alexander le pidió que lo esperara y prácticamente la obligó a prometer que se casaría con él. También sabía que la joven rechazó a muchos caballeros en su afán por no romper aquella promesa, y más cuando las cartas de Alex se hacían muy intensas. En verdad, sentía compasión por la joven que, por causa de los chantajes emocionales de su amigo que no lo hizo adrede, sino porque estaba muy enamorado y temía perderla, perdió su oportunidad de concretar matrimonios ventajosos. Ahora se

encontraba en la desesperada necesidad de casarse con quien la aceptara para salvar a su padre de la ruina.

No quería truncar aquella última posibilidad de su vieja amiga y se prometió a sí mismo hacer hasta lo imposible para que Alex ya la dejara en paz.

—Vane… —pronunció en tono de culpa, tal como lo hacía cuando eran unos críos y la hacían llorar—. Lo lamento, pero Alex prometió que solo quiere despedirse y cerrar vuestra historia de una buena manera. Prometo que, si la situación se complica, yo mismo intervendré y hablaré con el duque de Derby para que haga entrar en razón a su hijo. Solo despídete de él y sigue tu camino. Y si ese matrimonio con el escocés es lo mejor para ti, seré muy feliz por ti.

Vanessa suspiró y se secó las lágrimas.

—Pensé que ya no me considerabas tu amiga, que solo estabas del lado del marqués —sonrió con tristeza.

—¿Por qué pensarías tal cosa?

—Era normal que no quisieras relacionarte con una dama en ruinas…

—Jamás pensé eso de ti, solo traté de no estar en el medio, en todo este lío que Alex ha montado en su cabeza contigo. No logra dejarte ir… —expuso con lástima.

—Lo lamento por él, pero no puedo corresponder sus sentimientos ni aceptar sus intenciones. No podría casarme con él, después de todo lo ocurrido entre nosotros… —explicó con sinceridad.

—¿Por qué? —indagó él—. Antes te gustaba, se llevaban muy bien.

—Antes éramos niños, Dew, le hice daño y me siento fatal; pero además de verlo solo como a un amigo, no quiero que mi compromiso con el duque de Atholl se rompa… —Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿Por la deuda de tu padre? ¿Es por eso? Porque Alex podría…

—No, Dew —lo interrumpió ella—. En verdad, el caballero me agrada y mucho, y juro que jamás los perdonaré si lo arruinan…

Dew comprendió de inmediato que su amiga de la infancia estaba realmente interesada en el escocés y que Alex no tenía ninguna oportunidad con ella.

Esperaba que realmente recapacitara y que esa reunión fuese de verdad su despedida con la dama.

En cuanto llegaron, la ayudó a apearse y pidió al cochero que aguardara en la entrada por ellos, junto con Anne, pues estaba seguro que esa reunión no duraría más que unos minutos.

Caminaron hasta un viejo y enorme plátano de sombra, donde vio a su amigo aguardando por ellos. Cuando llegaron hasta él, Dew miró a Alex y luego a Vanessa.

—Los dejaré a solas por un cuarto de hora y volveré en ese tiempo para acompañarla, milady… —le habló a Vanessa que solo afirmó con la cabeza.

En cuanto se marchó, Alexander sonrió.

—Has venido… —dijo, intentando acercarse a ella y tratando de tomar su mano, pero la joven retrocedió un paso y aferró sus dedos al ridículo que llevaba consigo.

—Me has acorralado, ¿cómo no venir? —increpó mordaz la joven, sintiendo mucha impotencia—. ¿Qué quieres, Alex? ¿No te parece que toda esta situación es innecesaria?

—Si has venido es porque te importo aún —dijo él—. No puedo creer que me hayas olvidado, que olvidaras a tu mejor amigo…

—Vine porque Dew me amenazó, y no he olvidado a mi mejor amigo; más bien es ese amigo quien olvida que somos solo eso: amigos —suspiró cansada de seguir con todo ese asunto—. Creo que estas yendo demasiado lejos y es momento de parar.

—Solo quiero que me respondas unas preguntas: ¿nunca me has querido? ¿Nunca significué nada para ti? ¿Por qué no confiaste en mí cuando sucedió lo de tu padre? Preferiste que te ofrecieran al

mejor postor, ¿eso te parece justo para mí? —increpó otra vez, a pesar de que la dama se lo había dicho cruelmente en la boda de Claire.

—¡Éramos jóvenes, Alex! Y te esperé… —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Por dos temporadas te esperé, rechacé a muchos pretendientes por esa promesa, por sentirme culpable contigo cada vez que enviabas aquellas cartas llenas de reproches, llenas de advertencias sobre que morirías si posaba mis ojos en alguien más… —respiró hondo y se secó las lágrimas—. ¿Todavía te parece que nunca me has importado? ¿Crees que fue agradable para mi ser exhibida como una yegua de feria a los mejores postores?

—Me lo hubieras dicho, ¡yo habría hecho cualquier cosa por ti! —replicó él.

—Curiosamente, jamás preguntaste en tus cartas cómo me encontraba, cómo me sentía, solo escribías sobre ti, sobre lo mal que la pasabas lejos de mí, sobre lo triste y celoso que te ponían las novedades sobre mí en cada baile. ¡Nunca preguntaste por mí! —le recordó—. Y ahora, que apenas puedo recuperar un poco de la paz que perdí desde el día en que fui presentada, intentas arruinarlo todo de nuevo, siendo irracional, abordándome en la boda de Claire, queriendo dejarme en evidencia en el parque, cuando estaba acompañada por el caballero que será mi esposo. ¿Sabes que pudo haber malinterpretado las cosas y cancelado el compromiso? ¿Eso sí te parece justo para mí? Estás loco… —Negó con la cabeza y dio media vuelta para marcharse, pero Alexander la tomó del codo—. ¡Suéltame, Alex!

—¿Tanto te importa ese hombre? —increpó, soltándola—. Apenas lo conoces…

—Pues al parecer, el tiempo no importa cuando se trata de conocer bien a las personas, porque a ti te conozco desde niña y no termino de entender por qué sigues aferrándote a algo que nunca va a suceder, porque te juro, Alex que, si este compromiso no se concreta de nuevo, serás el último hombre en quien piense para casarme.

En ese instante, oyeron el relincho de un caballo y los dos voltearon la cabeza para ver a un jinete alejándose, y al duque de Lancaster contemplándolos furioso. En cuanto Vanessa lo miró, el caballero solo negó y siguió a la salida.

Entonces, ella comprendió que el otro hombre era Cameron y que todo ese encuentro de despedida, no se trataba más que de una trampa que le habían tendido.

Miró con desprecio a Alexander por haberle hecho semejante canallada, pero a él no le importó.

—Esperaré a que recapacites y aceptes que tu destino es a mi lado. Cuando rompan el compromiso, aguardaré tu aviso para pedir tu mano.

Vanessa le propinó una fuerte bofetada que volteó su rostro.

—Prefiero morir en la miseria que tener que casarme contigo.

Entonces, Dew regresó y miró interrogante a sus amigos. Alex estaba con la mejilla roja y la marca de una mano en ella, y Vanessa llorando desconsoladamente.

—¿Qué ocurrió? —indagó.

—¿Todavía lo preguntas? —Vanessa caminó hasta él y le dio otra bofetada—. Jamás esperé de ti semejante traición, y como dije en el carruaje, nunca perdonaré lo que acaban de hacerme.

—No estoy comprendiendo nada… —dijo Dew, confundido y con la mejilla ardiéndole.

—Ah ¿no? —increpó ella furiosa—. Me has traído aquí, y han citado a mi prometido para que me viera en esta situación comprometedora, cosa que acaba de ocurrir. Son unos miserables… y espero nunca más volver a saber de ustedes, porque les juro que no sé de qué sería capaz.

Dicho aquello, les dio la espalda y se dirigió a la salida del parque.

—¿Qué has hecho, Alex? —le cuestionó al marqués—. No me digas que me has mentido… que le has puesto una trampa al

duque…

—Solo utilicé una última carta para ver si aún tenía una posibilidad, pero acabo de comprender lo ciego y tonto que fui… —tragó grueso y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Ella no me quiere y nunca me querrá. ¿Qué estupidez acabo de hacer, Dew? —miró culpable a su amigo que solo resopló y negó con la cabeza.



Cameron ingresó hecho furia a su nueva casa y fue directo a su despacho, se sirvió un escocés y después de terminar de beber del vaso, lo estrelló contra la pared.

Su pecho subía y bajaba frenéticamente por la rabia y su garganta parecía estar obstruida por un enorme nudo. Se aflojó el fular y lanzó el pañuelo al suelo, también la chaqueta al sillón.

Arthur ingresó tras él al despacho y, con los puños cerrados esperó a que Atholl se calmara. Cuando el escocés se sentó en uno de los sillones con la botella de whisky en mano, se atrevió a hablar.

—Lo siento, Atholl… —fue lo único que pudo decir—. Comprenderé si no deseas seguir con el compromiso, y yo mismo me ocuparé de hablar con Craven…

—No es necesario —dijo Cameron—. Necesito de este enlace, o además de perder a… —guardó silencio—. Mañana me desposaré con esa joven y me marcharé con el acta de matrimonio; es lo único que necesito de esa mujer —bebió de la botella.

—No tienes que mentirme ni mentirte a ti mismo con relación a tus sentimientos. Sé cómo te sientes en estos momentos, amigo…

—Nunca debí olvidar mi deber, nunca debí involucrar mis sentimientos en este asunto, siempre renegué de la mala fortuna de mi hermana por enamorarse… —Negó con la cabeza—. No hay por

qué romper el compromiso, siempre y cuando la dama siga conservando su pureza. De lo contrario, prefiero perder mi herencia a mi orgullo.

Arthur lo miró con lástima, pues sabía que su amigo se había enamorado.

—Sigo pensando que todo fue muy raro, y que hay algo que no cuadra en todo el asunto, pero si sigues dispuesto a concretar la boda, le pediré a mi esposa que indague sobre la situación de la dama.

En ese instante, Rory entró y miró a Arthur y luego a Cameron, con el ceño fruncido.

Se inclinó y lo saludó.

—Buenos días, excelencia.

—Déjate de formalidades, Rory. No hace falta que te inclines —le dijo Arthur al escolta de Cameron.

—¿Qué ocurre, Rory? —preguntó Atholl, que no estaba de humor.

—Tu prometida solicita una entrevista urgente —avisó—. Creí que estabas dando un paseo con ella, ¿qué ocurrió?

Cameron y Arthur se miraron, pero ninguno dijo nada respecto a lo que sucedió.

—Dile que no estoy disponible, inventa cualquier excusa, pero despáchala —ordenó con una dureza que no daba lugar a réplicas.

—Como ordenes —contestó Rory, consternado, saliendo del estudio.

—Deberías enfrentarla y aclarar este asunto antes de casarte con la dama. Después de todo, será tu esposa —suspiró y luego preguntó—: ¿Puedo ver la nota que te envió la dama?

Cameron extrajo del chaleco el papel y se lo dio.

—Será mi esposa solo en papeles… —masculló con determinación—. Nos casaremos, vivirá aquí y yo en Blair Atholl,

pues ese estúpido testamento solo estipula que me case y es lo único que necesito de ella.

—Pero, amigo, no puedes pretender tener un matrimonio de esa forma… —dijo Arthur a quien le pareció extraña la misiva que leía. Además, sabía que Cameron hablaba desde el dolor—. No te cuesta nada conversar con ella y saber su versión de los hechos; además, ¿cómo pretendes criar a tus hijos, viviendo así? Porque hombres como nosotros debemos tener descendencia, asegurar nuestro linaje, el futuro de la familia, y aunque me digas que puedes engendrar hijos con cualquier otra mujer, sabes que serían considerados bastardos y solo sufrirían, además de que dividirías a tu familia. Ya vez lo que sucede con Garrad y Henry por culpa de Bristol… —pronunció pausadamente para que su amigo comprendiera la importancia de resolver su pleito con la dama. Se puso de pie para marcharse y dejarlo a solas para reflexionar, pero antes de despedirse, dejó sobre el escritorio la nota—. Asumo que entonces, nos veremos mañana en Craven House.

—Hum… —murmuró el escocés.

—Bien. Si cambias de opinión, no dudes en hacérmelo saber; ya que he sido yo quien te ha comprometido en esta situación, me sentiré aliviado si dejas en mis manos lo de romper el compromiso…

—Lo pensaré —fue lo único que pudo decir.

Arthur afirmó con la cabeza y se marchó. Entonces, Cameron se tomó el rostro con las manos y, por primera vez en su vida, no supo qué hacer.



—Lo lamento, milady, pero el duque no puede recibirla —dijo con rotundidad el gigante pelirrojo que, al parecer, era el ayudante personal de Cameron.

—Le ruego me deje pasar, señor, es un asunto de suma urgencia… —insistió Vanessa, hecha un manojo de nervios, y al borde de la histeria. Había prácticamente corrido hasta el carruaje para ordenarle de prisa al cochero que la llevara a casa de Cameron. Sin embargo, al parecer, él no estaba dispuesto a recibirla.

El hombre suavizó su semblante y la contempló con pena, preguntándose qué habría sucedido para que Atholl no quisiera verla, después de lo entusiasmado que estaba por el paseo.

—Mi señora, lo lamento, pero él no desea verla —mencionó cruelmente y el semblante de la dama palideció—. Desconozco las razones de la situación, pero conozco al duque desde que era un niño y lo mejor que puede hacer en estos momentos, es no provocarlo. Por favor, no me ponga en una situación difícil; no quiero ser grosero con usted.

Tras escuchar aquellas palabras, un enorme mundo le impidió seguir hablando. Solo afirmó con la cabeza, giró sobre sus pies y prácticamente bajó corriendo la escalinata que antecedía a la puerta principal de la mansión. En cuanto llegó al coche de alquiler donde la esperaba Anne, subió y ordenó al cochero que la llevara de inmediato a la residencia de los duques de Lancaster que no quedaba lejos.

—Milady, lo siento tanto… —dijo la doncella, sintiéndose culpable por toda la situación.

—Que lo sientas no resolverá nada, Anne, y lo mejor que puedes hacer ahora es callarte, antes de que pierda la paciencia y me arrepienta de haberte perdonado. —La sirvienta se mordió la lengua y para su suerte, el coche se detuvo—. Espera aquí, ya regreso —ordenó, tragando grueso para evitar llorar.

En cuanto se anunció, el mayordomo le indicó que aguardara en el salón principal. Sin embargo, después de ir a por la duquesa, la guio hasta el solárium donde la dama tomaba el desayuno, rodeada de preciosas flores de temporada.

—Buenos días, excelencia… —mencionó con la última fuerza de voluntad que le quedaba para no desmoronarse—. Perdón por aparecerme de improviso, pero necesito conversar con usted de algo bastante grave… a solas.

Claire despachó al mayordomo y la invitó a tomar asiento.

Le sirvió té, mientras estudiaba con cautela su semblante.

—Bien, querida. ¿Qué te ocurre? No traes buena cara… —La duquesa arrugó el ceño y entonces, Vanessa rompió a llorar.

Claire se sorprendió y tomó su mano, intentando calmarla para que hablara sobre el asunto tan grave que la tenía de aquella forma.

—¡Oh, Claire! —Vanessa tomó la servilleta dispuesta en la mesa de desayuno y se secó las mejillas suavemente—. Creo que la vida me está castigando muy duro, jamás podré ser feliz… ¿por qué? —preguntó, preocupando cada vez más a su amiga.

—Debes calmarte; bebe un poco de té, querida, anda… —la apremió con paciencia. La joven bebió un par de sorbos y respiró hondo—. Ahora dime: ¿Qué ha ocurrido para que vengas a verme tan temprano y en este estado?

Vanessa extrajo de su ridículo la nota que Dew le había enviado y Claire lo leyó.

A medida que sus ojos recorrían las líneas, más se sorprendía por la audacia a Dew, motivado por Alex, naturalmente. De eso no tenía dudas.

—No puedo creer que te amenazó para que fueras a reunirte con él… —opinó la duquesa, doblando la nota para sí—. Y has ido, por supuesto, pero…

—Pero no solo me citaron a mí en Green Park, sino también al duque de Atholl, quien nos ha visto y ha malinterpretado las cosas. ¿Ahora comprendes por qué estoy tan alterada? —volvió a echarse a llorar y la duquesa sólo se dedicó a consolarla por un largo rato, hasta que ya no le quedaba lágrimas que derramar. Cuando se serenó un poco más, su rostro estaba empapado y sus ojos

inflamados—. Lamento mucho por importunarte con mis problemas. Quizás, todo sea un castigo por cómo me comporté con los condes de Essex. Sin embargo, nunca en mi vida lamenté ni lamentaré tanto una situación desafortunada; te juro que me duele, y no precisamente por la situación de mi padre, sino porque él de verdad me importa, Claire; más de lo que cualquier otro caballero pudo importarme jamás.

La duquesa sintió tanta pena por ella. Claramente, Vanessa se había enamorado y estaba pagando con lágrimas haber caído en la misma trampa que ella le había puesto a Thomas y Anabelle. Sin embargo, no tenía idea de cómo podía ayudarla pues, sabía mejor que nadie que, cuando uno estaba con el corazón roto y sentía que lo habían traicionado, no existían palabras que pudieran ayudar a comprender o perdonar algunas situaciones.

Un hombre de la talla de Cameron Murray, orgulloso y arrogante, seguramente no entendería de motivos en aquel momento. Lo mejor que podía hacer su amiga era esperar, pero lo complicado del asunto era que mañana se casaban en una ceremonia íntima en Craven House, y estaba segura que el amigo de esposo, si no rompía el compromiso, le haría la vida miserable a la joven que sollozaba frente a ella.

CAPÍTULO 17



Cuando Claire despidió a Vanessa unas horas después, se sentía de muy mal humor por todo lo que debía pasar la joven. Además, su esposo había puesto las manos al fuego por ella y su familia al recomendarle a su amigo un matrimonio con ella, y estaba segura que se sentiría responsable pro toda la situación.

Caminó pensativa hacia las escaleras, buscando alguna manera de poder ayudar a la pareja que, evidentemente, estaba enamorada. Sin embargo, no sabía qué hacer.

—¿Estoy en lo cierto al decir que estas pensando en cómo intervenir en ese asunto? —Su esposo interrumpió sus pensamientos y ella gritó por el susto.

—¡Por Dios, Arthur! Casi me matas del espanto. —El duque se acercó, la rodeó y le propinó un suave beso en los labios—. ¿Acabas de regresar?

—Regresé hace un par de horas, pero no quise interrumpir tu pequeña reunión —pellizcó la nariz de su mujer que arrugó el ceño.

—Entonces, ¿oíste toda nuestra conversación?

Arthur afirmó con la cabeza.

—Sí, y estaba con Cameron en el parque cuando todo ocurrió… —besó la frente de Claire y la abrazó por los hombros—. Está de muy mal humor, lo mejor era dejarlo solo.

—¿Crees que se le pasará para mañana? —indagó la duquesa, preocupada por la boda.

—Si lo que te preocupa es que no se presente a su propia ceremonia, descuida; necesita de ese matrimonio…

—Pero… —suspiró—. No es correcto que se casen en medio de este malentendido. Ambos sufrirán mucho, lo sé por experiencia propia… —insistió y Arthur se tensó.

—Bueno, no podemos hacer nada; Atholl cumplirá con el trato y de momento es lo único que debe importar.

—Ella no hizo nada para traicionar a Cameron… —susurró contra su pecho—. Fue una trampa de Alexander con ayuda de Dew Foster.

Arthur sonrió.

—Lo sé, cielo, pero en estos momentos Atholl no escuchará a nadie. Está muy dolido.

Claire se quedó en silencio por unos momentos y recordó que no había devuelto la nota que le había enseñado Vanessa.

—Cariño, de casualidad, ¿sabes si Cameron ha recibido una una nota con esta caligrafía? —del bolsillo de su estola extrajo el papel y se lo enseñó.

Arthur lo tomó, lo desdobló y entonces todo encajó. Era la caligrafía de un hombre; por eso, en casa de Cameron le pareció extraña aquella misiva: por la letra.

—¿Sabes quién la escribió? —indagó, aunque la firma decía D. F.

—Es la letra de Alex, y por lo que mencionó Vanessa, estoy segura que también le ha escrito al duque, en su nombre, para citarlo y que los viera juntos… —Ella negó con la cabeza y resopló—. Desconozco a Alex, no puedo creer que fuera capaz de algo así…

Arthur volvió a sonreír.

—Un hombre enamorado es capaz de cualquier locura; no justifico lo que ha hecho el marqués, porque está arruinando la vida de dos personas que tendrán que compartir el techo y la cama bajo la duda que sembró adrede. Sin embargo, espero que recapacite y arregle lo que ha malogrado…

—¿Qué te hace pensar que él mismo aclarará un malentendido que urdió meticulosamente? —preguntó Claire, desconcertada.

—El amor que siente por la joven —explicó el duque—. Si en verdad la ama, en algún momento hará lo correcto por la felicidad de la dama.

—Sin embargo —intervino Claire—, mientras recupere un poco del sentido común que evidentemente perdió, esos dos pueden sufrir hasta odiarse mutuamente, y, teniendo esto —tomó de nuevo la nota de las manos de su marido— no puedo quedarme sin hacer nada.

—No es bueno entrometerse, Claire.

—O se lo llevas tú a Cameron, o se lo llevo yo. Escoge, querido.

Arthur resopló y tomó el papel.

—¿Qué te parece si lo hacemos juntos? —propuso—. Creo que será lo más prudente, pero primero almorzaremos —determinó, tocando el vientre de su esposa—. No quiero que mi pequeña sufra por no comer a horas.

—¿Sigues con la idea de que será niña?

—Por supuesto; una preciosa y tozuda niña como su madre.

Clare afirmó y, entusiasmada con resolver los problemas de corazón de sus amigos, se dejó guiar hasta el comedor.

—El almuerzo está servido, su gracia —anunció una de las doncellas, después de tocar la puerta del despacho y que Cameron le indicara que podía pasar.

—No almorzaré, retiren todo de la mesa… y excúsenme de cualquier visita. No quiero ver a nadie —dijo tajante.

—Como ordene, excelencia.

La muchacha se retiró, y con su ello volvió el silencio; un silencio espeso que lo obligaba a enfrentarse a unos pensamientos que lo hacían prisionero de una maraña de emociones que no lograba ordenar: la decepción que le oprimía el pecho, la ira contenida que le quemaba la sangre y, por encima de todo, un dolor sordo, casi humillante, por haber confiado tan ciegamente.

Se masajeó las sienes y cerró los ojos, queriendo olvidar que le importaba, pero no podía.

Lo que sucedió en sus aposentos y en el carruaje, entonces, ¿había sido todo una mentira?

La sola idea de pensar que ella fingió que le agradaban sus atenciones, le resultaba insoportable.

Recordó la reacción de su cuerpo cada vez que él la había acorralado, besado y acariciado; cada mirada, cada gesto, cada respuesta no podían ser una simple mentira. No se podía fingir hasta ese punto, aunque quizás, por la desesperación de su situación, tuvo que emular todo aquello.

Sin embargo, recordarla casi desfallecida entre sus brazos, suplicando tácitamente que la hiciera suya, hizo que la duda se deslizara como un veneno lento en sus venas, corroyendo los recuerdos de sus labios respondiéndole con ardor.

Resopló con fastidio y se sacudió la melena rubia. Se sentía timado. No solo por ella, sino por su propio corazón que, sin que él mismo se diera cuenta, se había entregado sin reservas.

¿Y si Arthur tenía razón?

¿Y si tanto él como la dama habían sido presas de una trampa?

La pregunta lo golpeó con una crudeza inesperada. Tal vez, había señales que se negó a ver por anteponer a su orgullo y no aceptar la realidad de que la quería. Sin embargo, una parte de él —*pequeña, obstinada, casi ridícula*— se aferraba a la esperanza de que todo no fuera más que un malentendido cruel.

Aquella mínima posibilidad abrió una grieta en su determinación, como una luz débil pero persistente que le insistía en investigar mejor el asunto, ya que, mientras existiera esa mínima duda, él no sería capaz de condenarla por completo, ni de arrancarla de su pecho para montar el tipo de matrimonio que le había hecho creer a Arthur: un matrimonio conveniente y solo de papel.

Su cavilación fue interrumpida por unos gritos provenientes del pasillo que conducían al estudio y, posteriormente, unos golpes firmes en la puerta.

Cameron frunció el ceño, irritado.

—¿Qué demonios sucede? ¿No he dicho que no deseo ver a nadie? —gruñó, sin molestarse en alzar la voz.

—¡Soy yo, excelencia! —respondió una voz del otro lado—. ¡Alexander Merton!

El nombre le cayó como una losa.

Cameron se incorporó lentamente, con los músculos tensos, y durante unos segundos consideró ordenar que lo echaran. Sin embargo, algo en el tono de su voz, lo hizo dudar.

—¡Pase! —dijo al fin, con frialdad.

Alexander entró y cerró la puerta tras de sí. No llevaba la sonrisa arrogante que demostró en el parque; por el contrario. Parecía cansado y culpable.

Caminó unos pasos, pero se detuvo al ver la expresión endurecida del duque.

—No estoy aquí para discutir —empezó—. Vengo a decirle la verdad, acerca de lo que vio en Green Park.

Cameron cruzó los brazos sobre el pecho.

—No me diga…

Alexander asintió lentamente.

—Seguramente, soy a última persona que esperaba ver, que deseaba ver… —Inspiró hondo—. Pero mi conciencia no me permitiría estar en paz si no venía aquí, a explicarle lo que ocurrió y que fui yo quien escribió las notas. A usted… y a lady Vanessa.

El corazón de Cameron dio un vuelco, aunque su rostro no lo delató.

—¿Con qué propósito? —preguntó, con cada palabra fría como el hielo.

—Con el más egoísta de todos —confesó Alexander—. Quería que me viera con ella. Quería que pensara que, aunque había aceptado su propuesta de matrimonio, deseaba estar conmigo, y que ese compromiso no le importaba en absoluto. Pensé que, si usted la dejaba, ella no tendría más remedio que aceptarme… —Cameron apretó los puños, pero no dijo nada—. Involucré a un amigo en común que no sabía de mis intenciones. —Negó con la cabeza—. Estaba desesperado, enamorado de una mujer que, al parecer, nunca me miró como yo deseaba—. Creí —continuó Alexander, con la voz más baja— que, si lo apartaba de nuestros caminos, ella podría volver a verme como cuando éramos unos niños, pero estaba equivocado.

—No entiendo qué gana con decirme todo esto —murmuró Cameron con amargura—. Porque, aunque el corazón de la dama fuera suyo, lamento informarle que nuestra boda no será cancelada.

Alexander negó con la cabeza de inmediato.

—No, excelencia. Ahí es donde me equivoqué de verdad. —Alzó la vista y lo miró de frente—. A milady, usted le importa más de lo que nunca pude haberle importado yo…

Sonrió con amargura y Cameron sintió que algo se quebraba en su interior.

—Jamás me dio una esperanza —continuó Alexander—. Fue culpa mía por no aceptar que no me quería —admitió—. Y lo lamento más de lo que puedo expresar. No espero vuestro perdón, pero no podía permitir que el futuro de la mujer que amo, se arruinara por mi causa…

Cameron cerró los ojos por un instante; después, lo miró de nuevo con una mezcla de rabia y urgencia.

—Lárguese de mi casa —ordenó él, sin embargo—. Antes de que olvide que alguna vez ella lo consideró como un buen amigo.

Alexander inclinó la cabeza, dio media vuelta y caminó hasta la salida, pero antes de marcharse, dijo:

—Por favor, no permita que un error mío sea pagado por ella y no desperdicie el amor que tiene frente a usted, porque no todos tenemos esa oportunidad.

Cuando la puerta se cerró tras él, Cameron se quedó solo, respirando con dificultad, como si el aire pesara más dentro de su pecho. Por primera vez desde que supo de la existencia del marqués, la duda —*esa sombra constante que lo había acompañado* — cedió terreno a algo distinto, algo peligroso y luminoso a la vez: la esperanza. Una esperanza tímida, casi temerosa, pero suficiente para hacerle creer que quizás, no todo estaba perdido.



En el vestíbulo, Arthur y Claire se cruzaron con el marqués que, tras una leve inclinación de cabeza, salió como alma que lleva el diablo de la mansión.

Los duques se miraron, preocupados por lo que Alexander pudiera haberle ido a decir a Cameron y se apresuraron en seguir hacia la misma dirección por donde el cuñado de Charles había aparecido, sin siquiera anunciarse.

Arthur golpeó la puerta y oyó vociferar con exasperación a su amigo.

—*¡Maldita sea! ¡¿Acaso no piensan dejarme en paz?!*

—Te dije que no era buena idea molestarlo, cielo —murmuró Arthur, mientras tomaba el pomo de la puerta y la abría—. Soy yo, Cam, y vengo en son de paz…

El duque de Lancaster ingresó cómicamente, levantando ambas manos, seguido por su esposa que respiró aliviada al no ver ningún vestigio de alguna pelea.

Cameron se volvió hacia ellos con el semblante sombrío, el cabello revuelto y el chaleco desabrochado, como si llevara horas caminando de un lado a otro.

Arthur cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella.

—Acabamos de cruzarnos con Alexander —empezó—. Por la cara que llevaba, diría que ya te ha confesado parte de lo que hizo.

Cameron soltó una risa sin humor y caminó hasta el escritorio, apoyando ambas manos sobre la madera.

—El marqués tuvo el valor, o la cobardía, de confesarlo todo. Fue él quien escribió las notas y calculó premeditadamente que los viera juntos.

Claire se llevó una mano al pecho, aliviada de que su esposo hubiera acertado y que Alex entrara en razón.

—Entonces, ya sabes que Vanessa no te traicionó.

—Lo sé —respondió con aspereza—. Y eso es lo que más me atormenta.

Arthur se acercó despacio.

—Hemos venido a confirmarlo con pruebas —dijo, sacando del bolsillo la nota que recibió Vanessa—. La caligrafía es idéntica a la que has recibido, y la letra no es de una mujer.

Cameron apenas la miró.

—No hace falta más pruebas —murmuró.

—Cameron, esa joven se ha enamorado, y lo sé porque la vi destrozada, tratando de entender por qué le ocurrió todo esto, culpándose por errores pasados y asumiendo que perder la oportunidad de estar a tu lado, era su castigo…

Él cerró los ojos un instante.

—Y yo dudé de ella —admitió—. La juzgué sin escucharla y permití que el orgullo diera por sentadas las cosas.

—Entonces, ¿sabes lo que debes hacer? —preguntó Arthur.

Cameron asintió lentamente.

—No pienso perder la oportunidad de tener un matrimonio como el vuestro, por una mentira. Sin embargo, creo que lo mejor es dejar que las cosas se calmen por hoy y mañana, antes de la ceremonia, dejar en claro todo el asunto...

Claire estaba ansiosa porque sus amigos ya hicieran las pases, no deseaba esperar hasta el día de la boda pues, conocía de primera mano el sufrimiento por una decepción similar y en un día tan importante. Si era por ella, tomaría a Cameron del brazo y lo arrastraría hasta Craven House, pero inspiró hondo y no dijo nada, pues su esposo se lo advirtió con la mirada.

—Bueno, ya que el asunto se ha aclarado, entonces nos marchamos y te dejamos descansar. —Arthur apremió a Claire para regresar a Lancaster House—. Nos veremos mañana, en Craven House o, si te apetece, puedes venir a casa a cenar con nosotros.

Cameron solo afirmó.

—Lo pensaré.

Entonces, sus amigos se marcharon y él volvió a quedarse solo, pero esta vez, intentando idear un ingenioso plan para consolidar definitivamente su relación con Vanessa.

CAPÍTULO 18



—Me volverás loca, Vane. ¿Qué ha ocurrido exactamente para que te encuentres en este estado? —preguntó muy preocupada Flora, mientras observaba a su prima llorar desconsoladamente en la cama, después de regresar de afuera—. Deberías estar feliz, mañana te desposarás con un duque y sin embargo, te estas comportando como si ese hecho fuera ¡la peor catástrofe de tu vida!

—¡Déjame en paz, Flora! ¿No ves que no me siento bien? —Vanessa se acurrucó más entre las almohadas empapadas.

—Pues por esa misma razón, ¡no te dejaré en paz hasta que me cuentes lo que te sucede! ¿O no confías en mí? —inquirió con la voz furiosa porque su prima se dejara llevar por la tristeza de aquella manera.

Además de arruinar su rostro para mañana, la estaba preocupando en demasía con la incertidumbre.

Las palabras de Flora parecieron surtir efecto en ella y se incorporó en la cama, solo para abrazarla y seguir llorando en su hombro. La jovencita esperó pacientemente a que se terminara de desahogar y cuando el llanto mermó, volvió a preguntar:

—¿Qué ocurre, Vane? Estoy muy preocupada; las criadas están histéricas por los preparativos para mañana y tú… —la apartó y la miró a los ojos—. Acaso, ¿no quieres casarte?

Vanessa asintió con la cabeza, y luego negó, y volvió a llorar.

—Si no me dices qué está pasando, no tendré más remedio que decirle al tío Gilbert. ¿quieres eso? ¿Prefieres que tu padre se entere y se preocupe, a contarme lo que te sucede y ayudarte a resolverlo?

Vanessa negó y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lo que sucede, Flora, es que quizás… —inspiró hondo y un enorme nudo se formó en su garganta—. Tal vez, el duque sea quien ya no desee desposarse conmigo. ¿Ahora entiendes por qué me encuentro en este estado?

Flora no daba crédito a las palabras de su prima, pues le resultaba improbable, por no decir imposible que el duque de Atholl se retractara de aquel compromiso. Ese hombre estaba obsesionado con Vanessa desde la posada, y podía poner sus manos al fuego para afirmar que se había enamorado de ella a primera vista.

—Me resulta imposible que el duque no quieras casarse contigo… ¿cómo fue que llegaste esa tonta conclusión? —increpó, viéndola como si se hubiera vuelto loca.

Vanessa le relató todo desde el principio, hasta el momento en que fue despachada sin piedad de la casa que supuestamente había comprado para ella. Recordar las palabras del amigo pelirrojo de Cameron, volvieron a rasgar su pecho y cada vez dolía más.

—¡Canallas! —vociferó la jovencita, hecha furia—. Que no deseara verte, era lo más lógico, Vane. Piensa que quizás hubiera sido peor un enfrentamiento en esas circunstancias. ¿No lo crees?

—Lo entiendo, pero me ha condenado sin darme la posibilidad de explicarle… —respiró hondo y volvió a llorar—. Estoy segura que, después de todo lo que ocurrió hoy, Cameron ya no desea convertirme en su esposa. No creo que se presente mañana…

Flora la volvió a abrazar.

—El duque no es ningún tonto, y está loquito por ti, estoy segura que vendrá —le palmeó la espalda y volvió a apartarla para escrutarla severamente—. Estás hecha un desastre, querida, y no

puedes seguir de este modo si deseas lucir radiante en tu boda. Ya deja de llorar, por favor.

—¡No puedo, Flora! —Negó—. No cuando él ni siquiera puede escuchar mi versión d ellos hechos; no mientras esté con la duda sembrada como un puñal incrustado en el centro de mi corazón, de si vendrá o no mañana, de si todavía desea que formemos una familia… ¿No puedes entenderlo? —increpó con rabia y dolor.

—Bien —determinó Flora, poniéndose de pie—. Si prometes que te echarás una siesta y tratarás de serenarte, te prometo que verás a tu duque y hablarás con él.

—¿Qué loca idea se ha ocurrido? —inquirió Vanessa, abrumada con todo.

—¿Quieres o no quieres conversar con su excelencia y resolver el malentendido? —Vanessa afirmó—. Bien. Entonces duerme y cuando despiertes, te diré lo que haremos.

Flora tocó el llamador y de inmediato apareció Anne, a quien Flora detestaba desde la tontería que cometió. La doncella tampoco se veía mejor, por lo que dedujo que su prima ya la había sermoneado.

—Trae una tisana que ayude a dormir a tu señora —le ordenó —. También prepara compresas… otra vez.

—Como ordene, milady. —Anne salió disparada, dispuesta a ir a cumplir con el encargo.

—Deberías haber prescindido de sus servicios… —volvió a repetir Flora—. Bueno, al menos se ve tan devastada como tú. Me doy satisfecha con ello.

Flora regresó con el té y las compresas, ayudó a Vanessa a colocarlos bajo los ojos después de beber la infusión. Cuando quiso retirarse, Flora le ordenó que se quedara y, cuando su prima se quedó profundamente dormida, miró con la ceja arqueada a la doncella.

—Espero por tu bien que no hayas tenido que ver con el estado emocional de mi prima.

—Le juro, milady que no he tenido nada que ver, y también que siento mucha tristeza por mi señora; ella… ella no puede nunca ser feliz. —Anne sollozó—. Ha sufrido demasiado, y por ese motivo me tomé atribuciones que no me correspondían, solo en mi afán de ayudarla. Pero le doy mi palabra que no tuve nada que ver en este asunto.

—Haré que te creo esta vez, Anne, pero no vuelvas a actuar a espaldas de mi prima, o te arrepentirás —la doncella afirmó con la cabeza—. Está devastada, y necesito que prepares el vestido más provocador que tenga en el armario.

—Sí, milady. Haré lo que pide…

—Bien. Retírate, más tarde te daré nuevas instrucciones.

Anne asintió y dejó sola a Flora, que miró con pena a su prima desde cierta distancia.

—Espero que esto del amor, jamás me ocurra a mí… —masculló, mientras se persignaba como si enamorarse fuera una desgracia.



—¿Estás segura de que funcionará? —preguntó Vanessa, como si Flora fuera la experta y ella la debutante.

—¡Por supuesto! Solo mírate… —la jovencita la escrutó emocionada, volteando a Vanessa para que se viera en el espejo—. ¿Quién en su sano juicio podría resistirse a tus encantos, querida prima?

Vanessa se miró al espejo y tragó grueso. Sus senos estaban al borde de saltar del corpiño diminuto que los comprimía en exceso.

—No sé si sea buena idea —musitó, recordando lo terriblemente abochornada que se sintió cuando se presentó a medianoche en casa de lord Essex, ofreciendo su cuerpo a cambio de que no dejara de apoyar a su padre, y ella misma salvarse de las torturas de quien creía era su madre.

¿Y si Cameron también la rechazaba? ¿Y si otra vez hacía el ridículo y la humillaba?

Al menos, cuando se presentó de aquella forma delante del conde, sintió un gran alivio ante el rechazo del caballero, pero si Cameron hacía lo mismo, estaba segura que jamás se recuperaría se semejante desprecio.

—Ay, Vane. ¿Deseas o no recuperar a tu escocés? —Flora la devolvió a la realidad.

Ya había hecho tantas tonterías por personas que no significaban tanto como lo hacía Cameron, y hacerlo por él y fracasar, al menos valdría la pena.

—Es lo que más anhelo, Flora… —suspiró con tristeza.

—Entonces, apresúrate. Ponte la capa y vamos a por tu salvaje duque —palmeó las manos cómo una pequeña traviesa y Vanessa, no pudo más que seguirla con la esperanza de que esta vez, no fuera rechaza por el hombre que le gustaba.

Media hora después, estaban frente a la nueva residencia del duque. Vanessa se puso la capucha y se envolvió con la capa antes de bajar del carruaje.

—Si en una hora no regreso, solo vuelve a la casa. ¿Has oído? —la instruyó Vanessa.

—Pero, ¿qué pasará contigo? —increpó preocupada, para luego abrir grande sus ojos y comprender la situación—. Está bien. Te deseo mucha suerte, y enseña muy bien ese escote, Vane. —Flora sonrió y Anne, tuvo que taparse la boca para evitar hacerlo también y que Flora la reprendiera. No la soportaba desde todo el incidente con el marqués.

Vanessa respiró hondo y subió la escalinata de mármol. Después de golpear la aldaba tres veces, espero impaciente hasta que el amigo pelirrojo de Cameron, abrió la puerta.

—Mi señora… —dijo sorprendido Rory. Esa misma tarde Cameron le había comentado los pormenores del malentendido en el que injustamente incriminaron a su prometida—. Pase, ¿ha venido sola?

Ella ingresó al vestíbulo.

—Necesito ver a su excelencia… —dijo suplicante—. Sé que no quiere verme, pero le suplico, caballero, no me impida la oportunidad de hablar con el duque. Es muy importante para mí.

Que prácticamente le estuviera rogando, hablaba de lo importante de Cameron era para ella. Más allá de la conveniencia, ese par eran el uno para el otro.

—Su excelencia duerme, no le agrada ser despertado en medio de la noche. Temo que me castigue… —mintió Rory, con una idea en mente para que ese par se terminaran de entender, consumaran su amor y se casaran de una vez por todas. Necesitaban regresar a Blair Atholl.

—Pero… —Vanessa quería protestar.

—Pero, si no le teme a sus reprimendas, puede usted misma despertarlo; yo no me atrevo por miedo a recibir un castigo, milady. El duque puede ser… —la miró dando lástima, y Vanessa asintió.

—Entiendo que no desea poner en riesgo su trabajo —pensó por unos segundos y suspiró, armándose de valor para irrumpir en la alcoba de Cameron. Después de todo, ¿no había ido a eso?—. Yo misma despertaré a su excelencia, prometo no quitarle mucho tiempo ni involucrarlo a usted en la situación. Asumiré toda la responsabilidad.

—Permítame acompañarla, milady.

Vanessa conocía el camino de la habitación, pero se dejó guiar por el enorme hombre que siempre acompañaba a Cameron. En

cuanto se abrió la puerta, ella miró al escocés que le infundió valor con la mirada y una sonrisa. Entonces entró despacio, cuidando sus pasos, pero de inmediato oyó el sonido del cerrojo.

Fue a probar la puerta, comprobando que ese astuto escolta, la había encerrado.

Respiró hondo y miró el cuerpo tendido de unos dos metros en el centro de la enorme cama con dosel. El cuarto estaba en penumbras, pero con las cortinas corridas, el reflejo de la luna que se filtraba por la ventana, la dejaba vislumbrar a la perfección el majestuoso cuerpo con el torso desnudo y la sábana cubriéndolo de la mitad para abajo.

Se bajó la capucha y caminó hasta el lecho con sigilo, cuidando no hacer mucho ruido para no despertarlo. Por instinto, alargó la mano hasta su rostro tranquilo. Así, dormido, no parecía tan tirano ni gruñón.

Apartó un mechón de pelo de su frente y quiso acariciarle la mejilla, pero se arrepintió. No quería perturbar su sueño, mejor era esperar a que se despertara por su cuenta. Sin embargo, cuando quiso voltearse para ir a tomar asiento al chaise donde él casi la hizo suya, un agarre en la muñeca la detuvo y un fuerte tirón la hizo caer sobre el fornido cuerpo que descansaba en la cama.

—¡Oh, por Dios! —exclamó ante el susto, pero su cuerpo ya estaba pegado al de Cameron.

En la habitación, con la tenue iluminación de la noche, sus miradas se encontraron y sus respiraciones se entrelazaron.

Vanessa intentó ponerse de pie y apartarse para no incomodarlo, mas Cameron se lo impidió.

—Yo… —Vanessa quería explicar qué estaba haciendo allí, ante la mirada incrédula del escocés—. Necesito explicar…

Sin embargo, sus palabras quedaron a medias porque Cameron la abordó sin piedad, tomando su boca con la suya.

La besó con vehemencia, sin importarle nada más en ese momento. Y aunque la joven permaneció quieta por la impresión, después de unos momentos le respondió ansiosamente.

Sin poder evitarlo, los ojos de Vanessa se llenaron de lágrimas. Apartó la cabeza hacia la ventana para que él no las notara; se sentía triste porque pensó que al lado de Cameron al fin había encontrado su lugar, el amor que tantas veces la vida le había negado. Había saboreado el paraíso con sus atenciones, con sus palabras atrevidas, con sus maneras y la forma en que le demostraba cuando la ansiaba. Sin embargo, un malentendido le estaba arrebatando todo y recordó a qué había ido…

—¿Qué ocurre? —preguntó Cameron, frustrado por no poder seguir besándola.

Se había sorprendido gratamente cuando sintió que la puerta se abrió y que, quien entró, fue ella. su corazón había saltado de emoción, porque si ella lo había ido a buscar, era porque le importaba. Además, no había hecho nada malo, fue una víctima más, igual que él.

Vanessa se incorporó y Cameron la imitó, poniéndose de pie delante de ella, a un lado de la cama.

—Yo… —murmuró ella, tragando grueso sin poder hablar.

Cameron colocó sus dedos sobre sus labios y la calló.

—No quiero hablar… —murmuró con voz ronca—. No ahora.

CAPÍTULO 19



Cameron llevó sus dedos al cordón de la capa y lo desató, deslizándolo por los hombros de su hermosa mujer hasta que cayó al suelo.

—¡Mierda! —gruñó el escocés, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

Parpadeó, volvió a mirar y luego se recobró poco a poco de la impresión.

Procuró no perder la cordura con de la beldad vestida de seda color marfil que permanecía inmutable frente a él. ¿De dónde demonios había sacado ese vestido? La prenda de un color que casi se fundía con su piel, tenía un corpiño tan diminuto que era casi inexistente, con una túnica de muselina tan fina que era completamente transparente. Una sola hilera de diminutos botones de perla sujetaba por delante todo el vestido.

Cameron nunca se había alegrado tanto de que lo asaltaran desprevenido en sus aposentos, como esa noche.

—Cameron, por favor, hablemos… —Vanessa quería insistir, pero la arremetida de la lengua del escocés la volvió a callar y esta vez la apresó entre sus brazos, presionando con una mano su nunca para que no escapara.

—No quiero… —volvió a repetir él—. Ahora solo quiero poseerte, Vanessa. ¿O no me quieres? —murmuró sobre su boca

húmeda, sin dejar de mover su lengua.

—Yo…

—¿Quieres o no quieres? Jamás te obligaría, pero tu cuerpo te delata… me deseas…

Extasiada, Vanessa rodeó su cuello con sus manos y le respondió:

—Sí, quiero… hazme tuya, Cameron, no importa si mañana me detestas otra vez.

No hizo falta que dijera más; los dedos de Cameron se tensaron y comenzaron a desprender el vestido, despojándola de la prenda. Rápidamente la tuvo desnuda, gimiendo mientras él no dejaba de besarla.

Succionó sus labios hasta casi enloquecerla y luego la cargó entre sus brazos, colocándola en el centro del lecho con delicadeza.

Vanessa respiró fuerte, intentó recuperar un poco del sentido que se le escapó cuando ese hombre gruñó que quería hacerla suya. Ella también lo deseaba con todas sus fuerzas. Lo quería, y quería más de él, aunque mañana la echara y le dijera que su matrimonio no se concretaría.

Al menos, se quedaría con un bello recuerdo de él.

Cameron se deshizo del pantalón con el que dormía y subió en la cama, contemplando con adoración a su bella mujer. Los rizos castaños que cubrían su centro lo llamaban a tocarlo, a juguetear con él. Sin embargo, esos senos puntiagudos los llamaban a tocarlos, y los envolvió con sus palmas, deslizando sensualmente las manos por su vientre.

Vanessa cerró los ojos y tiritó con aquella suave y vibrante caricia que se resbalaba por su desnudo cuerpo, despertando en ella sensaciones que jamás había sentido. Sin embargo, un remolino caliente se concentró en su bajo vientre cuando los dedos masculinos juguetearon con los rizos de su intimidad, en tanto se lanzaba a devorar sus pechos con la boca.

Aunadas al roce de sus labios, de su boca y de su lengua sobre los pechos, las seductoras caricias de las yemas de sus dedos sobre sus rizos, resultaron más que agradables.

Cuando su cuerpo comenzó a tensarse de un modo inexplicable y un tanto doloroso, sintió una suave caricia en el botón de carne de su intimidad. Su dedo recorriendo la hendidura húmeda de su sexo, acariciando ese capullo de carne por fuera, parecía aliviarla del anhelo acuciante que sentía en el cuerpo.

Por instinto, levantó las caderas y se movió torpemente, mientras el tacto de su hombre se movía más rápido.

Cameron seguía lamiéndole los pechos, observando con fascinación el rostro extasiado de su prometida, que un momento dado abrió los párpados para sostenerle la mirada, mientras el lamía, chupaba y mordisqueaba sus pezones.

Con los ojos anclados uno al otro, él siguió hasta que ella sintió una maravillosa explosión en su cabeza. Gimió y luego respiró con alivio, rindiéndose perezosamente.

Cameron se acomodó mejor sobre su cuerpo, con sus rostros frente a frente, sin aplastarla.

Rozó con delicadeza los labios entreabiertos y cada rincón del hermoso rostro femenino, que se curvó en una sonrisa pausada sin necesidad de abrir los ojos.

Cuando sus pestañas se alzaron y sus miradas se cruzaron, ella entendió que aquellos ojos verdes, semejantes a la espesura del bosque, ocultaban algo en su hondura, una intención distinta, algo que iba más allá de lo que ya había hecho.

Un ronco murmullo rozó los labios de Vanessa justo antes de que él reclamara nuevamente su boca.

No lo anticipó, por lo que no tuvo margen para prepararse a recibir aquel ataque repentino. Sin embargo, no se trató de una embestida corporal, sino de una invasión sensual: una oleada intensa de deseo que la despojó de toda lógica y capacidad de

pensamiento, dejándole únicamente la facultad de sentir y responder.

El ajuste de posición, al dejar caer su torso y su espeso vello dorado sobre el pecho de la joven, le otorgó una ventaja absoluta y permitió que Cameron la sujetara y dispusiera de ella a su antojo.

Cada lenta y profunda incursión de su lengua en la cavidad de su boca la hacía estremecerse. Aun así, el ardor que la recorría en esos instantes era distinto.

Cameron volvió a cambiar de postura, y los pezones de Vanessa se endurecieron por el roce deliberado de sus cuerpos. No obstante, aquello palidecía frente al exquisito estremecimiento que la sacudió cuando percibió una mano en su muslo y comprendió que él había separado aún más sus piernas. No le importó; toda su atención estaba concentrada en el delicado recorrido de aquellos dedos por la parte interna de su pierna.

Sin embargo, se estremeció cuando su tacto alcanzó su centro; y al deslizarle un dedo entre los rizos, volvió a tensarse brevemente. Cameron aprovechó ese instante para intensificar el beso y arrastrarla otra vez a un torbellino de sensaciones. Ella intentó resistirse, intentó fijar su atención en el recorrido de aquellos dedos, pero él le arrebató sin contemplaciones los últimos restos de cordura y los ató a la danza ardiente de sus lenguas, a la creciente cercanía de sus bocas unidas.

Cuando finalmente le concedió recuperar algo de lucidez, advirtió que tenía los muslos abiertos y que las manos de él se encontraban entre ellos, mientras sus dedos recorrían esa zona de su cuerpo que sentía inflamada, húmeda y en llamas.

Fue un hallazgo desconcertante, uno que la inundó de placer. Cameron no rompió el beso; la mantuvo atrapada en él mientras sus dedos continuaban provocándola.

Ya no se trataba de un juego. Bajo aquella embriagadora sensualidad y ese deleite interminable, dentro de Cameron latía un impulso posesivo, una necesidad primaria que ella percibía pese a

los intentos de él por ocultarla, por mantenerla invisible, resguardada en secreto, quizás porque no deseaba lastimarla.

Se manifestaba en la rigidez de su cuerpo, en la tensión que atenazaba sus músculos, en la erección evidente contra su muslo, en la firmeza acerada de la mano que la acariciaba. Se reflejaba en la pasión arrolladora que contenía, como si intentara preservarla de un fuego al que él estaba habituado, pero que ella aún no había conocido.

Si la decisión hubiera sido suya, habría reclamado ese incendio. El mismo que la seducía con una promesa de placer irresistible.

Estaba demasiado necesitada para oponerse, demasiado atrapada en el embrujo sensual que Cameron había creado, pero quería más y en ese preciso instante, él pareció comprenderlo.

Separó aún más los pliegues húmedos para abrirla a sus caricias y explorar con extrema suavidad la entrada de su cuerpo hasta que tuvo ganas de gritar.

Después la besó con dulzura; no solo para nublar sus sentidos, sino para permitirle saborear las sensaciones avasalladoras que le imponía mientras movía las caderas hacia delante y hacia atrás, deteniéndose justo en el umbral de su cuerpo.

Vanessa comenzó a retorcerse y a arquearse, implorando más; hasta que no pudo tolerar aquella tortura, hasta que estuvo completamente empapada y preparada, tan dominada por el deseo y tan consciente del vacío en su interior, que intentó romper el beso y clavó las uñas en sus caderas cuando él se negó a apartarse.

De pronto quedó sumergida en un beso tan devastador que perdió toda noción de la realidad. La lengua de Cameron invadió su boca y la reclamó sin piedad. Percibió que él contenía la respiración y presionaba las caderas con mayor ímpetu.

Y entonces, embistió con fuerza.

Vanessa gritó, aunque el sonido se extinguió entre sus labios.

Cameron no se detuvo y empujó su virilidad hasta hundirse por completo en ella.

Vanessa apenas podía respirar y aceptó el aire que él le ofrecía; su mente luchaba por comprender lo inconcebible: la sensación de tenerlo dentro, grande y firme, llenándola más allá de lo que jamás había imaginado.

Antes de que pudiera recobrar el aliento, él se retiró y volvió a penetrarla. Se tensó esperando un dolor agudo que no llegó. Aun así, persistía una leve incomodidad, y volvió a tensarse por la presión abrumadora que sentía en su interior ante la potencia de su acometida.

Cameron repitió el movimiento y luego separó sus labios para observarla; sus ojos, ensombrecidos por la pasión, la mantuvieron cautiva mientras salía lentamente antes de volver a hundirse en ella con una embestida aún más profunda, inmovilizándola bajo su peso.

Vanessa sintió cada centímetro del miembro que la colmaba; sintió cómo su cuerpo se arqueaba involuntariamente.

—Relájate —murmuró Cameron, inclinándose para rozar la comisura de sus labios—. No te resistas. Permite que tu cuerpo aprenda.

Pese a la suavidad de sus palabras, fue una orden, y ella se sintió incapaz de desobedecerla.

Cameron continuó moviéndose dentro de ella, y la rigidez fue cediendo poco a poco. Entonces tomó conciencia de la intimidad de lo que compartían. La realidad se filtró en su mente a medida que él la poseía con mayor facilidad, a medida que sus cuerpos se rozaban en cada acometida, a medida que sentía el latigazo de un deseo renovado.

Vanessa alzó la vista y atrapó su mirada… No era el instante adecuado para admitir la verdad, pero lo hizo: estaba desnuda, vulnerable y completamente indefensa ante la fuerza de Cameron, el hombre que apenas esa mañana había rechazado verla y se había negado a hablarle.

No supo qué leyó él en su expresión, pero, aunque su gesto severo no cambió, la línea de su boca se suavizó.

—No pienses lo que no es… —dijo.

Se retiró por completo antes de volver a enterrarse en ella con más fuerza aún, provocando que se retorciera, llenándola de tal manera que una descarga de emociones la sacudió, revelándole sus intenciones y la promesa de un placer aún por venir.

Sin romper el contacto visual, se apoyó sobre los codos y la cubrió con su cuerpo.

El peso real y cercano de su presencia le otorgó seguridad; el calor que emanaba de él, el consuelo contradictorio de su fuerza, disipó los últimos restos de sus temores inexpertos.

Ella ya le pertenecía en cuerpo y alma.

No sonrió porque tenía el rostro demasiado tenso; en su lugar, rodeó su espalda con las manos y lo atrajo hacia sí. Lo miró y le susurró junto a su boca:

—Te quiero, Cameron…

Cameron no le respondió con palabras, sino con su cuerpo. Sus labios se curvaron en una sonrisa ladeada antes de besarla y volvió a embestirla con vehemencia, implacable, alimentando el torbellino de sensaciones, la marea creciente del deseo.

Se fundieron con las llamas insatisfechas de la pasión que se avivó hasta transformarlas en un anhelo feroz, incontrolable, que estalló en una explosión desbordante de emociones, sensaciones físicas y sensualidad; un incendio donde sus bocas se unían, sus lenguas se enfrentaban, las manos arañaban y los cuerpos se fusionaban en su afán por dar, tomar y convertirse en uno solo.

Era una fuerza aterradora, excitante y absolutamente arrolladora.

Ella gimió; él jadeó.

Vanessa hundió las uñas en su espalda y se arqueó con fiereza, llevándolo más adentro, justo donde lo necesitaba, y solo se sintió

satisfecha cuando Cameron respondió con embestidas aún más intensas y descontroladas.

Bajo él, ella se retorcía con ansiedad, incitándolo todavía más, con una urgencia que él compartía, igualmente dominado por el afán de poseerla y el delirio del deseo.

Ese impulso abrasador los transportó a un mundo donde solo existían ellos y la pasión que los consumía. Donde la única verdad era la unión de sus cuerpos, las sensaciones que los desbordaban y la tensión creciente que los dejaba sin aliento, acalorados y exhaustos.

Vanessa habría hecho cualquier cosa por alcanzar la culminación que intuía, el clímax que la llamaba desde el centro de aquella vorágine sensual. Cameron la empujó más allá y ella jadeó; cuando volvió a embestirla con fuerza, ella se cerró ávida alrededor de él, atrapándolo y tensándose aún más.

Y entonces llegó. Se abandonó por completo, dejándose arrastrar por la marea de placer que reclamó su alma y la condujo al paraíso. Estalló en un éxtasis glorioso que recorrió todo su cuerpo y se transformó en plenitud bajo su piel. Un deleite intenso la dominó cuando aquella ola ascendió y la elevó aún más… y sintió cómo Cameron la colmaba por completo antes de quedar inmóvil, reteniéndola contra él hasta que la marea comenzó a retirarse lentamente.

Cameron inhaló profundamente y cerró los ojos al sentir cómo los espasmos de Vanessa se desvanecían. Solo entonces permitió que su cuerpo tomara el control y se entregó a ese anhelo que necesitaba satisfacer.

El deseo de hacerla suya, de atarla a él… de poseerla y conocerla más allá de lo puramente carnal. De exigir su rendición absoluta.

Que le perteneciera.

La liberación llegó como un torrente, una ola gigantesca de emociones que se elevó hasta romper sobre él, sacudiéndolo

mientras se estremecía y derramaba su esencia en su interior antes de dejarse caer, exhausto, a su lado, más pleno y en calma de lo que jamás había estado.

Ambos quedaron rendidos. La luz lunar se filtraba por la ventana e iluminaba sus cuerpos entrelazados mientras yacían juntos, demasiado cansados para moverse, esperando que la vida regresara, que el mundo retomara su curso.

Tendido boca arriba, con la cabeza de Vanessa sobre su pecho y su cuerpo recogido junto al suyo, Cameron comenzó a jugar con su cabello mientras intentaba no pensar en poseerla otra vez.

Cerró los ojos e intentó no recordar la primera embestida ni el instante en que por fin pudo hundirse en ella, sintiendo cómo su intimidad se contraía a su alrededor.

—Maldita sea… —murmuró.

Debía dominar sus deseos; ella estaba exhausta y no sabía si resistiría que la asaltara otra vez, cuando apenas…

Negó con la cabeza, sonrió y se quedó dormido.

CAPÍTULO 20



A la mañana siguiente, la luz pálida del amanecer se filtró entre las cortinas con una suavidad casi reverente, como si también ella dudara en irrumpir en lo ocurrido la noche anterior.

Vanessa despertó primero.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, desorientada, consciente solo del calor que la envolvía y de un peso firme y tranquilizador a su espalda. El brazo de Cameron descansaba alrededor de su cintura, posesivo incluso en el sueño, y su respiración profunda le rozaba la nuca. No había urgencia en aquel contacto, ni la voracidad de la noche; era distinto. Íntimo. Real.

Parpadeó despacio, dejando que los recuerdos regresaran uno a uno, como piezas que encajaban con una claridad que la dejó sin aliento. El cuerpo le dolía de una manera nueva, extraña, pero no desagradable. Era un recordatorio silencioso de lo que había entregado… y de lo que había recibido.

Con cuidado, giró apenas el rostro para observarlo.

Cameron dormía con el ceño ligeramente fruncido, como si incluso en el descanso estuviera librando alguna batalla interna. El cabello rubio caía desordenado sobre la almohada y la severidad habitual de su expresión se había suavizado hasta volverlo casi vulnerable. Aquello la desarmó más que cualquier gesto de la noche anterior.

Sin pensarlo, alzó una mano y rozó con la yema de los dedos la línea de su mandíbula.

Fue un gesto mínimo, pero bastó para despertarlo.

Cameron abrió los ojos de inmediato, alertado por el movimiento, y durante un segundo la miró como si no supiera dónde estaba. Luego, la memoria regresó con la misma intensidad con la que había despertado Vanessa, y algo oscuro y profundo cruzó su mirada antes de aclararse.

—Buenos días —murmuró ella, con una voz más tensa de lo que pretendía.

Él no respondió enseguida. La observó en silencio, recorriendo con los ojos su rostro, su expresión serena, como si necesitara asegurarse de que estaba allí, de que era real. Finalmente, aflojó el brazo que la rodeaba solo para deslizar la mano por su espalda y atraerla un poco más hacia sí.

—¿No te arrepientes? —dijo al fin, con voz grave.

Vanessa contuvo el aliento. No sabía qué esperaba oír, pero aquellas palabras no eran lo que había imaginado. Aun así, algo en su pecho se aflojó.

—Por supuesto que no —respondió con honestidad.

—¿Aunque no vaya a desposarte? —preguntó, tratando de comprobar si aquel te quiero había sido genuino.

Para su sorpresa, Vanessa sonrió.

—Aunque no te cases conmigo; de todos modos, siempre tuve los pies en la tierra y así, como apareciste inesperadamente, dándome la esperanza de que mi futuro no fuera tan triste, nunca olvidé que existía la posibilidad… sin embargo, no me arrepiento de lo ocurrido, aunque sí lamento otras cosas.

Cameron la observó con atención renovada, como si cada una de sus palabras hubiera dejado una marca invisible en él. El silencio se alargó entre ambos, denso, cargado de todo lo que no se había

dicho hasta entonces. Su mano, aún apoyada en la espalda de Vanessa, se tensó levemente.

—¿Qué cosas lamentas? —preguntó al fin, más bajo, casi con cautela.

Ella dudó un instante, pero no apartó la mirada.

—Lamento no haberte conocido antes —confesó—. Lamento el miedo que tuve para decirte todo lo relacionado con Alexander, de creer que podía resolverlo todo yo sola. De dejar que un malentendido te lastimara el orgullo, aunque a mí me ha dolido horrores la situación. Sin embargo, lo que más lamento… —tragó saliva— lamentaría que tengas una mala impresión de mí, y perderte para siempre…

Cameron frunció el ceño, sorprendido. La joven estaba segura que él no se casaría con ella.

Vanessa esperó alguna palabra que le devolviese a la vida, pero el silencio llenó el momento y un enorme nudo le presionó el corazón, apretándole el pecho con crueldad.

Así que, antes de llorar como una tonta magdalena, se dispuso a salir de la cama.

—Gracias por anoche, fue muy especial y juro que jamás lo olvidaré… —Quiso levantarse, pero Cameron la detuvo y la apresó contra el colchón.

Al escuchar aquellas palabras, cambió en la expresión de Cameron. La dureza que solía protegerlo cedió, dejando al descubierto una emoción cruda, casi indómita. Se incorporó apenas sobre un codo para no aplastarla, obligándola a sostener su mirada.

—Anoche, no fue «una simple noche» para mí —dijo con firmeza—. Y tampoco lo ha sido esta mañana, ni lo será nada de lo que venga después.

Ella sintió que el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho.

—Vanessa —continuó él, y pronunciar su nombre así, hizo que algo se estremeciera entre ambos—. He pasado la mayor parte de

mi vida convencido de que el afecto era una debilidad, de que el compromiso solo traía pérdidas. Pero contigo… —negó lentamente— contigo todo eso dejó de tener sentido.

Deslizó la mano hasta tomar la de ella, entrelazando sus dedos con una seguridad que no admitía dudas.

—No sé en qué momento ocurrió —admitió—. Tal vez fue cuando te vi en la posada, o cuando fui a buscar una esposa desconocida y te volví a encontrar, o cuando te acorralé en la biblioteca de Arthur… —La besó, riendo como un chiquillo—. O fue anoche, cuando me entregaste tu confianza sin exigirme promesas.

Su voz se quebró apenas, lo suficiente para delatarlo, mientras los ojos de Vanessa derramaban lágrimas.

—Te quiero, Vanessa Craven. No como un capricho ni como una conveniencia. Te quiero con todo lo que soy… y con todo lo que aún me aterra sentir.

Ella no habló. No pudo. Los ojos se le llenaron de una emoción que jamás había esperado recibir así, desnuda y sincera.

Cameron respiró hondo, como si se preparara para una batalla definitiva.

—Y por eso sí quiero desposarte —dijo, con una convicción serena—. No porque deba, no porque te necesite para conservar esa tonta herencia que carece de valor para mí, comparado con tu amor. Sino porque no concibo un futuro en el que no estés a mi lado, porque quiero elegirte cada día, aun cuando no sea fácil. —Se inclinó un poco más hacia ella—. Si aceptas… —añadió— te prometo mi amor incondicional, respeto, lealtad y un hogar donde nunca vuelvas a sentirte sola. No te ofrezco una vida perfecta, pero sí una compartida. ¿Te casarías conmigo?

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Vanessa antes de que pudiera detenerlas. Sonrió entre sollozos suaves, apretando su mano como si fuera lo único firme en el mundo.

—Sí —susurró—. Sí, Cameron. Me casaré contigo.

Él cerró los ojos un segundo, como si aquella respuesta hubiera sido el mayor alivio de su vida, y luego la atrajo hacia sí con una ternura profunda, distinta a cualquier otra que hubieran compartido antes.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino denso, cargado de cosas no dichas. Cameron apoyó la frente contra la suya, cerrando los ojos un instante, como si aquel gesto le exigiera más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Durante un largo instante permanecieron abrazados, ajenos al paso del tiempo, como si el mundo exterior hubiera dejado de existir. Vanessa fue la primera en apartarse, aunque el gesto le costó más de lo que hubiera querido admitir. Apoyó la frente contra el pecho de Cameron y respiró hondo, buscando la firmeza que siempre había caracterizado sus decisiones.

—Cameron… —murmuró.

Él respondió cerrando un poco más el brazo a su alrededor, como si intuyera lo que estaba por decir.

—Quédate —dijo, antes de que ella pudiera continuar—. Al menos un poco más.

Vanessa esbozó una sonrisa triste.

—No puedo. Ya me he quedado demasiado tiempo, la servidumbre me verá aquí, y comenzarán las habladurías.

Cameron negó lentamente, con una sombra de frustración cruzándole el rostro.

—Que hablen. Que sospechen —replicó—. Ya no importa. Para la tarde ya serás mi esposa.

—Sí importa —lo corrigió con suavidad—. Hasta que seamos marido y mujer, importa más de lo que quisiera. No quiero que nuestro comienzo esté marcado por el escándalo; no quiero que nadie ensucie tu nombre…

Él guardó silencio, pero su mandíbula se tensó. Vanessa se incorporó un poco más, aunque aún no se apartó del todo.

—Además —añadió, con un dejo de nerviosismo que no pudo ocultar—, debo prepararme. La boda no se organizará sola… y tampoco la novia...

Eso logró arrancarle una sonrisa breve, cargada de emoción.

Cameron exhaló despacio, como si la palabra boda y novia, le hubiera dado más paz que cualquier juramento. Aun así, no la soltó.

—Unos minutos más —insistió—. Nadie va a notar la diferencia. Yo mismo te levaré de regreso.

Vanessa negó con la cabeza y apoyó la mano en su pecho.

—Si cedo ahora, no me iré en absoluto, y si mi padre te ve… —susurró en voz baja—. Ambos sabemos que no sería prudente.

Él cerró los ojos un instante, luchando consigo mismo. Cuando volvió a abrirlos, la miró con una mezcla de resignación y ternura que la conmovió profundamente.

—Eres despiadada cuando decides ser sensata —murmuró—. Menos mal, anoche la insensatez te trajo a mí —sonrió con picardía.

—Bueno, anoche ni siquiera pude hablar contigo del asunto por el que vine y creo que es necesario que lo aclaremos todo si nos vamos a casar… —respondió ella, con una sonrisa suave.

—Si te refieres a que nos tendieron una trampa, ya lo sé todo… —confesó él, ante la mirada confusa de su mujer—. El marqués asumió toda la culpa. Aceptó que lo hizo, con la esperanza de que rompa el compromiso…

—Bueno, al menos sigue teniendo conciencia —dijo con lástima —. Lo importante es que ya no hay ningún secreto ni malos entendidos entre nosotros, y más importante es que debo ir a casa si deseamos casarnos según lo planeado… —sonrió como pocas veces lo había hecho.

Cameron quedó fascinad con su sonrisa, nunca, en el tiempo que llevaba tratándola, la había visto tan feliz y finalmente aflojó el abrazo, aunque lo hizo despacio, como si cada centímetro de

distancia le costara un esfuerzo consciente. Se inclinó para besarle la frente, en un gesto cargado de promesa.

—Vete entonces —dijo al fin—. Antes de que cambie de opinión y te encierre. Aunque, no sería tan mala idea traer al cura hasta aquí… —sopesó seriamente.

Vanessa rio en voz baja y se levantó de la cama, buscando su ropa con movimientos aún torpes. Cameron le dio su espacio para asearse tras un biombo que ocultaba una enorme bañera de hierro, mientras iba a darle unas instrucciones a Rory. Después regresó para ayudarla despacio con ese sinuoso vestido.

—Listo —prácticamente gruñó cuando apenas logró abotonar el escote del diminuto corpiño—. Espero que no tengas demasiados vestidos como este…

Ella negó, divertida.

—Rory te llevará a casa… creo que el novio también debe alistarse para su boda —le guiñó un ojo.

—Gracias —dijo simplemente.

Él arqueó una ceja.

—¿Por dejarte ir?

—Por elegirme… —respondió ella.

Cameron la observó salir, erguida y serena, aunque cada paso la alejaba un poco más. Solo cuando la puerta se cerró tras ella permitió que una sonrisa lenta y decidida se dibujara en su rostro.

La había dejado ir, pero solo porque sabía, con absoluta certeza, que volvería como su esposa.



La boda tuvo lugar esa misma tarde, en el jardín de la casa de la novia. El cielo estaba claro, como si prometiera estabilidad, incluso a los corazones más inquietos.

El sitio donde el cura los uniría, estaba adornado con flores blancas, dispuestas con una elegancia discreta. El aroma tenue flotaba en el aire y parecía envolverlo todo en una solemnidad íntima.

Vanessa aguardaba en el vestíbulo con las manos entrelazadas, tratando de mantener la calma. Llevaba puesto un vestido de líneas sencillas, pero de una belleza delicada que resaltaba su figura sin imponerse. La tela marfil caía con suavidad, y el velo, ligero como un suspiro, apenas ocultaba su rostro. No llevaba joyas excesivas; solo lo necesario. No quería distraer, sino estar presente. Por completo.

—Te ves preciosa, querida… —Claire acababa de llegar y Flora la llevó junto a su prima—. Deseo con todo mi corazón que sean muy felices, Vanessa.

—Gracias, Claire. Si no fuera por ti y por tu esposo, este no sería el día más feliz de mi vida… —estaba muy emocionada, al borde de las lágrimas.

—No llores, querida, estropearas tu maquillaje. —Claire palmeó sus manos y le sonrió.

En ese momento, lord Gilbert apareció y se emocionó hasta el punto de derramar unas lágrimas. Claire le hizo señas a Flora y ambas los dejaron a solas.

—Te ves tan hermosa, hija mía, eres idéntica a tu madre…

—No llore, padre…

—Lamento mucho todo lo que has tenido que sufrir por la incompetencia de tu padre, cielo. Perdona a este viejo tonto que no supo protegerte como debía… —besó las manos de su hija, arrepentido por los malos tratos que sufrió la joven, en manos de su esposa, por someterla a pretendientes que la terminaron rechazando.

—Quizás fue el destino, padre. Gracias a tanta espera y soportar dificultades, hoy me caso con un maravilloso hombre —respondió ella.

—Ya es hora, tío, el cura espera… —interrumpió Flora, radiante y feliz por su prima.

Ella siempre supo que Vanessa no podía quedarse sola ni terminar como institutriz. Era injusto y la vida se lo comprobó, convirtiéndola en duquesa.

¡En duquesa!

Lord Gilbert le ofreció su brazo y ella colocó su mano derecha en la manga de su padre, mientras tomaba el sencillo ramo de flores que le tendía Flora, con la mano izquierda.

Cameron estaba impaciente, aguardando a por su novia en el sencillo altar que se montó en el jardín. Vestía impecable, con un traje de gala como mandaba la etiqueta inglesa, aunque sentía que la corbata estaba a punto de asfixiarlo.

—Deja en paz el fular, o terminarás ahorcado en tu propia boda… —advirtió Arthur, que negando recordó su propia primera boda, cuando tuvo el mismo problema por los nervios—. Deja que te ayude —aflojó un poco el nudo—. Aguanta un poco, pronto terminará y podrás disfrutar de la mejor parte del matrimonio —le guiñó un ojo.

Cameron sonrió con picardía, lo que no pasó desapercibido a Arthur.

—¡Lobo viejo! —dijo, para nada sorprendido si llegaba a ser cierto lo que pensaba—. ¿No me digas que…?

—¿Tú que crees? —fue la respuesta de Cameron, que terminó por confirmar las sospechas de Arthur.

—Al final, el más decente de todos, soy yo… —bromeó para sí.

No pudieron seguir conversando, porque el cuarteto de cuerdas anunció la entrada de la novia y el murmullo de las pocas personas que asistieron, se extinguió.

Cameron la vio entonces.

De pie junto al altar, recto, imponente incluso en la quietud, sintió cómo algo en su interior se desarmaba. Había enfrentado batallas, pérdidas y decisiones imposibles, pero nada lo había preparado para aquel instante. Para verla avanzar hacia él con el rostro sereno, los ojos firmes, sin rastro de duda.

No como alguien que era entregada, sino como alguien que elegía.

Cada paso de Vanessa resonó en el silencio como una afirmación.

Al llegar frente a él, alzó la mirada y sus ojos se encontraron, compartiendo una mirada profunda, consciente, cargada de todo lo que aún no se habían dicho.

Cameron extendió la mano y ella la tomó sin vacilar, como si aquel gesto sellara algo que ya era irrevocable.

El oficiante comenzó la ceremonia, pero las palabras parecían flotar a su alrededor sin tocar del todo sus conciencias. Lo esencial estaba ocurriendo entre ellos: en la forma en que Cameron apretaba suavemente los dedos de Vanessa, en la respiración acompasada que poco a poco se sincronizaba, en la certeza compartida de que aquel vínculo no nacía de la obligación, sino de la elección.

Cuando llegó el momento de los votos, el silencio se volvió absoluto.

Cameron habló primero, con su voz grave y firme, no tembló, pero sí se suavizó.

Prometió lealtad, protección, verdad. No juró perfección ni eternas certezas, sino presencia. Estar. Permanecer incluso cuando fuera difícil. Elegirla cada día, aun cuando el mundo exigiera lo contrario.

Vanessa respondió con una voz clara, sin lágrimas, pero con una emoción contenida que hizo estremecer a más de uno. Prometió

honestidad, fortaleza compartida, y no desaparecer cuando el miedo asomara. Prometió ser compañera y refugio.

Cuando intercambiaron los anillos, un sencillo aro de metal cálido rodeó sus dedos como un símbolo silencioso de unión. Cameron deslizó el anillo en la mano de Vanessa con un cuidado reverente; ella hizo lo mismo, deteniéndose un segundo más de lo necesario, como si quisiera grabar ese instante en su memoria.

—Los declaro marido y mujer —pronunció el oficiante.

Cameron no esperó indicación alguna. Alzó el rostro de Vanessa entre sus manos y la besó con una ternura profunda, distinta de cualquier otra que hubieran compartido.

Era un beso que hablaba de futuro.

Los aplausos de los pocos invitados estallaron, pero ellos apenas los oyeron.

Cuando entraron al comedor para compartir un refrigerio, una felicidad única los envolvió por completo.

Vanessa entrelazó su brazo con el de Cameron, apoyándose en él con naturalidad. Él inclinó apenas la cabeza hacia ella y murmuró, solo para que pudiera oírlo:

—Ahora empieza lo verdadero.

Ella sonrió.

Y por primera vez desde que el destino los había empujado el uno hacia el otro por un trato conveniente, no sintió temor alguno ante lo que vendría.

Solo una calma firme, profunda, nacida de la certeza de que no caminaba sola.

Vanessa apretó un poco más su brazo, como si aquel pensamiento necesitara un gesto que lo confirmara. El murmullo del comedor, las voces bajas y el tintinear de la vajilla formaban un telón distante, casi irreal. Para ella, el mundo se había reducido a la presencia sólida de Cameron a su lado.

—Recuerda siempre que, lo que tenemos, es elegido…

Cameron la miró, sorprendido por la exactitud de sus palabras, y una sonrisa lenta, serena, se dibujó en su rostro. Alzó su mano entrelazada con la de ella, dejando que todos vieran sin disimulo aquel gesto sencillo y definitivo.

—Elegido —repitió—. Y defendido, si hace falta.

Vanessa apoyó el hombro contra el suyo, relajada, sin la rigidez que durante tanto tiempo había sido su escudo.

—Entonces, prométeme algo más —pidió.

Cameron arqueó apenas una ceja, atento.

—Lo que sea.

—Que, cuando el mundo vuelva a ser exigente, cuando las decisiones difíciles regresen… no olvidemos este instante. No olvidemos por qué dijimos que sí.

Él llevó la mano de Vanessa a su pecho, justo donde latía su corazón.

—No podría olvidarlo, aunque lo intentara —aseguró—. Este momento es el comienzo, no el recuerdo.

Un criado se acercó con discreción para anunciar que todo estaba dispuesto para que se marcharan. Cameron asintió, pero antes de avanzar, se volvió hacia Vanessa y, sin importarle miradas ni normas, rozó su sien con los labios.

—Mi esposa… —murmuró, como si aún probara la palabra.

Vanessa cerró los ojos un segundo, dejándose envolver por el peso dulce de aquel título.

—Mi hogar —respondió ella.

EPÍLOGO



Perthshire, cinco años después

Castillo de Blair Atholl

La lluvia caía mansa sobre las tierras de Perthshire, envolviendo el castillo de Blair Atholl en una bruma suave que parecía protegerlo del resto del mundo. Desde una de las ventanas del ala este, Cameron observaba el paisaje sin verlo realmente, con la atención fija en los sonidos que llegaban desde el interior de la habitación contigua.

Entones, se oyó un grito ahogado, seguido de respiraciones profundas, acompasadas, exhaustas.

Apretó los puños, no por miedo —*ese lo había conocido en demasiadas formas*—, sino por una espera distinta, más vulnerable. Nunca se había acostumbrado del todo a ese instante en el que no podía hacer nada, salvo estar cerca y esperar.

—Cameron… —murmuró Amelia, su hermana, al salir un momento—, todo avanza como debe. Vanessa es fuerte.

Cameron asintió, agradecido, pero no se movió. Permaneció allí, apoyado contra la pared de piedra, como si la solidez del castillo pudiera prestarle algo de su firmeza.

Alastair, de cinco años, dormía en el regazo de Henry, en un mullido sillón junto a la chimenea, aferrado a un pequeño caballo de madera y vigilado por Brodie.

Celia, apenas un año menor, había sido finalmente convencida por Alex, el futuro marqués de Huntly y mejor amigo de Henry, de regresar a sus aposentos, aunque no sin antes exigir saber si su madre ya estaba bien. Cameron había prometido ir a buscarla en cuanto todo terminara.

Cuando por fin le permitieron entrar, el aire de la habitación estaba cargado de calor y de una quietud expectante. Vanessa yacía recostada entre almohadas, el rostro pálido pero sereno, los rizos adheridos a la frente por el sudor. Al verlo, buscó su mirada de inmediato.

—Estás aquí —susurró, como si hubiera temido que no fuera así.

Cameron cruzó la estancia en dos pasos y tomó su mano con cuidado, llevándola a sus labios.

—Siempre —respondió—. No hay lugar en el que deba estar más que aquí.

Las contracciones volvieron, más intensas ahora. Vanessa cerró los ojos y respiró como le habían indicado, con una fortaleza silenciosa que aún lograba conmoverlo después de tantos años. Cameron permaneció a su lado, sosteniéndola, murmurándole palabras suaves que no siempre tenían sentido, pero que parecían anclarla.

El tiempo perdió forma y entonces, el primer llanto llenó la habitación.

Un sonido pequeño, insistente, que quebró algo profundo en el pecho de Cameron. Apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando un segundo llanto, distinto pero igual de vivo, se unió al primero.

—Dos niñas sanas, milady —anunció la partera con una sonrisa cansada—. Gemelas.

Vanessa dejó escapar una risa débil, entre lágrimas.

—Emma… y Flora —susurró, como si pronunciarlas las hiciera definitivamente reales.

Cameron se inclinó sobre ella, apoyando la frente contra la suya, incapaz de hablar durante un largo instante. Las miró: dos pequeños cuerpos envueltos en mantas claras, ajenas al mundo que acababan de transformar para siempre.

—Lo hiciste de nuevo —dijo al fin, con la voz quebrada—. Nos diste más de lo que creí posible.

Vanessa lo miró con cansancio, pero también con esa calma profunda que había aprendido a habitar.

—Lo hicimos —corrigió—. Siempre juntos.

Horas más tarde, cuando el castillo volvió a respirar con normalidad, Alastair y Celia, escoltados por los tres mosqueteros, como llamaban a Henry, Alex y Brodie, entraron en puntas de pie, solemnes, como si comprendieran la importancia del momento. Celia fue la primera en acercarse.

—Son pequeñas —dictaminó con seriedad.

—Y nuestras —añadió Alastair, inflando el pecho—. ¿Cierto, Henry?

—Por supuesto, pequeño tirano. Debemos protegerlas y, cuando crezcan, cuidarlas y buscarles un buen esposo.

—Yo no quiero un esposo… —dijo Celia.

Entonces, Cameron ingresó al cuarto.

—Te lo recordaremos cuando seas adulta, mi pequeña revoltosa —la molestó su padre, quien extendió sus brazos para que sus dos hijos mayores fueran cargados por él, mientras observaba con una emoción silenciosa la gran familia que había formado.

Afuera, la lluvia comenzaba a cesar, dejando paso a una luz tibia que se filtraba entre las nubes.

—Recuerden niños —miró a los tres muchachos que estaban a un lado, observando a las bebés idénticas dormir—. Ustedes son mis hijos, ellas sus hermanas, y su deber será protegerlas y amarlas siempre. Nunca olviden que somo familia, y que la familia está para…

—Amarse, protegerse y bridarse apoyo —repitieron los tres, rodando sus ojos porque siempre les hacía repetir la misma frase.

Atholl los miró conforme y rio.

PRÓXIMA NOVELA

https://www.amazon.com/dp/B0G6GGN7CP

https://www.amazon.com.mx/dp/B0G6GGN7CP

https://www.amazon.es/dp/B0G6GGN7CP



Cinco años después de haber renunciado al único hombre que realmente amó, lady Louise Cromwell, ahora la distinguida y poderosa condesa viuda de Harrington, sigue siendo una de las mujeres más influyentes de la alta sociedad inglesa.

Hija de un respetable aristócrata británico y una acaudalada heredera norteamericana, posee belleza, prestigio y una refrescante independencia que la convierte nuevamente en uno de los partidos más codiciados de la temporada.

Lucien Astley, marqués de Bourne, nunca logró olvidar ni perdonar la humillación de verla casarse con otro, a pesar de su amor compartido. Sin embargo, cuando el destino los vuelve a unir, descubre que Louise está libre y, para su sorpresa, aún más irresistible que antes.

Convencido de tener por fin la oportunidad de vengarse, Lucien se propone hacerle pagar por el daño que le causó, pero lo que empieza como un juego calculado de seducción, orgullo y heridas que aún supuran, pronto se transforma en una batalla emocional donde el deseo vuelve a arder con una fuerza peligrosa.

Entre secretos, tensiones y tentaciones, ambos deberán decidir si están dispuestos a desafiarlo todo por una segunda oportunidad o si la venganza será la última palabra entre ellos.